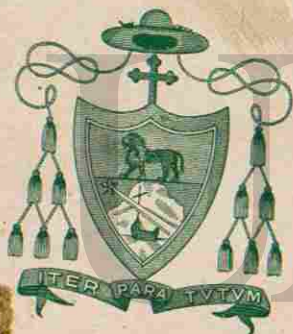


A. DE LAMARTINE.

CICERO.

CICERON.



EX LIBRIS

FEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

VALVERDE Y TELLEZ  
FONDO EN  
BIBLIOTECA



D.G. 260

C. 5

L. 36

1

A. DE LAMARTINE.

# CICERON

TRADUCIDO Y AUMENTADO CON UN PROLOGO,

POR

D. VICENTE PIÑO Y VILANOVA.

ABOGADO.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez

VALENCIA.

Librería de PASCUAL AGUILAR, Caballeros, 1.

1876.

55436

15817



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

DG260

C5

L36

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AL SEÑOR

D. GONZALO JULIAN Y MARTIN,

su amigo y compañero,

VICENTE.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Valencia: Imprenta de Juan Guix, Cavanilles, 3,  
junto a la Universidad.

010049

V  
921  
C



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROLOGO

### PRÓLOGO.

El conocimiento de la vida de los grandes hombres debe importar á todo aquel que sienta en si un ferviente amor á la humanidad, al que anhele el progreso en todas las ramas del saber, al que siguiendo los ejemplos de ilustres varones, procure, imitándolos, ilustrar á sus semejantes con atinados y sábios consejos.

Esos caracteres que han empleado prolija y constantemente su actividad en el planteamiento de grandes instituciones para la manumisión de los pueblos; esos grandes talentos que la Providencia envía de tiempo en tiempo para dirigir el corazón humano á un fin comun de fraternidad universal; que con sus escritos, su palabra, su prestigio, verdaderos génios revolucionarios, han producido

cambios radicales de ideas, de principios y hasta de hábitos y costumbres; esos seres privilegiados, nacidos para derramar esplendente luz por todo el ámbito del universo, cuyos ejemplos de valor y abnegación forman el patrimonio de la humanidad, han de ser eternamente para el sábio, para el político, para el literato, para el artista, estímulos poderosos, consejeros sublimes, maestros de la vida.

Si así no fuera, si no viviéramos en constante relación con aquellos de nuestros semejantes que mas y mejor ennoblecieron la vida humana; si no viviéramos de su pensamiento; si no nos alentara la inspiración sublime de sus altos ejemplos, de su divina palabra, no responderíamos á nuestra naturaleza, al fin para que la misma nos destina de ejercitar nuestras facultades para cooperar, á medida de su extensión, al bien general, á la suma de adelantamiento en la educación científica.

Por eso aquellos que como Ciceron han influido en la suerte de sus conciudadanos con menoscabo de su persona é intereses, sin mas que por obedecer á la voz de su conciencia, son siempre dignos de renombre y considerados, no como hijos de este ó aquel pueblo, sino como bienhechores de la humanidad, puesto que al bien de todos han consagrado su vida y su pensamiento, *solo por puro motivo del bien mismo.*

El amor á la virtud, á la patria, al género huma-

no, fueron los móviles de aquel hombre que la Providencia eligió para dirigir los destinos del pueblo romano; y era tanta su elocuencia, que, según Plutarco, en Atenas se manifestó por espacio de dos años, no tanto el discípulo, como el rival de los oradores mas ilustres de aquella capital de Grecia.

Con razón dice de él Julio César: «Así como el génio de los romanos es superior á sus conquistas, así la gloria que Ciceron se ha adquirido por su elocuencia, es superior á la que los guerreros adquieren por las virtudes militares.»

¿Qué mejor elogio puede hacerse de sus dotes oratorias, que ponerle por cima de aquel pueblo que no pensó mas que en estender su dominio por la conquista, en subyugarlo todo, en hacer de Roma la capital del mundo? ¿Quién puede olvidar sus tan decantadas Filipicas contra M. Antonio, que en número de catorce forman *la corona y triunfo de la elocuencia ciceroniana?* ¿Sus *verrinas*, sus *catilinarias*, la oración en apoyo de la *Ley Manilia*, la hecha en favor de *Milon*, y otras muchas, ¿quién no las conoce?

Ante un hombre como Ciceron, que no pára en las debilidades humanas, que no aspira á otro premio que á la satisfacción de su conciencia, propio tan solo del hombre honrado, del virtuoso, nada hay que pueda compararse. Y su nombre es conocido del jurisconsulto, del filósofo, del literato, del político, del hombre de Estado; y su talento es universal

como su fama. ¿Qué extraño, pues, ejerciera tanto poder en aquel pueblo, si en la tribuna, en la plaza pública, en cuantos asuntos interesaban al individuo como al Estado precisaba su intervencion? ¿Si á él estaba reservado dirigir á Pompeyo y á César, si era el llamado para salvar las luchas de los patricios y de los plebeyos y atajar el plan de los conjurados—entre los que había un gran número de nobles—pronunciando ante el Senado contra el feroz Catilina, jefe de ellos, los cuatro discursos que muestran su patriotismo y valor cívico? Y aunque recibió señales de aprecio y admiracion, colmándole de empleos y títulos, por los grandes servicios que prestó á su patria, ninguna recompensa hay de tanta estima para el hombre de valer, para el verdadero ciudadano, como la de verse aclamado por la voz del pueblo *padre de la patria*.

Para él no había mas que la patria, la que antepone á la humanidad; pero cuando reclama derechos para los extranjeros, lo hace en nombre de los vinculos que reúnen al género humano en una sola familia.

Vése en esto la diferencia entre el patriota y el filósofo. Como ciudadano romano, su patria lo es todo; pero cuando se inspira en sus sentimientos humanitarios, cuando habla el filósofo, comprende en su amor á la humanidad entera, y se declara en contra de la guerra y ansía la paz, que es para él el mayor de los bienes. Al efecto, establece que «las cuestiones que dividen á los hombres, pueden re-

solverse ó por la razon, ó por la fuerza; el primer camino pertenece propiamente al hombre, el segundo á los animales; no se debe, pues, recurrir al último, hasta que el primero se nos haya cerrado. Cuando nos decidimos por la guerra, nuestra conducta debe dar á conocer que no buscamos sino la paz.»

Todo el afán de Ciceron no fué otro que el estudio del hombre, conocer las reglas por que puede gobernarse, explicar sus deberes, dedicar su vida toda al cultivo de buenos y probos ciudadanos para el florecimiento de la república.

Su armoniosa y elegante pluma nos ha legado excelentes escritos, retóricos unos, filosóficos otros, mas arengas y cartas.

Figuran entre los primeros dos libros sobre la *Invention*, tres titulados de *Oratore*, otro *Orator*, *Brutus* ó de los esclarecidos oradores, los *Tópicos*, las *Particiones oratorias*, etc. Particular mención merecen los segundos. De estos conocemos los tres libros *De natura deorum*, los tres de *Cuestiones Académicas*, las *Cuestiones Tusculanas* y las *Paradojas de los estóicos*. Los *De Divinatione*, *Del hado*, *De officiis*, *De amicitia*, *De senectute*, forman la filosofía práctica, y referentes á la parte política, los *De legibus* y *De república*.

No nos es posible examinar todas estas obras; pero vamos á hacerlo muy ligeramente de las tres mas importantes: *De república*, *De legibus* y *De officiis*, las

cuales, como decia el mayor de los dos Plinius á su emperador, «no solamente deben ser leidas, sino aprendidas de memoria, y no deben jamás olvidarse.»

El objeto que movió á Ciceron á escribir *de República*, á imitacion de la de Platon, fué el estado de decadencia en que los abusos de los gobernantes dejaron á su patria, y esplicar las reformas que esta requería para su engrandecimiento. Entre otras muy sentidas reflexiones, en el libro quinto esclama:

«¿Qué nos queda de las antiguas costumbres? ¡Ay! ¡las huellas están borradas talmente que no las conocemos, tanto conviene que las sigamos aun! Pero ¿qué diremos de los hombres? Porque la verdadera razon por la cual no tenemos costumbres, está en que no tenemos hombres: estraña carestia de la que no podemos dejar la falta en la ventura, pero de la que estamos, en alguna manera, obligados á disculparnos, como cómplices en una cosa acontecida por nuestra culpa, que no nos deja mas que una fantasma de la República, que un nombre vano, que la sombra de un bien que hemos perdido há largo tiempo.»

Dividió esta obra en diez libros y en 1822 fué hallada en la biblioteca del Vaticano, por el entonces bibliotecario Angelo Mai.

El *Tratado de las leyes* es una continuacion del anterior en forma de diálogo entre Ciceron y Quinto su

hermano, y Atico su amigo. Debió estar dividido en seis libros, porque vemos en los antiguos autores algunas citas de los libros cuarto y quinto, quedando tan solo tres, tambien incompletos. Trata en el primero del origen de la ley, y desenvuelve el valor de lo que llama obligacion, la cual deduce de la naturaleza universal de las cosas. Componen los dos siguientes un cuerpo de leyes conforme al plan de una ciudad bien ordenada. Coloca en primer lugar las que pertenecen á la religion y al culto de los dioses, y siguen las que versan sobre la autoridad y deberes de los magistrados, de quienes las diferentes formas de gobierno toman su nombre. En los demás libros trataba de los derechos y privilegios particulares del pueblo romano.

La mas notable de todas, en concepto nuestro, que escribió en su retiro durante el tiempo en que César oprimía la libertad, es la *de officiis*, ó de los deberes que el hombre tiene en sociedad; obra cuya lectura ejerció un poderoso influjo en San Agustín por ser tan capitales las reglas que dá en ella, tan completa y pura en moral, que dificilmente habrá quien la siga.—Divide este tratado en tres partes principales. Primera: si lo que se va á ejecutar es honesto ó torpe. Segunda: si es útil ó inútil. Tercera: si lo que parece útil no es contrario á la honestidad. A esta division añade dos circunstancias: averiguar de dos cosas honestas cuál lo es mas, y practicar el mismo examen respecto á las cosas útiles.—Ciceron llama *honesto* á lo que es conforme á



la razon y á la virtud. Por *útil* entiende lo que puede procurar al hombre alguna suerte de ventaja, como los bienes, el crédito, la consideracion y la salud, y hacerle tal como deba ser para el espíritu y para el corazón.—Establece que el hombre ha nacido para la verdad y para la virtud, y de este principio desciende á las cuatro principales: *prudencia, justicia, fortaleza y templanza*. Las explica para mostrar los deberes que de ellas nacen, y deduce las reglas para vivir bien, dando siempre la preferencia á las que nacen de la justicia como las mas útiles, para la conservacion y felicidad de la sociedad universal y particular, que la misma naturaleza ha establecido entre los hombres.

Las *epistolas* se han coleccionado y distribuido en cuatro secciones: la primera comprende las dirigidas á varios amigos; la segunda las que escribió á Atico; la tercera las escritas á su hermano Quinto; la cuarta las que se suponen dirigidas á Bruto. Son un modelo clásico de estilo epistolar, que á mas de darnos datos preciosos de cuanto era digno de atencion en su tiempo, ofrecen una exacta pintura de su individualidad.

En el curso de este escrito ya tenemos hecho mencion de sus principales discursos.

Sus biógrafos culpante de amor propio en demasia y de falta de carácter al fin de su vida contra los tiranos de su patria; faltas que, como nota Lamartine, son las de los grandes hombres de aquella época, y nosotros decimos que flaquezas son estas

inherentes á la condicion humana, y de las que no se esceptuó el mismo Lamartine.

1.º Febrero 1876.

VICENTE PIÑÓ Y VILANOVA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

---

---

## CICERON.

---

### I.

No es este el nombre de un orador, es el nombre de la elocuencia.

La elocuencia tal como la entendemos, y cual la entendía el mismo Ciceron, no es solamente el arte de hablar á los hombres en la plaza pública; es el don de sentir mucho, de pensar rectamente, de saberlo todo, de imaginar con esplendor, de espresar con poder, y de comunicar por la palabra escrita ó hablada á los demás hombres la idea, el sentimiento, la conviccion de la verdad, la admiracion de lo grande, el gusto por lo honesto, el entusiasmo por la virtud, el sacrificio al deber, el heroismo de la patria,

la fé en la inmortalidad, que hacen el alma honrada, el corazon sensible, el espiritu justo, la razon sana, la ciencia popular, la imaginacion artista, el patriotismo ardiente, el ánimo viril, la libertad cara, la filosofia piadosa, la religion conforme á la idea mas alta de la divinidad, en una palabra, que hacen al individuo bueno, al pueblo grande, á la humanidad santa.

Véase lo que entendemos por el ideal de la elocuencia. Supone esta para nosotros la posesion y el ejercicio de todas las facultades intelectuales y morales del hombre, resumidas en la palabra: el poder del verbo humano.

## II.

Quizá ningun hombre las reuna tanto en sí como Ciceron, de quien osamos contar la historia. Poeta, filósofo, ciudadano, magistrado, cónsul, administrador de provincias, moderador de la república, ídolo y víctima del pueblo, teólogo, jurisconsulto, orador supremo, hombre honrado sobre todo, tenia además la rara dicha de emplear todos es-

tos diversos dones, ya en el mejoramiento, en el descanso y las delicias de su alma en la soledad, ya en el gobierno del pueblo, ya en los negocios públicos de su patria, que eran entonces los del universo, y así sus dotes, sus talentos, su valor y sus virtudes dedicarlos al bien de su pais, de la humanidad, y al culto de la divinidad, á medida que las perfeccionaba para él.

## III.

No puede reprochársele mas que dos faltas: la vanagloria en la contemplacion de sí mismo, y las debilidades reales ó más bien las indecisiones suspiradas al fin de su vida hácia los tiranos de su patria. Pero estas dos faltas, si se conoce su historia, no son propias de su carácter, sino las de su tiempo.

La vanagloria era la virtud de los grandes hombres en esas épocas en que la religion, más magnánima y más desposeida de las vanidades humanas, no habia aun enseñado á los hombres la abnegacion, la modestia, la humildad, que convierten la

gloria de la tierra en la satisfacción muda de la conciencia ó en la sola aprobacion de Dios.

Y en cuanto á las composiciones con los acontecimientos y con las tiranías por las que se vitupera alguna vez á Ciceron, conviene trasportarse al estado de la república romana, á la corrupcion de las costumbres, al envilecimiento del pueblo, á la enervacion de los caracteres de su tiempo, para ser justos con este grande hombre. En ninguna época de su carrera civil ha mostrado ante su deber una vacilacion. Si tembló delante de César, no así delante de la muerte; mas para apoyar la palanca de esta fuerza de alma que se le pide, y sostener solo la república contra César, le convenia buscar un punto de apoyo en la república. No lo tenia. No era la palanca lo que faltó á Ciceron, sino el punto de apoyo. Puede uno lamentarse del tiempo, pero no culpar al ciudadano.

#### IV.

Ninguna forma de gobierno fué tan pro-

pia como la república romana para formar estos hombres completos, tales como acabamos de definirlos en el mas grande orador de Roma. No se habian inventado aun esas divisiones de facultades y esas especialidades de profesiones, que descomponen un hombre entero en fracciones de hombre y que le achican descomponiéndole. No decian: este es un ciudadano civil, aquel es un ciudadano militar, este es poeta, aquel es orador, este es un abogado, aquel es cónsul; eran todo esto á la vez, si la naturaleza y la vocacion les habian dado todas estas aptitudes. No mutilaban arbitrariamente la naturaleza, como hacemos tan desgraciadamente hoy dia, con gran detrimento de la grandeza de la patria y de la especie humana. No imponian á Dios un *máximum* de facultades que le estaba prohibido traspasar cuando creaba una inteligencia mas universal ó una alma mas grande que las otras. César abogaba, hacia versos, escribia el *Anticato*, conquistaba las Galias. Ciceron escribia poemas, hacia tratados de retórica, defendia las causas en el foro, arengaba á los ciudadanos en la tribuna, discutia el gobierno

en el Senado, percibia los tributos en Sicilia, mandaba los ejércitos en Siria, filosofaba con los hombres de estudio, y tenia escuela de literatura en Túsculo. No era la profesion, sino el génio, quien hacia al hombre; y el hombre entonces era tanto mas hombre, cuanto era mas universal. De ahí la grandeza de esos hombres múltiples de la antigüedad. Cuando mejor inspirados queramos engrandecernos como él, borraremos esas barreras rivales y arbitrarias que nuestra civilizacion moderna coloca entre las facultades de la naturaleza y los servicios que un mismo ciudadano puede prestar bajo diversas formas á su patria. Aceptamos que un filósofo sea un político, un magistrado un héroe, un orador un soldado, un poeta un sábio ó un ciudadano. Nos ocupamos de los hombres y no de los destinos humanos. El mundo moderno será mas fuerte y mas grande, y mas conforme al plan de Dios, quien no ha hecho del hombre un fragmento, sino un conjunto.

## V.

Ciceron, tal cual lo encontramos en los retratos y en las cartas de sus contemporáneos ó en las suyas, era alto, como es necesario á un orador que habla ante el pueblo y que tiene necesidad de dominar con la cabeza á los que debe dominar con el espíritu. Sus rasgos eran severos, nobles, puros, elegantes, ilustrados por la inteligencia interior que los habia, por decirlo así, formado á su imágen; la frente elevada y pulida como una hoja de mármol destinada á recibir y á borrar las mil impresiones que la cruzaban; la nariz aguileña, muy delgada entre los ojos; la mirada recogida, firme y asegurada, sin provocacion cuando se descubria y dirigia á la muchedumbre; la boca fina, muy hendida de los labios, sonora, pasando con facilidad de la melancolia de las grandes preocupaciones á la gracia de estension de la sonrisa; las mejillas ahuecadas, macilentas, enflaquecidas por la naturaleza del estudio y las fatigas de la tribuna ó arengas. Su actitud tenia la calma del filósofo, mas bien que la agita-

cion del tribuno. No era una pasión, era un pensamiento que se fijaba y dibujaba en él á presencia del pueblo. Se veía que aspiraba á iluminar, no á descarriar á la muchedumbre. Toda la autoridad de la virtud pública, toda la majestad del pueblo romano sobresalian con él cuando se levantaba para pedir la palabra. Un numeroso y grave cortejo de retóricos griegos, de libertos, de clientes, de ciudadanos romanos salvados por sus talentos, le acompañaba cuando atravesaba la plaza para subir á los *rostrés* (1). Tenía en la mano un rollo de papel y un *estilo* (2) de plomo para notar sus exordios, sus demostraciones, sus peroraciones, partes preparadas ó inspiradas de sus discursos. Su traje, cuidadosamente

(1) En una parte del Foro estaba la tribuna para los oradores que arengaban al pueblo, que despues se llamó *Rostra*, por estar adornada de *proas* de los navíos cogidos á los *Antiates*. Tit. Liv. VII. 14: antes de vencer á este pueblo. Tit. Liv. II. 56, se le daba ordinariamente el nombre de *templo*, *templum*, porque estaba consagrado por los Augures, id. VII. 35.

(2) Especie de punzon que comanmente era de hierro ó hueso con mucha punta. El mango del *ESTILO* (*estilum* ó *graphium*) era llano, para poder alisar la cera, para borrar lo que se quería corregir y escribir de nuevo encima lo que se deseaba.

conforme al corte antiguo, nada tenía de la negligencia del cínico ó de la molicie del epicúreo. No acercaba los ojos para la busca y no los quebrantaba por la sordidez. Vestía, no compuesto de su ropa á pliegues perpendiculares ajustada al cuerpo. No quería que los colores, atrayendo los ojos, distrajeran los oídos. Su aspecto enfermo, más aun en su juventud, interesaba á esa languidez del cuerpo sojuzgado por el espíritu. Leíase en él sus insomnios y sus meditaciones. Escepto su voz grave y trabajada por el ejercicio, su apariencia exterior era la de una pura inteligencia, que no había tomado de la materia mas que la forma estrictamente necesaria para hacerse visible á la humanidad.

Pero el pueblo romano, como el pueblo griego, acostumbrado por la frecuentacion del foro á juzgar á sus oradores en artistas, apreciaba en César, en Hortensio, esa atenuacion del cuerpo que probaba el estudio, la pasión, las vigilias, la consuncion del alma. La flaqueza y palidez de Ciceron, eran una parte de su prestigio y de su majestad.

## VI.

Nació (1) en una pequeña ciudad municipal de las cercanías de Roma, llamada Arpino (2), patria de Mario. Su madre, Helvia, mujer superior por su valor y la virtud como todas las madres en quienes se vacian los grandes hombres, le parió sin dolor. Un génio apareció á su nodriza, dice la tradición, y le anunció que iba en este niño la salud de Roma; lo cual significa que su fisonomía y su mirada inspiraban en el corazón de su madre y de la nodriza no se sabe qué presentimiento de grandeza y de virtud innatas. Helvia era de una sangre ilustre. Su familia paterna cultivaba oscuramente sus módicos dominios en las cercanías de Arpino, sin pretender los cargos públicos y sin frecuentar á Roma, contenta con su escasa fortuna y con la consideracion local de su provincia. A pesar de la novedad de

(1) El año de Roma 647 (107 años antes de J. C.), y fué muerto en 710, segun Tácito en su *Diálogo sobre los Oradores*.

(2) Forma parte hoy del reino de Nápoles. Se atribuye su fundacion á los *Ausonios Volscos*; pasó luego á poder de los *Samnitas*, y por último al de los romanos, que la erigieron en ciudad municipal.

su nombre, que Ciceron hizo brillar antes que nadie en Roma, esta familia descendia, se dice, por filiacion, de los antiguos reyes decaidos del Lacio. El abuelo y los tios de Ciceron se habian distinguido ya por la aptitud en los negocios y por algunos rasgos inesperados de elocuencia en las diputaciones que su villa habia enviado á Roma para sostener allí importantes intereses. Es raro que el génio esté aislado en una familia; muestra casi siempre los gérmenes antes de hacer despuntar un fruto consumado. Remontando algunas generaciones en una raza, reconócese por los síntomas precursores al grande hombre que la naturaleza parece preparar por grados. Esto aconteció en la familia poética del Tasso, cuyo padre era ya un poeta de segunda inspiracion; así en la familia de Mirabeau, cuyo padre, y sobre todo los tios eran oradores naturales y rústicos, mas oscuros, pero quizás mas naturales que el sobrino, así de Ciceron y de muchos otros. La naturaleza elabora largo tiempo y secretamente sus obras en la humanidad, como en los minerales y vegetales. El hombre es un sér sucesivo,

que representa y acaso contiene en una sola alma las virtudes de las almas de cien generaciones.

## VII.

Estas aptitudes y estos gustos oratorios y literarios de la familia de Ciceron, y la ternura que se cambia en ambicion para sus hijos en el corazon de una noble madre, hicieron educar en las letras griegas y romanas al hijo que prometia con tiempo tanta gloria á su casa. La literatura griega era entonces para los jóvenes romanos, lo que la literatura latina ha sido despues para nosotros: la tradicion del espíritu humano, el modelo de la lengua, el grande antepasado de nuestras ideas. La rápida y universal inteligencia del niño hizo una explosion antes que progresos en las primeras lecciones que recibió al salir de la cuna, bajo la inspeccion de su madre. Su vocacion por las cosas intelectuales fué tan pronta, tan maravillosa y tan unánimemente reconocida en torno suyo en las escuelas de Arpino, que gustó la gloria de que debía

apurar el alborozo, casi probando la vida. Los niños sus compañeros de escuela, le proclamaron *rey de los estudiantes*; referian á sus padres, hablando de las lecciones, los prodigios de comprension y de memoria del hijo de Helvia, y le acompañaban hasta la puerta de su casa como á un patrono de su infancia. Cuando la superioridad es desmesurada entre los niños y entre los hombres, no suscita la envidia; se la recibe y aclama como un fenómeno; y como los fenómenos están aislados y no se renuevan, no humillan la envidia, la admiran. Tal era el sentimiento que inspiraba el joven Ciceron á los niños de Arpino. ¡Qué no inspiraría un tan noble y tan honorable mas tarde, á Clodio, á Octavio y á Antonio!

## VIII.

La poesia, esta flor del alma, le envanece la primera. Es el sueño de las mañanas de las grandes vidas; contiene en sombras todas las realidades futuras de la existencia; remueve las fantasmas de todas las cosas antes de remover las mismas cosas; es el



preludio de los pensamientos y el presentimiento de la accion. Las naturalezas ricas como César, Ciceron, Bruto, Solon, Platon, comienzan por la imaginacion y la poesia: es el lujo de las sávias surabundantes en los héroes, los hombres de Estado, los oradores, los filósofos. ¡Infeliz quien no ha sido poeta una vez en su vida!

## IX.

Ciceron lo fué temprano, largo tiempo y siempre. Fué tan superior orador, porque fué poeta. La poesia es el arsenal del orador. Abrid á Demóstenes, á Ciceron, á Chatam, á Mirabeau, á Vergniaud; en donde estos oradores están sublimes, son poetas. Lo que nunca se olvida de su elocuencia, son las imágenes y pasiones dignas de ser cantadas y perpetuadas por los versos.

Cuando salió Ciceron de la adolescencia, publicó multitud de poemas que le colocaron, dicen las historias, entre los poetas renombrados de su tiempo. Plutarco afirma que su poesia iguala á su elocuencia.

Estudió á un tiempo la filosofia con los maestros griegos de esta ciencia que las contiene todas. Siguió sobre todo las lecciones de Filon, secuaz de Platon. Despertaba así su alma por todos los poros á la ciencia, á la sabiduria, á la inspiracion, á la elocuencia. Reuniendo todo lo que habia sido pensado, cantado ó dicho de mas bello antes que él en la tierra, para formarse él mismo en su alma un tesoro inagotable de verdades, de ejemplos, de imágenes, de elocuencia, de perfeccion moral y cívica, se proponia acrecentar y apurar despues este tesoro durante su vida, para la gloria de su patria y para su propia gloria, inmortalidad terrenal en que los hombres de entonces hacian uno de los objetos y uno de los precios de la virtud.

Seguia tambien asiduamente por la misma época á las sesiones de los tribunales y del foro; este tribunal de las deliberaciones políticas ante el pueblo, escuchando, mirando trabajar á los grandes maestros de la tribuna de su tiempo, Escévola, Hortensio, Cota, Craso, y sobre todo Antonio, de quien ha inmortalizado despues la elocuencia en

sus tratados sobre este arte. Se honraba de ser su discípulo, y en su casa le estudiaba, reproduciendo de memoria con su pluma los rasgos de sus arengas que mas habian conmovido á la muchedumbre ó embelesado su espíritu. Desconocido aun como orador, su renombre como poeta se estendia en Roma por la publicacion de un poema épico sobre las guerras y los destinos de Mario, su gran compatriota.

## X.

Roma estaba entonces en una de esas crisis trágicas y supremas que agitan los imperios ó las repúblicas en los momentos en que sus instituciones las ha elevado al colmo de virtud, de gloria y de libertad á que la Providencia permite á un pueblo alcanzar. Cuando las naciones llegan á este punto culminante de su existencia y de su principio, comienzan á bambolear sobre ellas mismas antes de precipitarse en la decadencia, como por un vértigo de la prosperidad ó por una ley de nuestra imperfecta naturaleza. Este es el momento en

que los pueblos producen los mas grandes hombres y los mas desalmados, como para preparar los actores mas sublimes y mas atroces de esos dramas trágicos que ellos dan á la historia. Ciceron aparecia en la vida precisamente en este momento de la decadencia y descomposicion de la república romana, de suerte que su historia, mezclada con la de su patria desde su nacimiento hasta su suplicio, es á la vez la de los hombres mas memorables ó mas execrables del universo, la de las mas grandes virtudes y de los mas grandes crímenes, de los mas brillantes triunfos y mas siniestras catástrofes de Roma. La libertad, la servidumbre del universo, se conquistan, se pierden, se ridiculizan durante medio siglo en él, al rededor de él ó con él. El alma de un solo hombre es el hogar del mundo, y su palabra es el eco del universo.

## XI.

El principio de la república romana era la asociacion sucesiva desde luego de la Italia, despues de la Europa, últimamente

del mundo conocido entonces, á la dominacion de los romanos. Crecer era su ley. No se crecia en territorio mas que por la guerra: la guerra era, pues, la fatalidad de este pueblo. Defensiva en sus principios, la guerra romana llegó á ser ofensiva, despues universal. La guerra altera la gloria, la gloria dá popularidad, la popularidad dá á los ambiciosos el poder político. El triunfo en Roma llegó á ser una institucion: esta institucion daba por decirlo así un cuerpo á la reputacion, y hacia de los triunfadores los candidatos á la tiranía.

## XII.

Para mantener esta concurrencia de triunfos y esta guerra universal y perpétua, grandes ejércitos, casi permanentes además, habian llegado á ser necesarios. Grandes ejércitos permanentes son la institucion mas fatal á la libertad y al poder enteramente moral de las leyes. Los que permanecian reunidos en legiones, en las provincias conquistadas ó en Italia, comenzaban á elevar á sus generales por encima del Se-

nado y del pueblo, y á formar para ó contra estos generales grandes facciones militares, ejércitos tan en otro caso peligrosos como las facciones civiles. Los que estaban licenciados despues que se les habia dividido las tierras, formaban en la misma Italia y en los campos de Roma, los perdidos mal contentos prontos á recurrir á las armas, su único oficio, y á dar bandas ó legiones á las sediciones políticas, á los tribunos demagogos ó á los generales ambiciosos. El Senado y el pueblo estaban por consiguiente prontos á ser dominados y subyugados aun en Roma por la guerra y por la gloria que ellos habian destinado para subyugar el mundo. Habian enviado tiranos al mundo, y el mundo vencido les devolvía tiranos domésticos. Ya la espada se burlaba de las leyes; ya bajo un respeto aparente para la autoridad nominal del Senado, los generales y los triunfadores se repartian entre sí los cargos, los consulados; los gobernadores de provincias trocaban sus legiones ó se prestaban sus ejércitos para entregárselos despues del tiempo permitido por las leyes. Roma no era mas que una grande monar-

del mundo conocido entonces, á la dominacion de los romanos. Crecer era su ley. No se crecia en territorio mas que por la guerra: la guerra era, pues, la fatalidad de este pueblo. Defensiva en sus principios, la guerra romana llegó á ser ofensiva, despues universal. La guerra altera la gloria, la gloria dá popularidad, la popularidad dá á los ambiciosos el poder político. El triunfo en Roma llegó á ser una institucion: esta institucion daba por decirlo así un cuerpo á la reputacion, y hacia de los triunfadores los candidatos á la tiranía.

## XII.

Para mantener esta concurrencia de triunfos y esta guerra universal y perpétua, grandes ejércitos, casi permanentes además, habian llegado á ser necesarios. Grandes ejércitos permanentes son la institucion mas fatal á la libertad y al poder enteramente moral de las leyes. Los que permanecian reunidos en legiones, en las provincias conquistadas ó en Italia, comenzaban á elevar á sus generales por encima del Se-

nado y del pueblo, y á formar para ó contra estos generales grandes facciones militares, ejércitos tan en otro caso peligrosos como las facciones civiles. Los que estaban licenciados despues que se les habia dividido las tierras, formaban en la misma Italia y en los campos de Roma, los perdidos mal contentos prontos á recurrir á las armas, su único oficio, y á dar bandas ó legiones á las sediciones políticas, á los tribunos demagogos ó á los generales ambiciosos. El Senado y el pueblo estaban por consiguiente prontos á ser dominados y subyugados aun en Roma por la guerra y por la gloria que ellos habian destinado para subyugar el mundo. Habian enviado tiranos al mundo, y el mundo vencido les devolvía tiranos domésticos. Ya la espada se burlaba de las leyes; ya bajo un respeto aparente para la autoridad nominal del Senado, los generales y los triunfadores se repartian entre sí los cargos, los consulados; los gobernadores de provincias trocaban sus legiones ó se prestaban sus ejércitos para entregárselos despues del tiempo permitido por las leyes. Roma no era mas que una grande monar-

quía dominadora del mundo exterior, pero donde los ciudadanos habian cedido la realidad de la soberania á las legiones, donde la Constitucion no conservaba mas que sus formas, donde los generales eran tribunos, donde las facciones eran campamentos.

Tal era el estado de la república romana cuando el jóven Ciceron tomó la toga viril, para representar su papel de ciudadano, de orador, de magistrado, en la escena del tiempo.

### XIII.

Mario, plebeyo de Arpino, despues de haberse ilustrado en los campos y haber salvado á la Italia de la primera invasion de los bárbaros del Norte, habia tomado partido en Roma por el pueblo contra los patricios y contra el Senado. Demagogo armado y feroz, habia prestado sus legiones á la democracia para inmolar á la aristocracia. Sus proscripciones y sus asesinatos habian diezclado á Roma é inundado de sangre la Italia. Sila, patricio de Roma,

desde luego teniente, despues rival de Mario, le habia á su vez arrebatado su gloria y sus legiones, las habia conducido contra su patria, habia proscrito á los proscritos, degollado á los degolladores, asesinado en masa al pueblo; sojuzga al Senado restableciéndole, eleva á los esclavos al rango de ciudadanos romanos, reparte las tierras de los proscritos entre sus ciento veinte mil legionarios, despues abdica bajo el prestigio del terror que habia inspirado al pueblo, y pone de nuevo en juego los resortes de la antigua Constitucion, falseados, sojuzgados, ensangrentados por él. Una guerra que se llamaba *la guerra social*, guerra de los auxiliares de la república contra la misma Roma, habia complicado aun, por la insurreccion de Italia, esa mezcla de acontecimientos, de pasiones, de proscripciones, de sangre y de crímenes. Sila triunfó. Los buenos ciudadanos de Roma uniéronse para defender la patria, aun bajo la dictadura de un tirano. Ciceron siguió allí á su modelo y maestro, el orador Hortensio. Llega con las legiones victoriosas de Sila, para asistir con horror al eclip-

se de toda libertad, á las dictaduras, á las proscripciones, á los degüellos de Roma. Su estrema juventud y su vida estudiosa en Arpino, le libraron, no de la desgracia, sino del peligro del tiempo. Volvió á Roma despues del restablecimiento violento, pero regular, de las cosas y del Senado por Sila. Se preparó para la tribuna política y los cargos de la república por el ejercicio del foro, noviciado de los jóvenes romanos que aspiraban así á la estimacion y al reconocimiento del pueblo, antes de pretender sus sufragios para las magistraturas. Publicó al mismo tiempo libros sobre la lengua, sobre la retórica, sobre el arte de la oratoria, que manifiestan la profundidad y la universalidad de sus estudios. Sus primeros informes para sus clientes asombraron á los oradores mas consumados de Roma. Su palabra brilla como un prodigio de perfeccion desconocida hasta este jóven, en la discusion de las causas privadas. Invencion en los argumentos, encadenamiento de los hechos, conclusion de los testimonios, elevacion de pensamientos, fuerza de razonamientos, armonía en las palabras, novedad

y esplendor en las imágenes, conviccion del espíritu, patético del corazon, gracia é insinuacion en los exordios, fuerza ó eficacia en las peroraciones, belleza en la diction, majestad en la persona, dignidad en el gesto, todo lleva en pocos años al jóven orador al apogeo del arte y de la celebridad. Sus discursos preparados en el silencio de sus vigiliass, anotados, escritos despacio, borrados, escritos de nuevo, corregidos aun, comparados estudiosamente por él con los modelos de la elocuencia griega, aprendidos párrafo por párrafo, ya en los baños, ya en sus jardines, ya en sus paseos al rededor de Roma, recitados delante de sus amigos, sometidos á la critica de sus émulos ó de sus maestros, pronunciados en público sobre el tono dado por diapasones apostados en la muchedumbre, enriquecidos de esas inspiraciones súbitas que aumentan la maravilla de lo imprevisto y el fuego de la improvisacion á la seguridad y á la solidez de la palabra reflexionada, eran acontecimientos en Roma. Existen revisados y publicados por el orador, son aun acontecimientos para la posteridad. No hablaremos

de ellos; forman volúmenes. Han quedado como monumentos del espíritu humano.

## XIV.

Estos discursos fueron la base de la celebridad y de la vida pública del jóven Ciceron. Pero fué consumido por su propia llama: su frágil cuerpo no pudo soportar este esceso de estudio, de palabra pública, de clientela y de gloria en que estaba sumergido. Su flaqueza, su palidez, sus desmayos frecuentes, el insómnio, la voz quebrantada por el esfuerzo para responder al ánsia y á los aplausos de la muchedumbre; su estenuacion precoz, la que, por una gloria del foro y de las letras muy pronto alcanzadas, amenazaba una vida ávida de una mas alta y larga gloria; quizá tambien los consejos que le dieron sus amigos de escapar á la atencion de Sila, á quien una celebridad tan poderosa podia ofuscar en un jóven valido del pueblo, y á quien Ciceron habia ligeramente ofendido defendiendo á uno de sus proscritos que nadie habia osado defender; todas estas causas, y mas aun la pasion de

estudiar la Grecia en la Grecia misma, decidieron á Ciceron á abandonar á Roma y el foro y á visitar á Atenas.

## XV.

Allí se entregó casi exclusivamente, bajo la direccion de los filósofos griegos mas renombrados, al estudio de la filosofía. En el encanto de estos estudios, que separan el alma de las cosas terrestres para elevarla á las cosas inmateriales, renunció por algun tiempo á Roma, á la ambicion y á la gloria. Ligado con Atico, rico romano, voluptuoso de imaginacion, quien estimaba las cosas únicamente por el placer que ellas dan, Ciceron se proponia reunir su módico patrimonio en Grecia, y establecerse en Atenas para pasar allí oscuramente su vida en el estudio de lo bello, en la averiguacion de la verdad, en el goce del arte. Pero su salud se restablecia; los maestros de las escuelas de elocuencia mas célebres de Atenas, de Rodas, de Jonia, acudieron para oírle discurrir en las academias de Atica, y, penetrados de admiracion para este jóven bár-

baro, confesaban con lágrimas que Roma los había vencido por las armas y que un romano los aventajaba en elocuencia. Les daba lecciones de lógica, y ellos se la daban de dición, de armonía, de entonación, de gesto. La noticia de la muerte de Sila, que llega en este momento á Atenas, y presagiaba nuevos destinos á la libertad de Roma, saca á Ciceron de sí mismo. Se creyó llamado por acontecimientos desconocidos, y partió para Roma pasando por Asia, para visitar todas las grandes escuelas de literatura y elocuencia, y para asegurarse además si estos templos famosos, de donde el paganismo había enviado sus supersticiones y sus fábulas á Roma, no contenían la palabra reservada sobre la divinidad, objeto supremo de sus estudios. Consulta á los oráculos. El del templo de Delfos le dice la gran verdad de los hombres de bien, destinados á tomar parte en los acontecimientos de su país en los tiempos de revolución.

«¿Por qué medio, le pregunta, esperaré la mas grande gloria y la mas honrada?

—Siguiendo siempre tus propias inspiraciones, y no la opinion de la multitud.»

Este oráculo le impresiona, y conformando á él su vida, mereció en efecto su reputacion de hombre de bien, su gloria y su muerte.

## XVI.

Regresó á Roma y vivió algunos años retirado, sin adherirse á ninguno de los bandos que dividían la república, no cortejando á ninguno de los jefes de partido cuyo favor estimulaba á los jóvenes á las candidaturas, y no solicitando nada del pueblo. Menospreciábasele, dicen los historiadores, por ese menosprecio que él hacia de los hombres y de las riquezas, y por esa estima que él guardaba á las cosas inmateriales. Le llamaban poeta, letrado, filósofo especulativo, sumergido en la contemplación de las cosas inútiles. El vulgo desprecia en todos los siglos lo que no es vulgar como él; no movieron á Ciceron estas burlas, continuó en perfeccionarse en silencio, por el solo amor de lo bello y de lo bueno. Vivía entonces familiarmente con el mas grande actor de la escena romana, Roscio. Se estu-



diaban uno con otro: el actor en imitar las entonaciones, las actitudes y los gestos que la misma naturaleza inspiraba á Ciceron; el orador, en imitar la accion que el arte enseñaba á Roscio. Y de esta lucha entre la naturaleza que inspira y el arte que acaba, resultaba para el actor y para el orador la perfeccion, que consiste para el actor en no fingir nada en el teatro que no salga de la naturaleza, y para el orador en no enseñar en la tribuna nada que no sea reconocido por el arte y conforme á esa suprema conveniencia de las cosas que llamamos belleza.

## XVII.

Sin embargo, el padre, la madre, los tios de Ciceron y sus amigos, le rogaban violentara su gusto por el retiro, y no privara á la república en los tiempos dificiles de los dones que los dioses, el estudio, las letras, los viajes habian acumulado en él.

«La virtud y la elocuencia no le habian sido dadas, le decian, mas que como dos armas divinas para la grande lucha que se

agitaba entre los hombres de bien y los malvados, entre la anarquía de los demagogos y la libertad de los buenos ciudadanos.»

Cede á sus instancias y solicita la cuestura el mismo año en que los dos mas grandes oradores del tiempo, sus maestros y sus modelos, Hortensio y Cota, solicitaron el consulado, primera magistratura de Roma, que duraba un año. El pueblo, cansado de los hombres de guerra que habian ensangrentado bastante largo tiempo á Roma, quiso relevar la libertad y la tribuna nombrándolos á los tres. La cuestura era una magistratura secundaria que daba entrada en el Senado. Los cuestores estaban encargados de percibir los tributos y de abastecer á Roma. La suerte, que distribuia las provincias entre los cuestores, dá la Sicilia á Ciceron. Previniéndolo todo por sus medidas la carestía que amenazaba al pueblo romano, gobernó la Sicilia y se hizo adorar; la recorrió toda entera, menos como procónsul que como filósofo y como historiador curioso de averiguar en sus ruinas los vestigios de su grandeza antigua. Des-

cubrió allí la tumba de Arquímedes, uno de los mas grandes génius que la mecánica ha dado jamás á los hombres, é hizo restaurar á sus costas el monumento de este hombre casi divino.

Lleno del ruido que su nombre, su elocuencia y su dichosa magistratura hacian en Sicilia, se admira al volver á Roma, de hallar este nombre y esta fama embargados por el tumulto todos los dias nuevo de una inmensa capital absorta en sus propios rumores, en sus pasiones, en sus intereses, en sus juegos, y dividida entre sus tribunales, sus agitadores y sus oradores. Comprendió que para influir sobre este pueblo móvil y sensual, no convenia desaparecer un dia de sus ojos. Se casó con Terencia, mujer de ilustre origen y de fortuna módica. Compró una casa mas aproximada al centro de sus negocios que su casa paterna, situada en un barrio de ociosos. Abrió esta casa á toda hora á la multitud de clientes ó de litigantes que sitiaban en Roma el umbral de los hombres públicos. Aprendió de memoria el nombre y antecedentes de todos los ciudadanos romanos, á fin de lisonjearlos por lo

que lisonjea á los mas de los hombres, la señalada atencion de la muchedumbre, y el saludarles por sus nombres cuando le acometian en la plaza pública. Así no tuvo necesidad de un liberto que se llamaba *el nomenclator* y que seguia siempre á los candidatos, á los empleados ó á los magistrados para decirles en voz baja el nombre de los ciudadanos.

Llegado á la edad de cuarenta y un años, poseedor por sus herencias personales y por la dote de Terencia, su mujer, de una fortuna que no fué nunca espléndida, porque él defendia siempre gratuitamente por la justicia, ó por la gloria, juzgando que la palabra era de demasiado alto precio para ser vendida: ligado por la amistad con los mas grandes, los mas ilustrados y los mas virtuosos ciudadanos de la república, Hortensio, Caton, Bruto, Atico, Pompeyo, padre de un hijo, en el cual esperaba revivir, de una hija que adoraba como á la divinidad de su porvenir; no empleaba lo supérfluo mas que en la adquisicion de libros raros, que un amigo, el rico y sábio Atico, le enviaba de Atenas; distribuia su tiempo entre los ne-

gocios públicos de Roma, y las tardes de estío en sus casas de campo, en Arpino, en las montañas de sus padres, en Cumes, en la orilla del mar de Nápoles, en Túsculo, al pié de las colinas de Alba, moradas retiradas y deliciosas; contando sus horas en esos retiros como un avaro cuenta su oro; dando las unas á la elocuencia, las otras á la poesía, estas á la filosofía, aquellas al entretenimiento con sus amigos ó en sus correspondencias, algunas al paseo bajo los árboles que él habia plantado y entre las estatuas que él habia recogido, otras á la comida, pocas al sueño, no perdiendo ninguna para el trabajo, el placer del espíritu, la salud; acostándose con el sol, levantábase antes de la aurora para recoger su pensamiento antes del ruido del dia en toda su fuerza; su salud se restablecia, su cuerpo tomaba la apariencia del vigor, su voz esos acentos varoniles y esa vibracion nerviosa que Demóstenes hacia luchar con el ruido de las olas del mar, y mas necesarias á los hombres que deben luchar con los tumultos de los pueblos. Era prudente, honrado, querido, feliz, aun no envidiado. El destino

parecia darle á la vez, al principio de su vida, esa dosis de dicha y de calma que proporciona á cada uno en su carrera, como para hacerle mejor saborear por la comparacion y por el pesar, los años de perturbacion, de accion, de tumulto, de angustia y de muerte, en los cuales iba luego á entrar.

## XVIII.

Seis años despues de su cuestura en Sicilia, Ciceron fué elegido edil, por unanimidad, por el pueblo reunido en tribus. El edil tenia á su cargo el embellecimiento de Roma y los espectáculos que se daban al pueblo. Este, ávido de espectáculos, pensó que la Sicilia, donde Ciceron se habia conquistado la afeccion y reconocimiento, le proporcionaria gladiadores, cómicos y fieras que memoraran su edilidad. Esta magistratura daba á los ediles el derecho de ostentar en el vestibulo de su casa las imágenes y las estatuas de sus antepasados. Ciceron, que no tenia antepasados, no ostentaba imágenes. Aceptó, sin humillarse, el nombre de *hombre nuevo* que se daba en

Roma á los que hacian su propio nombre en lugar de heredarle. Se hallaba colocado entre la aristocracia y la democracia, en ese medio favorable á la equidad, entre los dos bandos que se disputaban á Roma: plebeyo por el nacimiento, patricio por los cargos y por los sentimientos. Esta fué la época en que escribió, á instancia de los sicilianos, sus memorables arengas contra Verres, quien habia espoliado la Sicilia de sus objetos de arte y de sus monumentos nacionales, las cuales nunca fueron pronunciadas ó hicieron para siempre del nombre de Verres el de los ilustres concusionarios de nacion. Mas tarde, arrepintiéndose Ciceron sin duda de haber impuesto mas allá de lo justo una tan deshonrosa inmortalidad al pretor de Sicilia, le socorre de su bolsa en la indigencia á que habia venido este procónsul.

## XIX.

Dos años despues de su edilidad, solicitó la pretura, magistratura que no tenia superior á ella mas que la primera, es decir,

el consulado. Apoyaba entonces en el Senado á Pompeyo, el ídolo de la aristocracia romana que pedia un poder ilimitado para purgar la mar de los piratas de Cilicia, que sitiaban las costas de la Italia. La elocuencia de Ciceron versó sobre la resistencia de los demagogos: Pompeyo fué dictador, y Ciceron pretor.

Su nombradía de incorruptible era tal, que un acusado de cohecho, llamado Macer, amigo y protegido de Crespo, el mas rico de los romanos, sabiendo que Ciceron estaba decidido á votar su condena, dijo que se sentia juzgado de antemano, puesto que Ciceron estaba en contra suya; y entrando de nuevo en su casa sin permitir á sus abogados le defendieran, se acostó y murió de una muerte voluntaria, estimando que la condena de Ciceron era la condena de los dioses.

## XX.

Hasta aquí, sin embargo, y á pesar de la madurez de su edad y la obstinacion de sus estudios para perfeccionarse en el don de

la palabra, no habia pleiteado mas que ante los tribunales ó ante el Senado; no se creia capaz aun de abordar la tribuna de las arengas y de pleitear por las causas públicas ante el pueblo. El pueblo le parecia el mas formidable y el mas delicado de los auditorios. Le conviene, decia, una elocuencia tan intrépida, tan diversa, tan súbita y tan omnipotente como él. Para conseguir esto, apenas basta la mitad de una vida.

Se aventuró á ello, por primera vez, para sostener la especie de dictadura naval y militar que se habia dado á Pompeyo y que se proponia restringir. Triunfó, y le valió dos años despues el consulado, objeto de su ambicion y fundamento de su gloria. Poco agradable á la multitud, cuyos desórdenes combatia, sin raices en la aristocracia, á la que no pertenecia por el nacimiento, no podia elevarse mas que por sus talentos y servicios á esa suprema magistratura discernida por eleccion. Dos hombres funestos que tenian á la vez á las grandes familias por la sangre, á la multitud por las cobardes adulaciones y por su complacencia en sus crímenes, Antonio y

Catilina, eran sus competidores. Comenzó por apartar á Antonio, el menos peligroso de sus dos rivales, hombre sin carácter, prometiéndole servir en su ambicion, que no era mas que vanidad, de aceptarle por colega en el consulado, y dejarle los grandes gobiernos de Italia fuera de Roma. Habiendo descompuesto así el manejo de sus adversarios, combatió tan vivamente la politica plebeya y turbulenta de Catilina ante el Senado, que la aristocracia, lisonjeada de encontrar un tal apoyo, y el pueblo, celoso de asegurarse una tal elocuencia, le nombraron, no por escrutinio, sino por aclamacion, cónsul con Antonio. Cumplió su palabra á su colega, y le hizo dar lo que deseaba, el gobierno de la Italia. En cuanto á él, quedó en Roma para perseverar la república de las agitaciones y de las subversiones que la amenazaban todos los dias durante la ausencia de Pompeyo, entonces en Asia.

## XXI.

Las circunstancias supremas no tardaron

la palabra, no habia pleiteado mas que ante los tribunales ó ante el Senado; no se creia capaz aun de abordar la tribuna de las arengas y de pleitear por las causas públicas ante el pueblo. El pueblo le parecia el mas formidable y el mas delicado de los auditorios. Le conviene, decia, una elocuencia tan intrépida, tan diversa, tan súbita y tan omnipotente como él. Para conseguir esto, apenas basta la mitad de una vida.

Se aventuró á ello, por primera vez, para sostener la especie de dictadura naval y militar que se habia dado á Pompeyo y que se proponia restringir. Triunfó, y le valió dos años despues el consulado, objeto de su ambicion y fundamento de su gloria. Poco agradable á la multitud, cuyos desórdenes combatia, sin raices en la aristocracia, á la que no pertenecia por el nacimiento, no podia elevarse mas que por sus talentos y servicios á esa suprema magistratura discernida por eleccion. Dos hombres funestos que tenian á la vez á las grandes familias por la sangre, á la multitud por las cobardes adulaciones y por su complacencia en sus crímenes, Antonio y

Catilina, eran sus competidores. Comenzó por apartar á Antonio, el menos peligroso de sus dos rivales, hombre sin carácter, prometiéndole servir en su ambicion, que no era mas que vanidad, de aceptarle por colega en el consulado, y dejarle los grandes gobiernos de Italia fuera de Roma. Habiendo descompuesto así el manejo de sus adversarios, combatió tan vivamente la politica plebeya y turbulenta de Catilina ante el Senado, que la aristocracia, lisonjeada de encontrar un tal apoyo, y el pueblo, celoso de asegurarse una tal elocuencia, le nombraron, no por escrutinio, sino por aclamacion, cónsul con Antonio. Cumplió su palabra á su colega, y le hizo dar lo que deseaba, el gobierno de la Italia. En cuanto á él, quedó en Roma para perseverar la república de las agitaciones y de las subversiones que la amenazaban todos los dias durante la ausencia de Pompeyo, entonces en Asia.

## XXI.

Las circunstancias supremas no tardaron

en estallar. Independientemente de los grandes ejércitos militares de que hemos hablado, ejércitos representados en Mario, en Sila, en Pompeyo y después en César; independientemente también de los ejércitos permanentes de los patricios y de los plebeyos que despedazaron la república después de algunos años, había en Roma un ejército de la anarquía, de la demagogia y del crimen, que aventajaba á todos los demás y no aguardaba, para trastornarlos y sumergirlos en su propia sangre, mas que la ocasión de una guerra civil ó de una debilidad del gobierno. Los elementos de este ejército impío, que hervía siempre en la escoria de las sociedades viejas y enfermas, eran desde luego el populacho, espumajo del pueblo que se impregna y se corrompe de todos los vicios del tiempo, y que flota en la superficie de las populosas ciudades al viento de todas las sediciones. Eran después los libertos, los proletarios y los esclavos, despreciados por las leyes fuera de los derechos de los ciudadanos, y siempre prontos á destrozar el cuadro de las leyes que no se estendía para darles un justo puesto; eran

aun esa multitud de soldados licenciados de Sila, de Mario, del mismo Pompeyo, á quienes se había distribuido tierras en determinadas partes de Italia, pero que después, cansados de su ociosidad en esas colonias militares, donde habiendo agotado prontamente con la prodigalidad de nuevos, enriquecían su fortuna, y apetecían hacerse otra prestando sus armas á las sediciones de la patria. En fin, había un corto número de jóvenes de las primeras casas de Roma, tales como Clodio, César, Catilina, Crespo, Cetego, quienes habiendo guardado el crédito, perdiendo las virtudes de sus antepasados, corrompidos de costumbres, pervertidos de licencia, arruinados por sus prodigalidades, señalados por sus escándalos, indiferentes en opinion, ávidos de fortuna, haciendo traición á su sangre, á su casta, á sus tradiciones, á la gloria de su nombre, se hacen los aduladores, los instigadores, los tribunos, los cómplices enmascarados y desenmascarados del populacho, y buscan su riqueza perdida y su grandeza futura en el abismo de su patria!

010049

## XXII.

Véase cuáles eran en Roma, en el momento en que Ciceron alcanzaba el poder, los fermentos y factores de trastorno. El jefe momentáneamente reconocido de todas estas facciones ligadas para la ruina de la república, si es que la anarquía puede tener un jefe, era Catilina.

Catilina, hombre de sangre ilustre, de temple varonil, de una audacia pertinaz que el pueblo toma frecuentemente por grandeza de alma, de una celebridad militar, sola cualidad que no se le puede disputar, de una de esas elocuencias depravadas que saben hacer hervir los vicios en las partes vergonzosas del corazón humano, sospechoso, si no convicto, de muerte de un hermano, de asesinatos en la via Apia, de envenenamientos secretos, de licencias casi tan infames como los crímenes, pero bastante insolente de su nacimiento, bastante fuerte por su popularidad, bastante pronto en la venganza, y en fin, bastante prevenido de coaliciones secretas con César, Clodio, Crespo y otros senadores, lo era también,

para que un cierto crédito cubra su dudoso renombre, para que ninguno ose reprocharle en público los delitos de que muchos le acusan en secreto; Catilina era también pretor, y había elevado su ambición hasta el consulado. Apenas había sido precipitado en su esperanza por el triunfo del grande orador, cuando medita derribar lo que no había podido conquistar, asesinar al cónsul, proscribir una parte del Senado, llamar los soldados licenciados, los proletarios, los esclavos al asalto de Roma, y hacer nacer en esa conflagración de todas las cosas una ocasión de desquite y una dictadura de crimen para él y para sus cómplices. Si el mismo César no era un cómplice, era al menos un confidente mudo y quizá impaciente del éxito de la conspiración.

## XXIII.

Al inmenso ruido de una tan vasta conspiración de la que solo las cabezas estaban retiradas, pero cuyos miembros descubrían en todas partes la existencia, Ciceron reúne el Senado y requiere á Catilina á confesar ó á negar su crimen.



«¡Mi crimen! responde insolentemente el faccioso. ¿Es, pues, un crimen querer dar una cabeza al poder decapitado de la multitud, cuando el Senado, que es la cabeza del gobierno, no tiene cuerpo y no puede nada por la patria?»

A estas palabras, Catilina sale, y el Senado, asombrado de tanta audacia, dá la dictadura temporal á Ciceron para salvar á Roma.

Catilina no se duerme despues de una tan franca declaracion de guerra á su patria. Envia á Manlio, uno de sus cómplices, quien mandaba un cuerpo de veteranos en Toscana, la señal de sublevar á sus soldados y de marchar sobre Roma. A cada uno de los conjurados les dá un barrio de la ciudad, quienes á una misma hora deben reunir el pueblo y dirigir el movimiento. Las armas, las antorchas están dispuestas, señalados los edificios, contadas las victimas: Ciceron es la primera. En la sangre de su primer ciudadano debian los malvados sepultar las antiguas leyes de Roma. Una mujer ilustre, querida de uno de los jóvenes patricios asociados al complot, corre por la noche á

advertir á Ciceron para que cierre al dia siguiente su casa á los sicarios. Se presentan en efecto armados al amanecer en la puerta del cónsul, de quien tenian prometida la cabeza; la encuentran guardada por un puñado de buenos ciudadanos. Viviendo Ciceron, la ciudad tiene un centro, las leyes una mano, la patria una voz, el Senado un guia. La ejecución del complot es aplazada. Ciceron no aplaza la vigilancia: convoca al Senado á la primera hora del dia en el templo fortificado de Júpiter *Stator* ó conservador de Roma. Catilina osa presentarse allí, convencido de que la falta de pruebas contra él atestiguará su inocencia, ó que la audacia intimidará al cónsul. A su entrada en el Senado, todos los senadores se separan de Catilina, como para preservarse del contagio ó aun de la sospecha del crimen. El horror ante la ley, hace el vacío al rededor del conspirador. Ciceron indignado, pero no intimidado, se levanta y dirige al enemigo público el terrible y elocuente apóstrofe que ha dejado sobre el nombre de Catilina la misma huella que el fuego del cielo deja sobre un monumento arruinado.

El pensamiento se precipita allí sin aliento, en palabras cortas, como si la impaciencia y la indignacion ahogasen el génio. Hé aqui algunas palabras que harán juzgar al orador y al criminal:

## XXIV.

«¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? ¿cuánto tiempo se ha de estar burlando de nosotros ese tu furor? ¿A qué término llegará esa tu desenfrenada audacia? ¿Cómo! ¿Ni la guardia nocturna del monte Palatino, ni las fuerzas esparcidas en toda la ciudad, ni la consternacion del pueblo, ni el concurso de todos los hombres de bien, ni el lugar fortificado escogido para esta Asamblea, ni las miradas indignadas de todos los senadores, nada ha podido retraerte? ¿No ves que tus proyectos están descubiertos? ¿que tu conspiracion está rodeada de testigos, encadenada por todas partes? ¿te parece á tí que hay aqui alguno que no sepa qué hiciste esta noche, qué ante-noche, dónde estuviste, á quién convocaste y qué resolviste?

¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! Todos estos complots, el Senado los conoce, el cónsul los vé, y Catilina vive todavía! Vive, ¿qué digo? viene al Senado y es admitido entre los consejeros de la República; y con la vista destina á cada uno de nosotros á la muerte. Y nosotros, muy preciados de hombres de fortaleza, creemos cumplir con la República con huir el cuerpo á los tiros de este furioso.

Mucho tiempo há, Catilina, que convenia que el cónsul te pusiera en un suplicio, y descargase sobre tu cabeza el golpe mortal que tanto há dispones tú descargar sobre todos nosotros. ¿Acaso pudo el esclarecidísimo P. Escipion, Pontífice Máximo, no siendo mas que un particular, dar muerte á Tiberio Graccho, que alteraba en parte la Constitucion de la República, y nosotros, siendo cónsules, hemos de sufrir á Catilina, que á todo el orbe quiere destruir á sangre y fuego? Porque no quiero traer á la memoria aquellos tiempos antiquísimos, cuando Q. Servilio Ahala dió de puñaladas á Spurio Melio, porque pensaba en novedades. Hubo, hubo en otro tiempo en nuestra

República esa virtud en los varones fuertes de castigar con mas rigor al ciudadano pernicioso, que al mayor enemigo. Pues tenemos, Catilina, contra tí un decreto del Senado, fuerte y severo. No falta á la República, ni el consejo, ni la autoridad de este orden: nosotros, nosotros los cónsules, digolo claramente, somos los que la faltamos.....

Reconoce por fin conmigo aquella noche pasada. Ya entenderás que estoy mas alerta para salvar á la República, que tú para arruinarla. Digo que la noche pasada fuiste entre una tropa de espadachines (no me andaré con rebozo) á casa de M. Leca: que concurrieron al mismo lugar muchos cómplices en tu locura y maldad. ¿Te atreves á negar esto? ¿Por qué callas? te convenceré, si lo niegas; aquí en el Senado estoy viendo algunos que se hallaron allí contigo.

¡Oh dioses inmortales! ¿en dónde estamos? ¿en qué ciudad vivimos? ¿qué República es la nuestra? Aquí, aquí entre nosotros, padres conscriptos, en este consejo, el mas sagrado y grave del orbe, tenemos á los que piensan en mi muerte, y la de todos

vosotros, la de Roma, la del mundo entero. A estos está viendo el cónsul, y les pregunta su parecer sobre la República; y á unos hombres, que fuera razon hacer piezas á cuchilladas, ni aun con las palabras los vulnera. Te hallaste, pues, Catilina, en casa de Leca aquella noche, distribuiste la Italia por partes, determinaste á dónde querias que fuere cada uno, hiciste eleccion de los que habian de quedar en Roma y de los que habias de sacar contigo, señalaste los parajes por donde se habia de incendiar la ciudad, aseguraste que tú saldrias muy presto: mas digiste que necesitabas dilatar tu partida, porque yo vivia. No faltaron dos caballeros romanos que te sacasen de ese cuidado y se ofreciesen á matarme en mi cama aquella misma noche, un poco antes de amanecer. Todas estas cosas averigüé yo apenas acababa de disolver vuestra junta: fortifiqué y aseguré mi casa con mas gente, y negué la entrada á los caballeros que tú habias enviado á saludarme de madrugada, que fueron los mismos que yo habia prevenido á muchos sugetos del mayor carácter, que á aquella hora irian á verme...

¿Puede serte gustosa, Catilina, la luz que nos alumbrá, el aire que respiramos, cuando sabes que no hay ninguno entre todos estos que ignore que la vispera de las kalendas de Enero, el último día del consulado de Lépido y de Tulo, te hallabas en la plaza de los Comicios, armado de un puñal; que juntaste gente para matar á los cónsules y principales de la ciudad; que se frustró tu furioso y execrable intento, no por alguna consideracion que hicieses, ó por temor que concibieses, sino por la fortuna del pueblo romano? Y no quiero decir nada de aquellos otros atentados; porque ó son sabidos, ó sucedieron poco despues. ¿Cuántas veces intentaste quitarme la vida, tanto estando nombrado cónsul, como cuando ya lo era? ¿Cuántos tiros tuyos disparados con tal tino, que parecia imposible librarme, con solo ladearme un poco, y como dicen, hurtando el cuerpo, los evité yo? Nada tratas, nada pretendes, nada ideas que yo no sepa á tiempo. Y sin embargo, no desistes de tus intentos y esfuerzos. ¿Cuántas veces se te ha sacado ya ese puñal de las manos? ¿Y cuántas por alguna casualidad se te cayó,

y se te escurrió de entre ellas? Y con todo eso no puedes estar sin él mucho tiempo. Cierto yo no sé con qué ceremonias le has consagrado, cuando tienes por preciso clavarle en el pecho de un cónsul.

¿Mas ahora qué vida es esa tuya? Porque ya quiero hablar contigo en términos que parezca me mueve la compasion, que totalmente desmereces, y no el ódio, de que eres digno. Entraste poco há en el Senado. ¿Quién de este tan numeroso concurso, de tantos amigos y parientes tuyos te saludó? Si no hay memoria de que esto haya pasado á ningun otro, ¿aguardas á que te afrenten con las palabras, cuando tienes sobre ti el severisimo juicio de su silencio? Y la circunstancia de que á tu llegada quedaron esos asientos desocupados y todos los consulares, que muchas veces has destinado á la muerte, apenas te sentaste, dejaron desamparados y vacíos los asientos que están á tu lado, ¿cómo piensas llevar esto? A fé mia que si me viera temido de mis mismos esclavos en la forma que tú te ves de todos tus compatriotas, pensaria en dejar mi casa: ¿Y tú no piensas en dejar la ciudad? Y si

llegara á caer, aunque sin culpa mia, en tan atroz sospecha y ódio de mis conciudadanos, elegiria antes privarme de su vista, que el ser mirado de todos con malos ojos. Y tú, que por el remordimiento de tu conciencia conoces que el ódio universal que se te tiene es justo, y está muy de antemano merecido, ¿no te determinas á huir de la vista y presencia de aquellos cuyos ánimos ofendes? Si tus padres te temieran y aborrecieran, y no los pudieras aplacar por ningun medio, me parece á mí que te irias de su vista á otra parte. Ahora, pues, la patria, que es nuestra madre comun, te aborrece y teme, y ya tiempo há que está en la inteligencia de que tú en nada piensas, sino en su ruina. ¿No respetarás su autoridad, no seguirás su dictámen, no temblarás de su fuerza? Ella trata contigo, Catilina, y en cierta manera sin hablar te dice: —Ninguna maldad se ha hecho ya há tantos años, que no fuese por tí: ningun escándalo sin tí: solo tú é impunemente diste la muerte á muchos conciudadanos, y maltrataste y robaste á los aliados: tú pudiste no solo menospreciar las leyes y pesquisas,

sino tambien echarlas por tierra y hollarlas. Pero lo pasado, aunque no era de sufrir, con todo lo toleré como pude. Mas el que ahora esté toda en continuo sobresalto por tí; que á cualquiera ruido tiemble á Catilina; que me parezca que no se puede tomar resolucion ninguna contra mí que desdiga de tu maldad, estas ya no son cosas que se puedan sufrir. Y así vete y sácame de este susto: si es fundado, para que no me vea oprimido, y si no lo es, para que deje por fin algun día de temer...»

## XXV.

La elocuencia humana rara vez se eleva á tanta altura como en esta lucha, cuerpo á cuerpo, entre Ciceron y los cómplices de Catilina. En cuanto á la conspiracion en sí misma, presentaba sin duda mas superficie que profundidad, y mas ocasion para la elocuencia, que peligro real al heroismo del cónsul.

Catilina era en el fondo uno de esos aventureros á quienes alguna vez los políticos perversos animan con sus connivencias se-

cretas, como se ha visto en nuestras revoluciones modernas, pero á los cuales todo el mundo execra y desconoce cuando se presentan, porque escandalizan aun en el crimen.

Nadie en Roma se atreve á defender á Catilina. La patria fué salvada de un fantasma mas bien que de un opresor por Ciceron.

Pocos dias despues muestra una resolucion mas firme, pero fué una resolucion contra los vencidos. Algunos cómplices de Catilina, quedados en Roma, despues de su partida, y convictos de correspondencia con él, son cogidos y aprisionados por el cónsul. Inmolarlos sin juicio y á pesar de las leyes protectoras de la vida de los ciudadanos, era asumir la responsabilidad mas terrible; soltarlos era proclamar la impunidad de los complots.

Ciceron somete el problema al Senado.

César los defiende con el desden y la proteccion del desprecio, pero con la habilidad de un cómplice.

El Senado vacila; Ciceron se obstina, se indigna, levanta la cólera abatida de los

senadores, pide la muerte y la obtiene en nombre del peligro público.

Al salir del Senado, hace ejecutar de su sola autoridad, á Léntulo, á Cetego, á todos los sospechosos del partido de Catilina; despues, retirándose intrépidamente de la prision donde acaban de espirar bajo sus lictores, y pasando delante de los grupos de sus partidarios que esperaban su suerte:

«Han vivido!» dice desafiándolos con la mirada.

Y dá gracias á los dioses por la salvacion de Roma.

La faccion de Catilina, talmente reprobada, que no habia podido sacar de Roma con él mas que trescientos malvados perdidos de opinion y de fama, fué batida en un dia en Florencia, como lo habia sido en una noche en Roma.

## XXVI.

El consulado de Ciceron acabó en el terror de los facciosos y en el reconocimiento de los buenos ciudadanos. César y su partido, entonces naciente, mas temible que el

de Catilina, opusieronse solos á lo que Ciceron dió cuenta al pueblo de las medidas que habia tomado y de la sangre que habia derramado.

«Y bien, dice Ciceron apareciendo en la tribuna, donde César, pretor, le rehusa la palabra, no haré una arenga, pero sí un juramento.

Juro, esclama Ciceron atestiguando con su conciencia, su patria y los dioses, juro que he salvado la república!»

César y sus cómplices protestaron en vano con su silencio contra la muerte de sus amigos; el pueblo entero aplaude el testimonio del salvador de Roma, y le acompaña respetuosamente hasta el umbral de su casa. Algunos dias despues se le decretó el título de *Padre de la patria*. Los emperadores se arrogaron mas tarde este título. Roma libre le dió ella misma, y por la primera vez, á Ciceron. Las ciudades de Italia le levantaron estatuas como á un Dios. Le llamaban el segundo fundador de Roma.

## XXII.

• Esta fué la cima de su gloria y de su fortuna: la envidia allí le esperaba. La república estaba en tal estado, que no tenia lugar para un ciudadano tan honrado y tan glorioso. Toleraba los grandes talentos y las grandes celebridades, pero con la condición de que fueran aliadas á los grandes vicios. Todos los partidos tenian interés en separar á Ciceron, porque todos tenian alguna complacencia infame ó criminal que pedirle. Cuando las naciones están decididas á perderse ó á marcharse, separan á los grandes testigos que les harian sonrojar de su bajeza. Tal era Roma en estos años que precedieron á la usurpacion de César y al anonadamiento de la república.

Despues que Pompeyo, tantas veces cónsul y triunfador, volvió á Roma, y César se engrandeció en ambicion, en intriga, en popularidad y en gloria, Roma estaba dividida en tres partidos que marchaban con paso casi igual á la ruina de la libertad.

El primero y mas poderoso era el de Pompeyo, idolo del Senado, querido de los

de Catilina, opusieronse solos á lo que Ciceron dió cuenta al pueblo de las medidas que habia tomado y de la sangre que habia derramado.

«Y bien, dice Ciceron apareciendo en la tribuna, donde César, pretor, le rehusa la palabra, no haré una arenga, pero sí un juramento.

Juro, esclama Ciceron atestiguando con su conciencia, su patria y los dioses, juro que he salvado la república!»

César y sus cómplices protestaron en vano con su silencio contra la muerte de sus amigos; el pueblo entero aplaude el testimonio del salvador de Roma, y le acompaña respetuosamente hasta el umbral de su casa. Algunos dias despues se le decretó el título de *Padre de la patria*. Los emperadores se arrogaron mas tarde este título. Roma libre le dió ella misma, y por la primera vez, á Ciceron. Las ciudades de Italia le levantaron estatuas como á un Dios. Le llamaban el segundo fundador de Roma.

## XXII.

• Esta fué la cima de su gloria y de su fortuna: la envidia allí le esperaba. La república estaba en tal estado, que no tenia lugar para un ciudadano tan honrado y tan glorioso. Toleraba los grandes talentos y las grandes celebridades, pero con la condición de que fueran aliadas á los grandes vicios. Todos los partidos tenian interés en separar á Ciceron, porque todos tenian alguna complacencia infame ó criminal que pedirle. Cuando las naciones están decididas á perderse ó á marcharse, separan á los grandes testigos que les harian sonrojar de su bajeza. Tal era Roma en estos años que precedieron á la usurpacion de César y al anonadamiento de la república.

Despues que Pompeyo, tantas veces cónsul y triunfador, volvió á Roma, y César se engrandeció en ambicion, en intriga, en popularidad y en gloria, Roma estaba dividida en tres partidos que marchaban con paso casi igual á la ruina de la libertad.

El primero y mas poderoso era el de Pompeyo, idolo del Senado, querido de los



soldados, moderador y sostén todo á la vez de la nobleza, no aspirando á destruir, sino á dominar las instituciones, ambicionando únicamente cuanto es honrado y patriótico, dichoso de conservar la república, con tal que fuese él el patrono y el grande ciudadano, y procurando tener entre todos los excesos una balanza donde su nombre y su espada hicieran siempre inclinar el poder. Se vé por los nombres de los hombres que siguieron mas tarde su suerte, que lo que quedaba en Roma de virtud y libertad, estaba entonces, con Caton y Ciceron, en este partido.

El segundo era el de los demagogos, quienes por ambicion adulaban los mas sórdidos y los mas sanguinarios instintos de la multitud, quienes no cesaban de animarla contra el Senado y contra los patricios, quienes declaraban la guerra á todas las leyes, que no querian otras leyes que las sediciones y las muertes inspiradas por los tribunos, y quienes, por el espanto de la anarquía y de sus crímenes, rechazaban á los mejores ciudadanos de las dictaduras. El jefe mas formidable de este partido popular, era Clodio.

En fin, estaba además el partido de César, partido de un hombre que habia sido dotado por la naturaleza y por la fortuna de todos los dones del nacimiento, del rango, de la riqueza, de la educacion, de la elocuencia, del valor y del génio, y estas cualidades las prostituia todas, jóven en sus vicios, maduro en su gloria y en su ambicion. César, nacido de la sangre la mas ilustre de Roma, habia tomado en buen hora el partido de los demagogos, como hemos visto en ocasion de Catilina, á fin de tener dos instrumentos para su elevacion: cerca del Senado, su aristocracia; cerca de la multitud, su popularidad. Tenia necesidad, además, para cubrir su mala fama de jóven, de ese favor apasionado de la plebe, que no exige la estimacion, con tal que se acaricien sus caprichos y sus anarquías.

En fin, él se distinguió ya en la guerra, y particularmente en la guerra contra los piratas de Cilicia. Aspiraba á igualar las hazañas de Pompeyo por la conquista de las Galias, á fin de fundar su vida sobre alguna grande gloria conquistada al pueblo roma-

no, de atraerse un ejército personal, y volver en seguida á imitar á Mario, Sila y Pompeyo en Roma; porque la libertad no era ya mas que la perspectiva de la nada, y la supremacía sobre la república era el sueño y la ambicion de todos.

Para alcanzar el gobierno de las Galias, objeto entonces de sus designios, César, que sabia adular á la aristocracia tanto como complacer á la multitud, acariciaba en este momento á Pompeyo y á Clodio. Pedia al uno los sufragios del Senado y las legiones; al otro la voz del pueblo. Para complacer á Clodio, necesitaba entregarle á Ciceron, al *Padre de la patria*, que habia salvado la república de los demagogos, que Clodio, su jefe, queria vengar. El instante estaba escogido para esta venganza. Pompeyo y Craso, hombres poderosos en el Senado, tenian interés en alejar á César, cuyas intrigas y popularidad les molestaban en Roma. Le concedian las Galias para separarle de la vista y del oido del pueblo, quien comenzaba á mirarle mucho y á escucharle demasiado. Aunque Ciceron fué de los amigos de Pompeyo, Pompeyo, amigo

frio y negligente, un poco fatigado tambien de la demasiada celebridad de *salvador de Roma*, sacrificaba, momentáneamente al menos, Ciceron á César, quien le temia, á Craso, que le aborrecia, y á Clodio, que habia jurado su ruina. El grande interés que Pompeyo tenia en complacer á César, prevalecia sobre la amistad.

El odio de Clodio contra Ciceron habia sido envenenado recientemente aun por uno de esos azares de la vida privada que llegan á ser causas de catástrofes públicas.

Clodio, de una raza tan ilustre como la de César, y tan apasionado como él en sus amores, estaba poseido de una pasion desenfrenada por la jóven mujer de César, llamada Pompeya. Sea que esta jóven mujer, cómplice de esta pasion, hubiera dado una cita á su amante en su casa, sea que Clodio hubiese penetrado, sin el aviso de Pompeya, en el recinto de César, fué sorprendido por un esclavo, por la noche, disfrazado de mujer, en el vestibulo de César. Era un dia de sacrificios y de misterios que las mujeres cumplian solas, y durante el cual no era permitido dejar á ningun hom-

bre bajo el mismo techo. César, sin quejarse de su mujer y sin romper con Clodio, que él contemplaba á causa del pueblo, repudió á Pompeya. Clodio fué enjuiciado como profanador de los santos misterios. Ciceron habló contra Clodio, impulsado por Terencia, su mujer, ambiciosa y celosa. Terencia aborrecia á Clodio, porque Ciceron admiraba á la jóven Clodia, hermana de Clodio. Terencia temia que pensase en repudiarla para casarse con esta rival. Así, los celos de mujer iban en Roma, como otra vez en Atenas, á decidir los mas grandes acontecimientos de la república.

## XXVIII.

Clodio, absuelto á pesar de Ciceron por el favor imperioso de la multitud y por el silencio político de César, abjura de su nobleza y se hace adoptar por un plebeyo, á fin de poder ser nombrado tribuno del pueblo, magistratura que personificaba en Roma los intereses y las pasiones populares, y que contrabalanceaba frecuentemente á los cónsules y al Senado. Así como

Mirabeau, en nuestros dias, abjura de su casta para hacerse elegir en Marsella por el pueblo contra la aristocracia.

El Senado, los cónsules, Craso, César, el mismo Pompeyo, habiendo abandonado á estos por impotencia, á aquellos por negligencia, á los otros por complacencia, todo el poder de Roma en Clodio, agitador y adulador del pueblo, de quien era al mismo tiempo tribuno, este llena la ciudad de su cólera y de su venganza contra Ciceron. Hizo votar un plebiscito que condenaba al destierro á cualquiera que hubiera hecho morir á un ciudadano romano no condenado por el pueblo. Era la proscripcion anónima de Ciceron: lo comprendió; en vano trató de escitar en su favor la indignacion y la energia de los buenos ciudadanos; no escitó mas que su piedad y su valor. Roma estaba en uno de esos momentos en que cada uno, pensando en su propia seguridad, no tiene ni el tiempo, ni la libertad de interesarse en la desgracia de otro. La ambicion militar de Pompeyo, de César y de Craso, ligada con la anarquía popular, entregaba á Roma á la agitacion, á la turbulencia y á los cri-

menes de Clodio. Quizá estos tres jefes del ejército, á un tiempo investidos de la dictadura, ó aspirando á ser revestidos con ella, se regocijaban en secreto de una licencia y de una demagogia de la multitud, que atestiguando en Roma la insuficiencia de las leyes y la decadencia del espíritu cívico, hacia sentir mas fuertemente á los ciudadanos la necesidad de un poder arbitrario, y serviria con anticipacion de excusa á la tiranía.

Como sea, ellos cerraban voluntariamente los ojos á los atentados de Clodio contra Ciceron. Craso y César favorecian abiertamente al tribuno. Pompeyo mismo, que acababa de casarse en una edad ya avanzada con la bella hija de César, y que estaba enamorado hasta la adoracion de su jóven esposa, no podia decentemente, decia, declararse por aquel á quien César condenaba. Pompeyo se habia retirado en una de sus casas de campo para gozar allí en paz de su tiempo y de su amor; cerró allí su alma á los alborotos de Roma. Ciceron, habiendo ido á verlo para reclamar el apoyo que debia á su antigua amistad, Pompeyo,

embarazado con la presencia de un amigo desgraciado, cuya desdicha era solo para él un reproche de ingratitude, se evade por la puerta de sus jardines, mientras que Ciceron entraba por la del vestibulo, y ordena á sus libertos le busquen por todas partes donde creyesen no poderle descubrir.

Ciceron, mas consternado por la debilidad de Pompeyo que por su propia ruina, regresa á Roma, y tomando vestidos de luto, va de puerta en puerta, seguido de un cortejo de parientes, de clientes y de amigos igualmente vestidos de luto, provocando por todas estas señales de abatimiento la compasion de la ciudad que él habia salvado, y solicitando á la manera antigua la voz de los ciudadanos por su causa. El pueblo le miraba pasar con emocion, más elocuente con su silencio que lo habia sido en la tribuna. Clodio, temiendo el efecto de la piedad del pueblo, mueve contra el suplicante aquella plebe sin piedad y sin pudor, que mira la degradacion del talento y de la virtud como una victoria de la bajeza y de la envidia, y se goza en humillar á todo el que cae. Seguido de esta turba armada é

insolente, Clodio se encontraba en todas partes por donde pasaba Ciceron, atacaba á su cortejo, hacia rasgar los vestidos de sus clientes, llenaba las calles de tumultos, de disputas, de homicidios, y, animando á sus viles liectores á martirizar al grande ciudadano, le hacia acometer de injurias, de sarcasmos, de lodo y de piedras, y le obligaba á entrar manchado y ensangrentado en su casa. Los cónsules, imposibilitados, le aconsejaban, en vez de defenderle, que cediera al tiempo y dejase pasar la tempestad, alejándose de una patria donde su enemigo reinaba solo. El Senado, cuya causa era la de Ciceron, se reunia en vano para protegerle. Los senadores, abandonados á ellos mismos por Pompeyo, Craso y César, y asediados en el Senado por los satélites de Clodio, despedazaban sus togas de indignacion, y atestiguaban, al dispersarse, la impotencia de las leyes, la cobardía de los generales, la opresion de los ciudadanos, y la ruina de la República.

## XXIX.

Cede en fin á la suerte, y sucumbe con su patria. Preveyendo despues de su partida la devastacion ó el incendio de su casa. quiso preservar al menos las cosas veneradas, y tomando entre sus divinidades domésticas una pequeña estátua en marfil de Minerva, *guarda y protectora de Roma*, simbolo de esa sabiduría divina que inspira y que conserva los imperios, la lleva al Capitolio, fortaleza, templo y palacio de Roma, y la consagra allí para hacerla inviolable á los espoliadores. Despues, seguido de un corto número de amigos y de servidores armados para protegerle contra el puñal, sale aquella noche de Roma, y toma por sendas desconocidas el camino del mar de Sicilia.

Apenas tuvo Clodio conocimiento de su partida, cuando arrancando mas fácilmente al pueblo un vano decreto de destierro contra aquel que parecia desterrarse, hizo fundar un plebiscito que desterraba para siempre á Ciceron á quinientas millas de distancia de la ciudad, y que ordenaba, bajo pena de muerte, á todos los ciudadanos, ne-

gar el fuego y el agua á aquel que la gratitud pública habia proclamado el *segundo fundador de Roma*.

## XXX.

Acontece á Ciceron en su fuga lo que á todos los hombres poderosos caidos en la desgracia de la fortuna y en la enemistad del pueblo. Los que le conocian únicamente por su fama, y que no le debian nada, le acogieron con una generosa hospitalidad y honrábanse en ofrecer el abrigo de su casa á un grande infortunio seguido de una grande injusticia. Los que él habia elevado á los honores y colmado de bienes durante su consulado, se volvieron, temiendo ser contaminados á los ojos de los poderosos del dia por su contacto, ó se apresuraron á acusarle y á insultarle, por temor de que se los creyese reconocidos. El pretor de Sicilia, que le debia todo, le suplicó no esperase un asilo en su gobierno. Una de sus criaturas, á quien pidió la defensa de su casa cuando llegó á un pueblecillo en la márgen del mar para aguardar una barca,

le cierra su puerta y le ofrece por gracia un abrigo vergonzoso en una de sus alquerías. Ciceron, indignado, se aleja de este suelo inhospitalario y pasa á Brindes, donde se embarca solo y casi desnudo con direccion á Grecia, patria de sus pensamientos. Mientras que saludaba con las lágrimas en los ojos las fugitivas riberas de Italia llenas de su nombre, Clodio, dando antorchas al populacho, incendiaba su casa en Roma, la arrasaba hasta sus cimientos y hacia construir en la plaza un *templo de la anarquía*. Despues, lanzando sus sicarios á todas las provincias donde Ciceron poseía casas de campo ó jardines, hacia poner en almoneda pública sus moradas, sus libros, sus selvas, para despojarle hasta de las huellas de sus pasos, del hechizo de sus estudios, de la sombra de sus árboles, para arrebatarle hasta los recuerdos de su dicha en todo lo que fué su patria.

Pero el respeto hácia Ciceron y el honor de investirse con los despojos de aquel á quien cada romano debia su propio hogar, eran tales, dice Plutarco, que nadie se presentaba para comprarlos. Su corresponden-

cia, que hemos tenido la dicha de conservar entera, nos permite leer hasta el fondo del alma de un grande hombre, los abatimientos del desterrado, las ternuras del padre, las debilidades del esposo, las resignaciones del filósofo, y las tristezas del ciudadano.

## XXXI.

Ciceron proscripto, llegado á Grecia, se proponia residir en su querida Atenas, que el ejemplo y las cartas de su amigo Atico le habian enseñado á amar tanto. Pero la sombra de su vida pasada sigue á los hombres públicos hasta en la tierra extranjera; el mar que los separa de su patria no los separa de su nombre. El de Ciceron le precedia y le denunciaba en todas partes. Sabia que los restos del partido de Catilina y los cómplices de Clodio le esperaban en Atenas para pedirle cuenta puñal en mano de la vida de Catilina, de Léntulo y de Cetego. Se desvia prudentemente de este camino de sangre que parecia adelantarle y perseguirle, y se refugia en Tesalónica, colonia ro-

mana, en el fondo del Mediterráneo, al pié de las montañas de la Macedonia.

«Me arrepiento, escribia en el camino, me arrepiento, mi querido Atico, de no haber prevenido con mi muerte voluntaria el esceso de mis desdichas! Suplicándome que viva, no conseguís mas que una cosa: detener mi mano pronta á golpearme; pero, ¡ay! no me arrepiento menos diariamente de no haber sacrificado esta vida para salvar mi herencia á mi familia: porque ¿qué es lo que puede al presente atarme á la existencia? No quiero, mi querido Atico, enumeraros estas desdichas, en las cuales he sido precipitado mucho menos por el crimen de mis enemigos que por la cobardía de mis envidiosos.»

(Alusion punzante á Pompeyo, á Craso y á César.)

Pero, ¡testigos los dioses, que jamás hubo hombre aplastado bajo una tal masa de calamidades, y que ninguno tuvo jamás ocasion de desear mas la muerte!... ¡Lo que me resta de vida no está destinado á curar mis males, sino á acabarlos!... Me reprochais el sentimiento y la queja de mis males.

Pero, ¿hay una sola de las adversidades humanas que no esté acumulada en la mía? ¿Quién, pues, cayó de mas alto, de una suerte mas asegurada en apariencia, dotado de tales poderes de génio, de sabiduría, de favor público, de estimacion y de apovo de una tal masa de grandes y buenos ciudadanos?... ¿Puedo olvidar en un dia lo que yo era ayer y lo que soy hoy? ¿De qué dignidades, de qué gloria, de qué hijos, de qué hermanos, de qué riquezas de alma y de bienes, de qué hermano, en fin (un hermano que amo á este escaso, que me ha sido preciso por un género inaudito de suplicio, separarme sin abrazarle por miedo que viesse mis lágrimas y que yo mismo no pudiera soportar su palidez y su duelo), yo soy arrancado!...

Ah! yo enumeraria aun muchas otras causas de desesperacion, si mis lágrimas no me cortasen la voz!... Sé, y esta es la mas amarga de mis penas, que por mis faltas he sido abismado en tal ruina!... Me hablas en tu última carta de la imagen que el liberto de Craso os ha hecho de mi desesperacion y de mi flaqueza!...

Ay! cada dia que trascurre acrecen estos males en vez de disminuirse. El tiempo disminuye el sentimiento de otras desgracias, pero las mias son de tal naturaleza que se agravan continuamente por el sentimiento de la miseria presente comparada con la felicidad perdida!... ¿Por qué uno solo de mis amigos no me ha aconsejado mejor? ¿Por qué me he dejado helar el corazon con la frialdad de Pompeyo? ¿Por qué he tomado una resolucion y una actitud de culpable suplicante indigna de mí? ¿Por qué no he afrontado mi fortuna? Si así lo hubiese hecho, ó estaria muerto gloriosamente en Roma, ó gozaria ahora del fruto de mi victoria!...

Mas perdonadme estos reproches que deben caer sobre mí mas que sobre vos; y si parezco acusaros conmigo, es menos para escusarme á mí mismo que para hacerme estas faltas mas perdonables asociando á ellas otro yo!...

«...No, no iré á Asia, porque huyo de los lugares donde puedo volver á hallar romanos y donde mi celebridad, en otro tiempo mi gloria, me persigue ahora como una vergüenza!...



Después no quiero alejarme demasiado, por temor á que si por casualidad llega algun cambio inesperado á mi fortuna del lado de Roma, tarde mucho tiempo en saberlo. He resuelto, pues, ir á refugiarme en vuestra casa en Epiro, no á causa del recreo de la estancia, bien indiferente á un desdichado que evita aun la luz del dia, sino por estar en ese puerto que me ofreceis mas pronto para el regreso á mi patria, si me era abierta de nuevo, para recoger allí mi miserable existencia en una soledad que me la hará soportable mas fácilmente, ó, lo que quisiera mejor aun, que me ayudara á despojar mas valerosamente la vida. Si, debo escuchar aun las súplicas de la mas tierna y la mas adorada de las hijas!... Mas antes de poco, ó el Epiro me abre el camino de la vuelta á mi patria, ó yo mismo me abriré el de la verdadera libertad!... Os recomiendo á mi hermano, á mi mujer, á mi hija, á mi hijo; mi hijo, á quien no dejaré por herencia mas que un nombre infamado é ignominioso!...»

## XXXII.

Pero en el momento en que Ciceron se preparaba á morir para castigar él mismo el crimen de sus enemigos, la cobardía de sus amigos y su propio infortunio, el esceso de la tiranía popular recordaba el pensamiento de Roma hácia aquel que la habia salvado con su elocuencia y su valor de la necesidad de los dictadores ó de la vergüenza de las anarquías. Clodio, sin contrapeso, obligado á presenciar cada dia las locuras y los escesos de la ciudad, á fin de quedar á la cabeza del populacho, al cual no se puede complacer mas que cediendo, comenzaba á fatigar la licencia y á inquietar á Pompeyo, no solamente sobre su poder, sino sobre su vida. Amenazaba igualmente á César hasta en el seno de su ejército de las Galias. César, Pompeyo, el Senado, los patricios oprimidos, los plebeyos virtuosos, se ligaron secretamente contra él para inspirar al pueblo el horror de Clodio y el perdon de Ciceron, el solo hombre que podian oponer, á la tribuna de las arengas, á la popularidad perversa del tribuno.

Después no quiero alejarme demasiado, por temor á que si por casualidad llega algun cambio inesperado á mi fortuna del lado de Roma, tarde mucho tiempo en saberlo. He resuelto, pues, ir á refugiarme en vuestra casa en Epiro, no á causa del recreo de la estancia, bien indiferente á un desdichado que evita aun la luz del dia, sino por estar en ese puerto que me ofreceis mas pronto para el regreso á mi patria, si me era abierta de nuevo, para recoger allí mi miserable existencia en una soledad que me la hará soportable mas fácilmente, ó, lo que quisiera mejor aun, que me ayudara á despojar mas valerosamente la vida. Si, debo escuchar aun las súplicas de la mas tierna y la mas adorada de las hijas!... Mas antes de poco, ó el Epiro me abre el camino de la vuelta á mi patria, ó yo mismo me abriré el de la verdadera libertad!... Os recomiendo á mi hermano, á mi mujer, á mi hija, á mi hijo; mi hijo, á quien no dejaré por herencia mas que un nombre infamado é ignominioso!...»

## XXXII.

Pero en el momento en que Ciceron se preparaba á morir para castigar él mismo el crimen de sus enemigos, la cobardía de sus amigos y su propio infortunio, el esceso de la tiranía popular recordaba el pensamiento de Roma hácia aquel que la habia salvado con su elocuencia y su valor de la necesidad de los dictadores ó de la vergüenza de las anarquías. Clodio, sin contrapeso, obligado á presenciar cada dia las locuras y los escesos de la ciudad, á fin de quedar á la cabeza del populacho, al cual no se puede complacer mas que cediendo, comenzaba á fatigar la licencia y á inquietar á Pompeyo, no solamente sobre su poder, sino sobre su vida. Amenazaba igualmente á César hasta en el seno de su ejército de las Galias. César, Pompeyo, el Senado, los patricios oprimidos, los plebeyos virtuosos, se ligaron secretamente contra él para inspirar al pueblo el horror de Clodio y el perdón de Ciceron, el solo hombre que podian oponer, á la tribuna de las arengas, á la popularidad perversa del tribuno.

## XXXIII.

Un hombre intrépido, cliente de Ciceron, Tribuno, llamado Fabricio, osa proponer este perdon al pueblo desde lo alto de la tribuna. Clodio, que esperaba esta tentativa de los amigos de Ciceron, y que habia llenado el Foro de sus partidarios, de sus gladiadores y de sus sicarios, temiendo la estimacion y el amor del pueblo por el gran proscrito, dá la señal de muerte á sus asesinos, precipita á Fabricio de la tribuna, dispersa el cortejo de los amigos de Ciceron y cubre de cadáveres la plaza pública. El hermano de Ciceron, herido por el hierro de los gladiadores, escapa á la muerte ocultándose bajo los cuerpos amontonados sobre las gradas de la tribuna. Sextio, uno de los tribunos, fué inmolado porque se resistia á los furios de su colega. Clodio, vencedor, ó mas bien asesino de Roma, corre, la antorcha en la mano, á quemar el templo de las ninfas, depósito de los registros públicos, á fin de aniquilar hasta las ruedas mismas del gobierno. Al resplandor del incendio, ataca la casa del tribuno Milon y

del pretor Cecilio. Milon rechaza con sus satélites á los amigos del demagogo, y convencido de que no habia justicia en Roma, mas que la que hiciera en adelante el mismo, alista una tropa de gladiadores para oponerla á los sicarios de Clodio. El Senado, resguardado, en fin, por este puñado de satélites de Milon, y animado á la audacia por la indignacion del pueblo, que comenzaba á abochornarse de si mismo, llevó el decreto de perdon de Ciceron. Ordenaba que sus casas fuesen reedificadas á espensas del tesoro público, y convocaba á Roma á todos los ciudadanos que se interesasen en la justicia y en la virtud, para apoyar allí contra los sediciosos de Clodio el perdon del proscrito. El mismo Pompeyo, entonces en Cápua, presidió los comicios inmensos de los ciudadanos de la Campania, que se levantaban á la voz del Senado para libertar á Roma. Clodio, vencido y silbado en los comicios por la mayoría casi unánime del pueblo, se entregó á la popularidad de los mercenarios y de los malvados, su séquito ordinario. Advertido Ciceron por sus amigos de este arrepentimiento de la justicia de su

patria, desembarcó en Brindes, puerto de la gran Grecia, donde se habia embarcado algunos meses antes para el destierro. Su hija Tulia le esperaba en la playa, imágen la mas bella y la mas querida para él de la patria.

«Y acontece, escribe desde Brindes á su amigo Atico, que era el dia del nacimiento de esta hija querida, el de la fundacion de Brindes, y el de la dedicatoria en Roma del templo de la Salvacion pública... Recibo alli, escribe aun, una carta de mi hermano, informándome de que mi destierro habia sido revocado este dia por el escrutinio del pueblo de toda la república. Fui acogido en Brindes por un concurso inmenso de las provincias vecinas. Salí de alli para volver á Roma rodeado de un cortejo de diputados de todas las ciudades enviados para traerme felicitaciones de toda Italia. Me acerqué hácia la capital á través de esta hilera de ciudadanos, sin que faltase uno solo de los hombres conocidos en la República por los *nomenclatores*. Cuando me aproximé á la puerta de Roma que conduce á Campania, encontré las gradas de todos los templos

inundadas, por escalas de una numerosa multitud, cuya presencia, los aplausos, el alborozo, me acompañaron, renovándose, hasta el Capitolio, por medio de las calles, las plazas, el Foro y las avenidas de este mismo templo, donde la Italia entera parecia llevarme en sus brazos!...»

El Senado, los caballeros romanos, los ciudadanos romanos estaban fuera de los muros para recibirle, y le escoltaron hasta la casa de su hermano, no pudiendo reedificar en un dia aquella que Clotio habia incendiado. Triunfo espontáneo, superior á todos los triunfos, puesto que era inspirado por el corazon solo de su patria, y que le hizo decir á él mismo «que podian suponer habia deseado su destierro para obtener un regreso semejante.»

## XXXIV.

Pero apenas habia pasado una noche bajo el techo de sus padres, cuando ya la unanimidad de este triunfo revelaba la envidia de aquellos mismos que le habian escoltado, y abriendo su alma á Atico, ausente, le escribia:

«Véase el estado en que me hallo al presente: desgraciado, si considero mis pasadas felicidades; dichoso, si me comparo á mis adversidades recientes. Mis asuntos privados, como sabeis, son deplorables. Además, tengo zozobras y tribulaciones domésticas, que no puedo confiar en cartas.»

(Quería hablar de Terencia, su mujer, cuyas desavenencias con su hermano le afligian.)

«Amo á mi hermano, se dá prisa en añadir, con todo el afecto que merece su ternura sin ejemplo, su animosa fidelidad, su inalterable sacrificio. Venid, tengo necesidad de vuestros consejos; es menester que concertemos juntos para mí el principio de una nueva vida... Ya algunos de aquellos que me defendian ausente, comienzan á irritarse secretamente contra mí despues que estoy en Roma, y á justificar abiertamente la envidia que me tienen... Los cónsules no me han adjudicado mas que dos millones de sestercios para mi casa de Roma (800.000 rs.); 500.000 sestercios para mi casa de Túsculo (160.000 rs.); 250.000 sestercios para mi casa de For-

mies (90.000 rs.) ¿De dónde viene esta estimacion inicua que indigna, no solamente á los hombres honrados, sino aun á la multitud?... Los que me han cortado las alas no quieren que ellas resistan... Mis asuntos domésticos están arruinados... Se reedifica mi casa de Roma: ¡juzgad cuántos gastos para un proscripto! En cuanto á mi casa de Formies, que estoy obligado á reconstruir tambien, no puedo ni volverla á ver en su ruina ni deshacerme de ella. En vano busco quien compre mi morada de Túsculo. Otros disgustos interiores me afligen que os descubriré mas claramente en otra parte... Pero soy adorado de mi hija Tulia y de mi hermano!...»

Y algunos dias despues:

«Clodio y sus parciales han venido ayer armados á atacar y dispersar á los obreros que reedifican mi casa; han incendiado la de mi hermano, que habito. Mis casas saqueadas, abatidas, incendiadas, deponen al presente, por sus ruinas, contra él!... Yendo yo por la calle Sagrada, Clodio y sus sicarios me han encontrado y perseguido con grandes clamores, con las espadas des-

nudas, con palos levantados, y han arrojado piedras sobre mí y mi comitiva; nos hemos refugiado con trabajo en el vestibulo de la casa de Tercio. El malvado, sintiéndose despreciado por el pueblo, se entrega á las violencias y á los crímenes de Catilina. Ha marchado estos dias á la cabeza de un ejército armado de escudos, de cuchillas y de antorchas, contra la casa de Milon, mi amigo y mi apoyo. Amenaza á Roma con las últimas catástrofes, si no consigue hacerse nombrar edil. Milon está resuelto á matar á este mónstruo si lo encuentra; él no se encomienda, como he tenido la simplicidad de hacerlo, á amigos poderosos y tibios. Es un héroe, mi ejemplo no le intimida, está decidido á todas las consecuencias de su valor...

En cuanto á mí, no es el valor el que me falta; tengo aun mas hoy dia que en el tiempo de mi fortuna mas floreciente!...»

## XXXV.

Clodio triunfa otra vez del Senado, de Pompeyo, de los buenos ciudadanos, y fué nombrado edil por la corrupcion y por la

violencia de la gentualla del pueblo. Pompeyo, César y Craso, que formaban un triunvirato militar superior á estas tormentas pasajeras de Roma, se aproximaron á Ciceron. Gemian con Pompeyo, muy pagado de su vana gloria, las calamidades de la patria. Ciceron cerraba á esto los ojos y no iba al Senado para ocuparse esclusivamente de la elocuencia del foro, de las letras y de la poesia. Escribió en su retiro campestre de Ancio, un poema heróico sobre las victorias de César, para granjearse la amistad de este héroe, en quien entreveia la fortuna sin preveer aun que derribaria la República. Cantó en otro poema sus propias desgracias. Escribió muchos libros de historia. Cuidaba de la educacion de su hijo; gozaba en la belleza, con la ternura y con el génio literario de su hija Tulia; enriquecia sus casas de campo con nuevas bibliotecas, compradas á grande costa en Grecia por las diligencias de su amigo Atico, para reemplazar á las que Clodio habia quemado durante su proscripcion. Defendia á César en el Senado contra los que, hallándole ya muy poderoso, querian retirarle el ejército de

nudas, con palos levantados, y han arrojado piedras sobre mí y mi comitiva; nos hemos refugiado con trabajo en el vestibulo de la casa de Tercio. El malvado, sintiéndose despreciado por el pueblo, se entrega á las violencias y á los crímenes de Catilina. Ha marchado estos dias á la cabeza de un ejército armado de escudos, de cuchillas y de antorchas, contra la casa de Milon, mi amigo y mi apoyo. Amenaza á Roma con las últimas catástrofes, si no consigue hacerse nombrar edil. Milon está resuelto á matar á este mónstruo si lo encuentra; él no se encomienda, como he tenido la simplicidad de hacerlo, á amigos poderosos y tibios. Es un héroe, mi ejemplo no le intimida, está decidido á todas las consecuencias de su valor...

En cuanto á mí, no es el valor el que me falta; tengo aun mas hoy dia que en el tiempo de mi fortuna mas floreciente!...»

## XXXV.

Clodio triunfa otra vez del Senado, de Pompeyo, de los buenos ciudadanos, y fué nombrado edil por la corrupcion y por la

violencia de la gentualla del pueblo. Pompeyo, César y Craso, que formaban un triunvirato militar superior á estas tormentas pasajeras de Roma, se aproximaron á Ciceron. Gemian con Pompeyo, muy pagado de su vana gloria, las calamidades de la patria. Ciceron cerraba á esto los ojos y no iba al Senado para ocuparse esclusivamente de la elocuencia del foro, de las letras y de la poesia. Escribió en su retiro campestre de Ancio, un poema heróico sobre las victorias de César, para granjearse la amistad de este héroe, en quien entreveia la fortuna sin preveer aun que derribaria la República. Cantó en otro poema sus propias desgracias. Escribió muchos libros de historia. Cuidaba de la educacion de su hijo; gozaba en la belleza, con la ternura y con el génio literario de su hija Tulia; enriquecia sus casas de campo con nuevas bibliotecas, compradas á grande costa en Grecia por las diligencias de su amigo Atico, para reemplazar á las que Clodio habia quemado durante su proscripcion. Defendia á César en el Senado contra los que, hallándole ya muy poderoso, querian retirarle el ejército de

las Galias. En fin, escribió un poema en cuatro cantos sobre los acontecimientos de su consulado. Era tan feliz como puede serlo un hombre que siente perecer á su patria.

Los acontecimientos se presentian, y las ruinas contra las cuales estaba resguardado un momento, no podian tardar en presentarse. Las facciones y las violencias infestaban á Roma. El triunvirato militar de Craso, Pompeyo y César, único elemento de seguridad para la sombra de República que existia aun, se descomponia. Craso, que habia tomado el gobierno de Asia, acababa de perder sus legiones, y de ser muerto en la guerra contra los Partos. Tulia, hija de César, que Pompeyo habia desposado y que era el lazo de union entre estos dos rivales, acababa de morir, llevándose á la tumba su concordia. Milon, habiendo encontrado á Clodio en el camino de su casa de campo, los dos cortejos de servidores que acompañaban á los dos adversarios, se estalan injuriando, y luego se atacaron. Milon, lanzándose de su litera, donde estaba sin armar y sin premeditacion con su mu-

jer, cogió un arma para su defensa y mató á Clodio en la pelea. El cuerpo ensangrentado del favorito de la multitud, llevado á Roma, y tendido en la tribuna de las arenas, fué quemado por sus parciales sobre un escudo, cuyas llamas, atizadas por sus vengadores, se habian comunicado al templo inmediato y al palacio del Senado, y los habian reducido á cenizas: ¡funerales dignos de un tribuno incendiario de su patria! Pompeyo, nombrado cónsul, llenó de soldados en armas la plaza pública, y el pueblo iba á juzgar á Milon. Ciceron le defendió en una arenga frecuentemente interrumpida por el ruido de las armas, pero que él restableció despues de la sesion con toda la fuerza y con todo el esplendor de su improvisacion.

«He justificado completamente á Milon del homicidio premeditado de que se le acusa, dice concluyendo. Pero si yo no lo hubiera justificado, él no podría hacerlo sin levantarse y decirnos:

«Romanos, ¡yo he matado! yo he matado, no á Melio, que fué sospechoso de aspirar á la monarquía, porque parecia, bajando el



precio del trigo á costa de su fortuna, buscar con demasiado cuidado el favor de la multitud; no á Tiberio Graco, que escitó una sedicion para destituir á su colega. Los que le han dado la muerte han llenado el mundo entero con la gloria de su nombre. Pero yo he matado al hombre que nuestros romanos mas illustres han sorprendido en adulterio en los altares mas sagrados; al hombre á quien el suplicio podia solamente, segun el juicio del Senado, hacerle espiar nuestros misterios profanados; al hombre que Súculo ha declarado, bajo la fé del juramento, culpable de incesto con su propia hermana. Yo he matado al faccioso que, secundado por esclavos armados, arrojó de Roma á un ciudadano que el Senado, que el pueblo romano, que todas las naciones miraban como al salvador de Roma y del imperio; quedaba y arrebatava monarquías; que distribuia el universo á merced de sus caprichos; que llenaba el Foro de cadáveres y de sangre; que obligaba por la violencia y las armas al mas grande de los romanos á encerrarse en su casa; que no conoció jamás freno ni en el crimen ni en el desarreglo;

que incendió el templo de las ninfas, á fin de destruir los registros públicos y para no dejar huella del empadronamiento. Si, romanos, aquel que yo he matado no respetaba ni las leyes, ni los títulos, ni las propiedades; se amparaba de las posesiones, no por los pleitos injustos y sentencias sorprendidas á la religion de los jueces, sino por la fuerza, marchando con los soldados, banderas desplegadas, á la cabeza de sus tropas; trató de despojar de sus bienes, no diré á los Etruscos, objeto de sus desprecios, sino al mismo Quinto Vario, á este ciudadano respetable, sentado entre nuestros jueces. El corrió los campos y los jardines, seguido de arquitectos y de agrimensores; en la embriaguez de sus esperanzas, no asignaba otros límites á sus dominios que el Janículo y los Alpes. T. Pacuvio, caballero romano, se negó á venderle una isla en el lago Prelio: al instante hizo trasportar allí materiales é instrumentos, y á la vista del propietario, que le miraba desde el otro límite, levantó un edificio sobre un terreno que no era suyo. Una mujer, un niño, no encontraron gracia á sus

ojos: Aponio y Escancia fueron amenazados de muerte si no le abandonaban sus jardines. ¡Qué digo! Osó declarar á T. Turfanio, sí, Turfanio, que si no le daba todo el dinero que le habia pedido, llevaria un cadáver á su casa, á fin de echar sobre este hombre respetable todo el ódio de un asesinato.

¡Y no digais que llevado por la cólera declamo con mas pasion que verdad contra un hombre que fué mi enemigo! Sin duda nadie tuvo como yo el derecho de aborrecerle; pero era el enemigo comun, y mi cólera personal podia apenas igualar al horror que inspiraba á todos. No es posible espresar, ni aun concebir, á qué punto de maldad ha llegado este mónstruo. Y puesto que se trata aquí de la muerte de Clodio, imaginad, ciudadanos, por qué nuestros pensamientos son libres y nuestra alma puede representarse simples ficciones tan sensibles como los objetos que hieren nuestra vista; imaginad, digo, aun cuando estuviere en mi poder absolver á Milon, bajo la condicion de que Clodio reviva... Y qué, palideceis! ¡Cuáles serian, pues, vuestros terrores si estuviere vivo, puesto que muer-

to como está, la sola idea de que pueda revivir os llena de espanto!

Los griegos hacen honores divinos á aquellos que mataron á los tiranos. ¿Qué no tengo visto en Atenas y en las otras ciudades de Grecia? ¡Cuántas fiestas instituidas en memoria de estos generosos ciudadanos! ¡Qué himnos! ¡Qué cánticos! El recuerdo, el culto mismo de los pueblos consagran sus nombres á la inmortalidad; y vosotros, lejos de decretar honores al conservador de un tan grande pueblo, al vengador de tantas maldades, ¿sufrireis que se le lleve al suplicio?.....

Existe, sí, ciertamente, existe un poder que preside á toda la naturaleza; y si en nuestros cuerpos débiles y frágiles sentimos un principio activo y pensante que los anima, cuánto mas una inteligencia soberana debe dirigir los movimientos admirables de este vasto universo! ¿Habrá quien ose ponerlo en duda porque se escapa á nuestros sentidos y que no se muestre á nuestras consideraciones? Pero esta alma que está en nosotros, por la que pensamos y prevenimos, que me inspira en este momento en que ha-

blo delante de vosotros, ¿nuestra alma también no es invisible? ¿Quién sabe cuál es su esencia? ¿Quién puede decir dónde reside? Es, pues, aquel poder eterno á quien nuestro imperio ha debido tantas veces éxitos y prosperidades increíbles; es el que ha destruido y anonadado ese mónstruo y le ha sugerido el pensamiento de irritar por su violencia, y de atacar á mano armada al mas valeroso de los hombres, á fin de que fuese vencido por un ciudadano, cuya derrota le habria asegurado para siempre la licencia y la impunidad.

Este grande acontecimiento no ha sido conducido por un consejo humano; no es aun un efecto ordinario de la proteccion de los inmortales.

Los mismos lugares sagrados parecen moverse viendo caer al impío y haber recobrado el derecho de una justa venganza. Os pruebo aquí, colinas sagradas de los Albanos, altares asociados al mismo culto que los nuestros y no menos antiguos que los altares del pueblo romano; vosotros á quienes habia derribado; vosotros en quienes su furor sacrilego habia abatido y destruido

los bosques á fin de aplastaros bajo los ciimientos de sus locas construcciones! Entonces vuestros dioses han señalado su poder; entonces vuestra majestad ultrajada por todos sus crímenes se ha manifestado con claridad.

Y tú, dios tutelar del Lacio, gran Júpiter, tú, cuyas leyes habia profanado los bosques y el territorio por las abominaciones y los atentados de toda especie, tu paciencia está en fin fatigada. Estais todos vengados, y en vuestra presencia ha sufrido la pena debida á tantas maldades.

Romanos, nada ha hecho aquí la casualidad. Ved en qué lugares Clodio ha empeñado el combate: delante de un templo de la Buena Diosa, sí, en presencia de aquella divinidad, cuyo santuario se eleva en el dominio del jóven y virtuoso Sexto Galo, donde el profanador ha recibido aquella herida que debia ser seguida de una muerte cruel, y hemos reconocido que el juicio infame que le habia absuelto otras veces, no habia hecho mas que reservarle á este ruidoso castigo.

Además, esta cólera de los dioses con que

él ha herido á sus satélites de semejante vértigo, que, arrastrando su cuerpo por una plaza manchado de sangre y lodo, le han quemado sin llevar por acompañamiento las imágenes de sus antepasados, sin lamentaciones, ni juegos, ni canto fúnebre, ni elogio, ni entierro, en una palabra, sin ninguno de esos últimos deberes que aun los enemigos no niegan á sus enemigos. Sin duda el cielo no ha permitido que las imágenes de los ciudadanos mas ilustres honrasen á este execrable parricida, y su cadáver debía ser despedazado en el lugar donde su vida habia sido detestada.

«Yo deploraba la suerte del pueblo romano, condenado despues de tanto tiempo á verle impunemente hollar la república. El habia manchado con adulterio los mas santos misterios; abrogado los senado-consultos mas respetables; se habia rescatado abiertamente de las manos de los jueces; Tribuno, habia atormentado al Senado, anulado lo que habia hecho, con el consentimiento de todas las órdenes, para la salvacion de la república; él me habia desterrado de mi patria, habia pillado mis bienes,

quemado mi casa, perseguido á mi mujer y á mis hijos, declarado una guerra impía á Pompeyo, muerto alevosamente á los ciudadanos, á los magistrados, reducido á cenizas la casa de mi hermano, devastado la Etruria, desposeido á muchos propietarios. Infatigable en el crimen, prosiguió el curso de sus atentados. Roma, la Italia, las provincias, las monarquías no eran un teatro bastante vasto para sus proyectos extravagantes. . . . .

En cuanto á mí, se despedaza mi corazon, mi alma está penetrada de un dolor mortal; cuando oigo estas palabras que cada dia repite Milon delante de mí: «Adios, mis queridos conciudadanos, adios; sí, para siempre adios! Que ellos vivan en paz, que sean felices; que se cumplan todos sus votos; que esta ciudad se mantenga célebre; esta patria, que siempre me será querida, cualquiera que sea el trato que ella me dé; que mis conciudadanos gocen sin mí, puesto que no me es permitido gozar con ellos, de una tranquilidad que, sin embargo, solo á mí deberán.

Partiré, me alejaré. Si no puedo parti-

cipar de la felicidad de Roma, no tendré al menos el espectáculo de sus males, y luego que yo haya encontrado una ciudad donde las leyes y la libertad sean respetadas, allí fijaré mi residencia. Vanos trabajos, añade, esperanzas engañosas, inútiles proyectos! Cuando durante mi tribunado, viendo la república oprimida, me adherí enteramente al Senado espirante, á los caballeros romanos desnudos de fuerza y de poder, á los hombres de bien desalentados y oprimidos por las armas de Clodio, ¿podia yo pensar que me veria un dia abandonado por los buenos ciudadanos?

Y tú, ¿por qué me diriges frecuentemente la palabra despues de haberte devuelto á la patria? ¿Debia yo esperar que la patria se cerraria un dia para mí? ¿Qué ha sido del Senado á quien hemos estado constantemente adheridos, de aquellos caballeros, sí, de aquellos caballeros adictos á tus intereses? ¿El celo de las ciudades municipales? ¿Aquellas unánimes aclamaciones de toda la Italia? Y tú mismo, Ciceron, ¿qué ha sido de tu voz, de aquella voz saludable á tantos ciudadanos? ¿Es ella impotente

para mi solo, que tantas veces he despreciado la muerte por tí? . . . . .

Yo os imploro, romanos, que habeis vertido tantas veces vuestra sangre por la patria; bravos centuriones, intrépidos soldados, á vosotros me dirijo en los peligros de un hombre valeroso, de un ciudadano invencible. Estais presentes, ¿qué digo? estais armados para proteger este tribunal, y veriais un héroe tal como él rechazado, desterrado y lanzado lejos de Roma! ¿Qué desgraciado soy! Por el socorro de tus jueces, ¡oh Milon! has podido restablecerme en mi patria, y no podré con su auxilio mantenerme allí! ¿Qué responderé á mis hijos, que te miran como un segundo padre?

Oh Quintilio, oh mi hermano, ausente hoy, entonces compañero de mis infortunios, ¿qué te diré? ¿Que no he podido doblegar en favor de Milon á aquellos que le ayudaron á salvarnos al uno y otro? ¿Y en qué causa? En una causa en que tenemos á todo el universo por nosotros. ¿Quién me lo habrá rehusado? aquellos á quienes la muerte de Clodio ha procurado la paz ó el reposo. ¿A quién lo habrán rehusado? á mí. ¿Qué

crimen, pues, tan grande he cometido? ¿De qué horrible atentado soy, pues, culpable, cuando he penetrado descubierto, manifestado, ahogando aquella conspiracion que amenazaba al Estado entero? Tal es el origen de los males que recaen sobre mí y sobre todos los míos. ¿Por qué querer mi regreso? ¿Acaso para desterrar de mis ojos á aquellos que me habian traído? ¡Ah! Yo os ruego no consintais que este regreso sea mas doloroso para mí que lo fué la triste partida. ¿Puedo, en efecto, creerme restablecido, si los ciudadanos que me han reemplazado en el seno de Roma son arrancados de mis brazos?

Antes que ser testigo de ello, pueda yo, perdona, ¡oh patria mia! temo que este voto de amistad no sea una horrible imprecacion contra tí, pueda yo ver á Clodio vivo, verle pretor, cónsul, dictador!... ¡Dioses inmortales, qué valor! ¡Y cuán digno es Milon de que le conserveis! No, me dice, no, retracto este voto impío. El malvado ha sufrido la pena que merecia; á este precio sufrimos, si es menester, una pena que no merecemos. Este hombre generoso que no ha vivido mas

que para la patria, ¡morirá en otra parte que en el seno de la patria? O, si muere por ella, ¡conservareis la memoria de su valor, negando á sus cenizas una tumba en Italia? ¿Osará alguno de vosotros rechazar á un ciudadano que todas las ciudades llamarán cuando le desterreis? ¡Dichoso el pais que reciba á este grande hombre! ¡Oh, Roma ingrata, si ella le destierra! ¡Roma desgraciada, si ella le pierde! Pero acabemos: mis lágrimas ahogan mi voz, y Milon no quiere ser defendido por las lágrimas.

## XXXVI.

Ciceron, despues de las funciones de pontífice que habia ejercido cinco años, obtiene el gobierno de la Cilicia, en calidad de general, de procónsul y de purificador de esta provincia de Asia, que confinaba por un lado con la Grecia, y por el otro con la Siria. Un ejército de veinte mil hombres estaba á sus órdenes, independientemente de los cuerpos auxiliares procedentes de los

principes tributarios de Roma. El génio romano, como lo hemos visto mas arriba, era naturalmente universal. Ningun ejército hubiera reprochado á su jefe de ser á un mismo tiempo el primer orador, el primer poeta, el primer magistrado de su patria; ninguna Asamblea del pueblo en derredor de la tribuna de las arengas, hubiera reprochado á un orador de haber alcanzado victorias. Todo lo que amplificaba al hombre, engrandecia sus funciones. El nuevo general, aconsejado por Pompeyo, de quien había estado á tomar avisos en Tarento, como los del oráculo de guerra, respondió dignamente á la confianza de su patria. Socorrió á los restos del ejército de Craso, que luchaban con pena en Siria contra las fuerzas indómitas de los Partos, únicos rivales del pueblo romano en Asia. Descendiendo del monte Tauro, aquellos Alpes de la Cilicia, á la cabeza de cuarenta mil hombres, los combatió bajo los muros de Antioquía, libertó al ejército romano de Siria, envuelto por ellos en aquella ciudad, y los repelió á los desiertos. A la vuelta de esta expedicion, sometió á la Capadocia,

reino vecino de la Cilicia, que se habia emancipado del yugo de los romanos. Restableció sobre su trono al rey Ariobarzano, protegido de Roma; y aunque pobre, rehusó generosamente el tributo, precio de esta restauracion, que este rey le ofreció. Fiel á los principios de desinterés y de virtud que habia tomado por regla de su vida y que habia profesado en uno de sus mas bellos libros *sobre la República*, rehusó hasta el alojamiento y la hospitalidad onerosa que las ciudades aliadas debian á los procónsules. Hizo allí contrastar el gobierno de un filósofo con la opresion de un magistrado. Hizo allí perdonar á la dominacion de Roma y bendecir su propio nombre. Las provincias le proclamaron su padre, y su ejército le proclamó *imperator*, título supremo que preludiaba ordinariamente el triunfo. Las agitaciones crecientes de Roma le arrancaron estos honores: entró en ella coronado de laureles, simbolo de sus honrosas expediciones. A su llegada, Roma, triunfante fuera, perecia dentro.

## XXXVII.

La rivalidad entre César y Pompeyo, que no estaba contrabalanceada por Craso, se habia acrecentado y envenenado durante la ausencia de Ciceron. César pedia al Senado las prolongaciones del poder, extensiones de provincias, adjudicaciones de legiones á su ejército y honores que le hubieran hecho dueño de la República. Pompeyo, apoyo de la República, del Senado y de los ciudadanos, lo rehusaba todo. La guerra abierta estaba pronto á estallar entre dos hombres demasiado grandes para que una misma patria, casi un mismo universo, pudiese contenerlos. Un tercer partido, formado á la vez de republicanos incorruptibles, tales como Caton, Bruto y sus amigos, y de agitadores del pueblo, resto de las facciones populares de Clodio, amenazaba á la República con la turbulencia bajo pretesto de salvarla. Entre estos tres peligros que la viva y penetrante inteligen-

cia de Ciceron le hacia ver de mas lejos que al vulgo, no examinaba dónde estaba el mayor bien, sino el menor mal para la República. La tiranía demagógica del pueblo, movida por sus tribunos, le hacia horror. La sombra de Clodio, sus corridos peligros, sus amigos muertos, sus honores perdidos, su proscripcion sufrida, sus casas quemadas, la memoria de las insurrecciones de los Gracos, de las antorchas de Mario, de los lictores de Sila, le hacian estremer la vuelta de las convulsiones civiles. Por otro lado, un choque de los ejércitos romanos, en el seno mismo de la Italia, entre Pompeyo y César, no le mostraba en perspectiva mas que la guerra de romanos contra romanos y la tiranía absoluta y sin contrapeso de los vencedores. Allí estaba la combustion, aquí el fin de la República. En esta perplejidad, escoger era para él imposible, y sin embargo, necesario. Preferia emplazar y dar tiempo á la fortuna de Roma y temperamento á las cosas, que suspendiesen al menos su patria sobre la pendiente de las últimas calamidades. Todos los partidos, á escepcion del partido de los



demagogos, sus eternos enemigos, se disputaban á Ciceron, como si él hubiera sido el árbitro del destino. Titubeaba en pronunciarse. César le escribía cartas afectuosas, en las cuales se disculpaba de toda inclinacion á la tiranía, y le hacia juez entre Pompeyo y él; le daba en estas cartas aquel mismo titulo igual al suyo de *imperator*, como para elevarle al nivel de su gloria militar, subordinándose desde bien lejos á su gloria civil. Pompeyo le suplicaba se reconciliase con él y que le concediese una entrevista en una de sus casas de campo antes de entrar en Roma. Ciceron fué á ella. Estos dos hombres, los mas grandes y los mas patriotas de Roma despues de Caton, pasaron un dia entero en conferencia secreta en los jardines de Pompeyo, y deliberaron sobre los intereses de la República. Ciceron empleó todo el calor de su patriotismo, toda la fuerza de su elocuencia, todas las súplicas de la amistad para convencer á Pompeyo de la necesidad de la concordia con César, para la gloria de los dos y para la salvacion de Roma. Pompeyo la declaró imposible. Irritado de las

exigencias insaciabiles de un rival á quien no bastaba la mitad del imperio; convenido por la ambicion de César, por sus caricias al partido popular, por su sed de honores, por la ambigüedad de sus negociaciones que ninguna paz seria definitiva con este hombre, sintiendo además cercada y sublevada la Italia por esta opinion casi unánime que se indignaba de las amenazas de César y que le prometia *dando una patada en la tierra hacer salir legiones* contra su rival, Pompeyo estaba resuelto á aceptar, en fin, el juicio de la fortuna por las armas. Su virtud le animaba á este partido estremo, tanto como su ambicion; porque su ambicion era vasta, pero honesta. Adoraba á la República; y haciéndose el campeon de las leyes, del Senado, del pueblo, de la libertad de Italia, no eran solamente su propia gloria, eran la patria, los antepasados y la posteridad de Roma á quienes defendia defendiéndose él mismo.

## XXXVIII.

Ciceron, sin haber obtenido nada, volvió á Roma, donde fué recibido como la última esperanza de los buenos ciudadanos. Pero su triunfo le pareció un duelo, y entrando por la puerta Triunfal:

«Sintió, escribe, que caía en plena guerra civil.»

Estallaba, en efecto, pocos dias despues, y colocó á Ciceron en perplejidades que le acusaron de debilidad, pero que en realidad eran las agonías de la república moribunda, mas bien que las angustias de un hombre irresoluto.

César, cansado de esperar de Pompeyo y del Senado condescendencias proporcionadas á su ambicion, se decidió al fin al sacrilegio contra su patria. Descendido de los Alpes á la baja Italia, á la cabeza de algunas legiones, pasó el Rubicon, pequeño arroyo que formaba el limite legal de su gobierno de la Galia, y cuyo paso á mano

armada le declaraba enemigo público. *La suerte está echada!* exclamó César lanzando, despues de una larga escitacion, su caballo en las olas del Rubicon. Esta palabra era el fin de la república. Desde el momento en que el parricida no parecia un ciudadano poderoso, sino un juego de suerte, cuyo juguete era el mundo, y donde los soldados no eran romanos, sino mercenarios, la libertad, que no subsiste mas que de virtudes públicas, no podia existir, y la Italia no era digna mas que de llegar á ser la presa y el juguete de los ambiciosos.

## XXXIX.

Se habia estremecido toda entera no obstante el atentado de César. Un inmenso grito de horror y de indignacion se levantó desde el Rubicon hasta Roma y de Roma hasta las provincias mas apartadas de la dominacion romana. Aunque no se disimulaba el ascendiente irresistible que los ejércitos, sus jefes, los poseedores de grandes movimientos prolongados por el pueblo y el Senado, los dictadores, en fin, ejercian

sobre la república, despues la corrupcion de las costumbres públicas, si no se creia en la virtud, se creia todavía en el pudor. El crimen sin velo del Rubicon hizo estremecer el suelo de Italia. Creyóse en un momento que iba á tragar al temerario que volvia las armas de Roma contra Roma. El mismo César se aterró al ver la emocion general que produjo su audacia. Tambien se esforzó en atenuarla presentándose á las poblaciones de su tránsito como una víctima de la injusticia y de la ingratitud de Pompeyo y del Senado, que vènia, no á sojuzgar á su pais, sino á pedir justicia para sus soldados y para él. Afectó negociar, ofrecer y discutir condiciones moderadas de concordia y de paz, mientras que sus lugartenientes, sus emisarios y sus presentes intimidaban, negociaban, reclutaban ó compraban á Roma misma en los muros de Roma. Ciceron, mas halagado por él que ninguno de los hombres influyentes de la república, veia cercanos los progresos de César, las ilusiones de los hombres honrados, la depravacion de los ruines, la lentitud y la magestad inerte de Pompeyo. Aspiraba mas que nunca á preve-

nir el choque por un acomodamiento pacífico entre los dos rivales. César le escribia frecuentemente, y, fingiendo elegirle por árbitro entre Pompeyo y él, entregaba, en apariencia, á Ciceron la suerte y la responsabilidad del universo. Pero, esperando el resultado de la intervencion de Ciceron, marchaba siempre, engrosando su partido en su camino por todas las provincias, por todas las ciudades, con todas las legiones, cuando la inconcebible indolencia de Pompeyo le dejaba sucesivamente aproximarse y ampararse por el terror ó por la seducion. Reclutaba la Italia etapa por etapa, y, rodeado de un ejército de galos que tenia acostumbrados á la guerra y alistados en sus cohortes, era el primero que llevaba á los bárbaros contra su patria. Coriolano, que habia otras veces traído á los volscos contra Roma, no habia hecho nada mas monstruoso, y aun tenia al menos por excusa la venganza contra aquellos que le habian proscri-to. César no tenia que vengarse mas que de los honores y de los mandos que habia recibido de Roma; y, sin embargo, la historia ha infamado á Coriolano y ha deifica-

do á César. Véase la justicia de los hombres irreflexivos que toman el éxito por juez de la moralidad de los acontecimientos.

## XL.

Entre tanto, todo era desórden y confusión en Roma. Pompeyo, renunciando á defender la Italia, se retiraba con el Senado, los buenos ciudadanos, los cónsules, los pontífices, los tribunos, las leyes y los dioses de la capital, y, reuniendo las pocas legiones que le eran personalmente adictas, formaba á orillas del mar un ejército, aunque tarde. Reunió en Brindes todas las fuerzas navales de la República. Parecía incierto todavía si esperaría allí al ejército de César, y si aceptaría la batalla, ó si embarcaría sus tropas, abandonando á César el suelo, y trasportando los poderes públicos, los defensores de la libertad mas allá de la mar, como para dejar el vacío y el horror que protestaran contra el sacrilegio de César.

Ciceron quejábase de esta política de resignacion y de desespero, más digna de un

filósofo desalentado, que de un gran capitán como Pompeyo. Aun cuando estuviera indignado contra César, y aunque no titubeara en adherirse á las leyes, á los dioses, á la justicia, á la libertad, á la República, partido de Pompeyo que representaba en este momento la conciencia misma del pueblo romano, no podía consentir este abandono de la Italia y de sí mismo, que le parecía una desercion de la mas santa de las causas; temblaba de cometer una falta siguiendo á Pompeyo fuera de Italia, ó hacer una cobardía no siguiendo á la República á donde Pompeyo le llevaba con él. En esta perplegidad permaneció indeciso é inmóvil en su casa de Formies, fuera de Roma y á igual distancia de César, quien se adelantaba, y de Pompeyo, que huía, suplicando al uno que volviese para combatir, y al otro detuviese su atentado, y espresando en sus cartas á sus amigos de Roma la desesperacion de su incertidumbre y la agonía mortal de sus irresoluciones.

## XLI.

«Me dices que me acuerde de mí mismo, de mis máximas, de mis escritos, de mis discursos, de mis acciones pasadas, y que las tome por jueces de lo que tengo que hacer hoy, escribía á Atico. Te agradezco no me des otro consejo y otro ejemplo que yo mismo; pero considerad si en alguna República, cualquiera que esta sea, un jefe de partido cometió nunca faltas tan vergonzosas como las de nuestro amigo Pompeyo, quien abandonando á Roma, desampara la misma patria, por la cual y en la cual su deber y su gloria eran morir!... Me hablais en vuestra alegría, al abrigo de los acontecimientos, tranquilo en vuestra casa; ignorais nuestras calamidades, nuestras miserias, nuestras vergüenzas, que nos vemos espulsados de nuestras casas, despojados de nuestros bienes, caminando al acaso con nuestras mujeres y nuestros hijos, entre dos ejércitos prontos á chocarse sobre nuestras

ruinas!... Y no es por la victoria por lo que hemos sido obligados á abandonar á Roma; no, es por la demencia de nuestro jefe Pompeyo, de un hombre sobre quien descansan todos nuestros destinos, cuyas mortales enfermedades nos amenazan casi cada año con sorprendernos! Por él abandonamos nuestra patria, no para reconquistarla volviendo á ella más fuertes y mas invencibles, sino para entregarla á las llamas y al pillaje de nuestros enemigos!... Vé ahí por qué estamos aquí con esta multitud de ciudadanos que han salido con nosotros de Roma! Roma está desierta; no hay nadie en la ciudad ni en los arrabales, ni en las casas de campo, ni en los jardines de las cercanías de la villa! y Pompeyo no nos encuentra aun bastante desterrados en esta ribera del mar; nos llama cerca de él en la Pulla...! ¿Qué deducir de todo esto? Amo á Pompeyo, estoy pronto á sacrificarme por él; pero debo pensar en la patria, y la patria, sin embargo, no es un hombre!... ¿No tengo grandes ejemplos para no abandonar la patria, ni sujetarme á un tirano? ¿Sócrates la abandonó, mientras que Atenas

gemia bajo los treinta tiranos? Os he dicho, en efecto, que prefiero ser vencido con Pompeyo, que vencedor con César; sí, pero con Pompeyo digno de sí mismo y semejante á sí mismo; con Pompeyo huyendo antes de saber aun que él fué, y sin saber dónde fué; con Pompeyo entregando sin combate á la patria nuestros hijos, nuestras mujeres, nuestros bienes, nuestras leyes, nuestras vidas á la tiranía!... La suposición que yo hacia está ya realizada! Es hecho, si soy vencido con este hombre y por este hombre!... Acordaos que siempre he sido de parecer desde luego que precisaba á toda costa evitar el choque y la guerra entre estos dos jefes de partido, despues que no convenia por nada abandonar, no solamente la Italia, sino Roma misma!... Llevo el luto de la república!... Ved qué hombre tenemos en César! Qué perspicacia! qué prontitud! qué vigilancia, qué acierto en todo! Si él no se permite el asesinato, ni la venganza, ni la proscripción, va á ser á un tiempo el idolo de estos mismos romanos á quienes ayer aterrabá. Oigo conversar en torno mio á una multitud de ciudadanos y de aldeanos; no

piensan ya mas que en sus campos, que en sus casas rústicas, que en sus pequeños escudos. Reflexionad un poco sobre la versatibilidad de las almas! Temen al presente al Pompeyo que ayer era su idolo y su apoyo; comienzan á adorar á este César, que ayer temian como á su azote!...»

Despues, llenándose de virtuosa indignacion contra este mismo César, cuyo génio acaba ahora mismo de admirar:

«Oh miserable! esclama; oh ladron de las leyes! oh bandido! oh devastador de su patria!... Y sin embargo, todo el mundo viene á mi para reunirse con Pompeyo: hoy este, mañana aquel. Y sé que los buenos y grandes ciudadanos que han sido el honor y el apoyo de Roma, condenan en mí estas lamentaciones, y si vacilo aun en partir!... Ah, bien, partamos pues; y, para probar que soy un bueno y grande ciudadano, vamos además á llevar por tierra y por mar la guerra civil á nuestra infortunada patria!...»

## XLII.

Pero nunca partia, detenido por esa vacilacion mortal entre la vergüenza de no seguir á su partido natural y el crimen de ir á llevar la guerra á su pais.

Para distraerme de la enfermedad de mis pensamientos, escribe á su confidente y amigo Atico, me pongo estas terribles cuestiones, y me ejercito en resolverlas, porque de su solucion depende el partido que tomaré:

¿Es conveniente á un ciudadano virtuoso permanecer en su pais cuando este ha caido bajo el poder de un tirano?

¿Debe uno emplear todos los medios para sustraer á su pais de la tirania, aun cuando esos medios de preservacion la espusieran á su última ruina?

¿No debe uno armarse contra el peligro de exaltar demasiado y de cambiar en opresor al jefe que se opone al tirano de su pais?

¿No vale mejor buscar la salvacion de su pais en las concesiones y acomodamientos pacíficos que en las armas?

¿Es permitido á un buen ciudadano el retirarse aparte durante las agitaciones de su pais?

¿Puede uno en conciencia incendiar y sitiarse á su patria para libertarla del tirano?

En las disensiones civiles, ¿tiene uno que seguir la causa y la fortuna de su partido, al tiempo mismo que este partido cometa faltas y crímenes?

En fin, un hombre que ha sufrido la envidia, la iniquidad, la ingratitude y las persecuciones por haber salvado una vez á su pais, ¿debe esponerse voluntariamente por segunda vez á la misma desdicha? O bien despues de cuanto hace en vano por la patria, ¿no le es permitido desinteresarse de la cosa pública por los que gobiernan, y pensar en si mismo, en su familia y en su reposo?

## XLIII.

Mientras que Ciceron se proponia estas cuestiones, cuya solucion secreta se vé bastante claramente en su alma por el arte con que inclina el ánimo de su amigo á resolverlas en el sentido de la neutralidad, César y sus amigos de Roma le suplicaban que permaneciese neutral, y él se escusaba cerca de Pompeyo de no haberla aun alcanzado sobre la imposibilidad de atravesar una parte de la Italia, inundada ya con las tropas de César. En fin, Pompeyo, habiendo llamado y reunido en Brindes todas sus legiones y todos los republicanos austeros, tales como Casio, Bruto, Labieno, Caton, hizo frente á la aproximacion de César por la costa de Epiro, llevando consigo á todo el que en Roma era digno del nombre romano. Ciceron se encontró por este hecho, que tanto habia reprobado y que tanto repugnaba imitar, aliviado por el éxito del peso de sus incertidumbres.

La Italia entera, sin dilacion, despues de

la partida de Pompeyo, se precipitó á los piés del vencedor. Roma no se respetaba á sí misma y no era digna mas que de un señor. Esta abyeccion de su patria exaltó el alma de Ciceron por la indignacion y por la afrenta. La victoria de César, en vez de acercarle, le aleja. El éxito, que es la razon del vulgo, es el escándalo de las almas grandes. El se encerró en Arpino, morada de sus padres, como para buscar allí los recuerdos y los consejos de la virtud antigua, y para llevar en la soledad el duelo de su país.

«Hasta el presente, escribe á sus amigos, he estado triste y perplejo. La fluctuacion y la incertidumbre de las cosas exaltan mi alma y la impiden sentir la caida de mi patria; pero desde que Pompeyo, los cónsules, la misma república han dejado la Italia, no es el dolor, es el suplicio lo que parte mi alma. Me parece que he perdido no solamente la patria, sino el honor. Ah! ¿por qué no estoy con Pompeyo y con todos los buenos ciudadanos de mi partido, ya que todos ellos, en consideracion á que yo repugnaba partir, mis amigos, mis parientes, mi mu-



jer, mis hijos, mi propia hija, juzgaban que mi puesto estaba entre los últimos defensores de la libertad de Roma?... He sido engañado por dos pensamientos honrados, pero ciegos: primeramente, por la esperanza obstinada de negociar la paz entre estos dos hombres; en segundo lugar, por el horror de suscitar la guerra civil entre ciudadanos... Ahora veo que valia mil veces mas morir que vivir con los opresores de mi pais.»

Sin embargo, César le pidió una entrevista, y le escribió para darle cita en Roma, á donde él le suplicaba que acudiera en nombre de la salud pública.

Seguiré vuestros consejos, escribia á Ciceron; me reconciliaré con Pompeyo. Soy por naturaleza inclinado á la dulzura y á la paz. Tratemos de reconquistar todos los corazones para ganar largo tiempo de mi victoria. Todos los que me han precedido no han podido evitar el odio público que se pega á la crueldad, escepto Sila, á quienes los dioses me libren de imitar. Seguiré otras máximas, y aseguraré la duracion de mi triunfo por el perdon y la magnanimidad!»

No contento de estos agasajos, César, viendo que Ciceron rehusaba volver á Roma, va á verle al regresar de Brindes, en su casa de Formias. La entrevista era formidable para Ciceron, que tenia que defender su virtud; para César, que tenia que paliar su atentado.

«Quisiera tener mañana á mis lados, escribió Ciceron la vispera de la visita de César, aquella *sabiduria* de Homero, disfrazada bajo la figura de un amigo, para que me inspirase lo que habia de decir! Pero estoy en las tinieblas, me parece que no hay sol en el mundo!»

En fin, llegó César, rodeado de ese tropel de guerreros sin escrúpulo y de hombres de desórden sin patria que únicamente tienen refugio en la tiranía ó en la licencia.

Qué cortejo, grandes dioses! escribió Ciceron al dia siguiente con toda la emocion de su escándalo; qué *turba*! Cómo teneis costumbre de llamar á ese cerco de César. Veíase allí hasta Eros, ese liberto de Celer! Oh vergonzosa pérdida de la república! Oh tropas desesperadas y capaces de toda infamia! ¿Qué hacian, oh cielos! entre tales gen-

tes un hijo de Servio y de Licinio? Pero era mucho peor en su campo enfrente de Brindes. Seis legiones estaban con él!»

César, en esta entrevista, fué lo que él sabia ser cuando, en vez de abandonarse á su ambicion, se entregaba á su carácter; el mas amable y el mas seductor de los romanos. Habiendo tomado en su larga residencia en las Galias alguna cosa de la gracia, del abandono y de la ligereza de los Galos, tratando familiarmente las cosas graves, jugando con su fortuna como con una de sus cortesanas, y perdiendo ó ganando el universo como un puñado de sestercios al juego en su tienda; amando la virtud y el talento como dos voluptuosidades del alma, que su naturaleza, originalmente honrada y elegante, le hacia buscar, se acomodaba tambien á las bajezas y á los vicios de su época, por los cuales triunfó de su patria y que triunfaron con él. Abochornado sin duda delante de Ciceron de su cerco, no perdonó ninguna de sus seducciones para arrastrarlo á su partido, ó al menos para retenerle en Italia. Ciceron se esforzó en vano, dice él en su carta en que dá

cuenta de esta entrevista, por demostrar á César que el honor, el deber y la fidelidad á la amistad le obligaban á retirarse con sus amigos del otro lado del mar.

«No obtuve nada, dice; se obstinó en representarme que mi retirada seria su condenacion y serviria de ejemplo y de autoridad á los demás para separarse de él.»

¿No vale mejor para vos, para mí, para Pompeyo, para la patria misma, le dice César, que me sigais á Roma para negociar allí la reconciliacion y la paz entre nosotros?

—¿Seré, pues, libre en Roma, respondió Ciceron, para arreglar las condiciones?

—¿Y qué! replicó César, ¿pensais que pretendo dictar sus palabras á un hombre como vos?

Pues bien, prosigue Ciceron con entereza sonriéndose, yo iré; pero será para persuadir contra vos al Senado, que os rehuse las tropas que quereis conducir á España y á Epiro contra el partido de Pompeyo.

—Guardaos de eso, esclama César; no sé que se den tales consejos en Roma.

—Lo sé de antemano, dice Ciceron, y véase por qué no os seguiré á Roma, ó para decir cosas contra mi deber, ó para oirlas sin poder libremente contestarlas.»

«En fin, añade Ciceron, despues de la reseña de esta larga conferencia, mezclada de familiaridad, de chanzas y de insinuaciones siniestras, César se retiró descontento. Esta prueba no me ha hecho ser amado de él, pero ha hecho me estime mas á mí mismo. En el momento de subir á su litera para ir á Roma, ha cambiado de tono: ¡Ah, bien, me dijo con una intencion casi amenazadora, puesto que no quereis ayudarme con vuestros consejos, me veo obligado á seguir los de otro, y no me detendré ante nada.»

La dictadura, la guerra civil, el encarnizamiento de ciudadanos por ciudadanos, la muerte de Pompeyo, el suicidio de Caton, la muerte de Ciceron, su propio asesinato en el Senado, estaban en esa palabra. Ciceron lo comprende y queda inflexible, prefiriendo sufrir las consecuencias de la tiranía que asociarse al tirano.

«¡Habeis, pues, visto al HOMBRE, y habeis

temblado por la patria? me escribisteis hace algunos dias, decia él á Atico al fin de la reseña.

—Sí, lo he visto y he gemido por la suerte de mi pais!...

—Y despues, ¿qué es lo que ha pasado?

—Y bien, despues, él se fué á Roma, y yo he regresado á Arpino, donde esperé las golondrinas...»

Es decir, la estacion en que la mar le permitia embarcarse para ir á reunirse con Pompeyo y su partido, que se arrepentia ya de no haber seguido tan pronto.

#### XLIV.

César entró en Roma sin Ciceron, y siguió en efecto los consejos de la violencia y de la tiranía, en vez de los de la sabiduria y de la paz. Cerró las puertas de los templos, donde la religion y la ley guardaban el tesoro público, acumulado por espacio de tantos siglos, y confiado á los dioses para los apuros de la República; hizo golpear por sus sicarios al tribuno animoso que le

disputaba la entrada, y distribuyó entre sus cómplices y soldados la riqueza destinada á las necesidades de la patria; violó todas las leyes, absorbió todos los poderes, se apoderó de todos los ejércitos, y marchó sin detenerse á España, gobierno de Pompeyo, para combatir allí ó atraerse las legiones de la República. Dejó un momento á Roma é Italia á Antonio y á Curion, sus lugartenientes los mas depravados y sus satélites los mas audaces, quienes por instigacion de César continuaron probando la virtud de Ciceron por las caricias primero, despues por las amenazas.

«Podeis contar, escribió Ciceron á su amigo despues de haberlos visto, que no hay en Italia un hombre descreido que no esté con César. ¡Partamos, pues, en busca de Pompeyo! No espero nada para la República, que creo abolida hasta en sus fundamentos; pero parto para no ver lo que se hace á mis ojos, y lo que será mas siniestro aun. César ha llegado al esceso de tomar como glorioso el nombre de tirano, que en otro tiempo le abochornaba; y Pompeyo, ligado ayer con él, prepara por mar y

tierra una guerra justa, es verdad, y necesaria, pero ruinosa si es vencido, y funesta aun á los ciudadanos si es vencedor. ¡Qué hombres, el uno ha desertado y el otro oprime á su patria! ¡Estoy, pues, á pesar de mis infortunios y reveses, por debajo de la gloria y la fortuna de esos pretendidos grandes hombres? No, ninguno tan grande como el que es honrado. Yo no abdicó mi filosofia. Yo he procedido, en vista de los dioses, en todo cuanto he hecho por la República, y he previsto, hace catorce años, esta tempestad en que perece la Italia. Yo partiré con este testimonio de mi conciencia.

Pregunté ayer á Curion—lugarteniente de César—, que vino á Arpino para seducirme ó para intimidarme, qué pensaba de la República, y si quedaria por lo menos de ella alguna imágen. «Ninguna, me respondió, y no esperéis nada.» Esto es hecho, conviene que César se pierda ó por sus enemigos, ó por él mismo, porque él es su peor enemigo. Espero vivir bastante para verlo. En cuanto á mi, es tiempo de pensar en la inmortalidad,

y no en esta vida corta y perecedera.»

## XLV.

César, informado en España de la resolución de huir, manifestada mas y mas por Ciceron, no desdeñó en escribirle:

«Todo me sale bien, y todo es en ruina de mis enemigos. Ceded á la fortuna: vuestra partida hoy tendria la significacion de acusarme de exceso que no he cometido. ¿Cuánto mas conveniente no es á un bueno y virtuoso ciudadano, que desentenderse de las contiendas civiles?»

Tulia, su hija, híncase en vano para rogarle esta vez no se arroje en la causa perdida. Antonio, que le vigilaba y rondaba en derredor de su retiro con sus bandas de lictores, gladiadores, comediantes y cortesanos, le cerró en vano la mar: llega á pasar desapercibido en una casa de campo que poseia á las puertas de Pompeya, en el golfo de Nápoles.

«Vé ahí, escribió á su hija hablando de

las emboscadas y desórdenes de Antonio, por qué mano nos conviene perecer! como si tuviese el presentimiento de la mano por la cual pereceria un dia. No, si soy bastante desgraciado para no encontrar una nave que consienta en encargarse de mí, yo me echaré antes en el primer barco para alejarme de estos parricidas!»

A la noche siguiente se ocultó á las cohortes de Antonio, que vigilaban ya su casa, y se embarcó en un ligero buque que hacia vela para el Epiro, no esperando nada del porvenir; pero no pudiendo soportar el presente, y precipitándose, como dijo él mismo al dejar la ribera, con los ojos abiertos y deliberadamente en su ruina.

## XLVI.

Llevaba consigo á su hijo y á su hermano, ambos dignos de él por su fidelidad en sus desgracias, por su patriotismo y su valor. Aunque pobre, donaba á Pompeyo una suma considerable ahorrada de sus bienes, en tributo voluntario á la causa de la justicia,

de la libertad y de la patria. El ejército y los ciudadanos le recibieron como una garantía de su buen derecho y de su fortuna, gloriándose de tener en adelante con ellos la gloria de Roma. Solo Caton, que se creía una virtud muy rigida para tener el derecho de plegarse á las circunstancias y á las transacciones, pero que no exigía esa rigidez de los otros, le reconvino amigablemente del partido irreconciliable que tomaba frente por frente de César.

«Quizá, le dijo en confianza, hubiérais sido mas útil á Roma guardando la neutralidad que os pedia César, y reservándoos para servir en otra ocasion al partido de la República, en vez de venir á participar aquí de inútiles peligros.»

Pompeyo le acarició y le olvidó como á un hombre que no se habia declarado á la primera hora, que habia condenado la retirada á Epiro, que habia conferenciado con César, que aconsejaba la paz en la guerra, y que era demasiado grande en la República para ser inferior en su campo. Ciceron se relegó á sí propio á Dirraquio con Caton,

disgustado por las detenciones y las frialdades de Pompeyo.

#### XLVII.

Poco tiempo despues de su arribo á Epiro, César, habiendo triunfado en España y atravesado rápidamente la Italia, atrayendo á sí todas las legiones que encontró en su camino, pasó la mar y fué á atacar al ejército de Pompeyo con fuerzas inferiores, pero con esa prontitud que es el génio del éxito en las revoluciones. Los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Farsalia, hoy de la Tesalia. Las armas eran iguales por el valor; los jefes iguales por el renombre y el génio; pero Pompeyo mandaba á ciudadanos ya quebrantados por la falta que habia cometido sacándolos de su pais, como vencidos antes de la batalla; César, á tropas aguerridas y ya victoriosas por la audacia que habia tenido en conducir las como vencedoras, menos á la victoria que á la persecucion de sus enemigos. Las leyes, los cónsules, el Senado, los magistrados, los

Pontífices, los caballeros romanos, los patricios, la mejor parte del pueblo mismo, la República, en fin, estaban en el campo de Pompeyo; los ambiciosos, los facciosos, los sediciosos, los corruptores y los corrompidos, la juventud, el populacho y la soldadesca, los bárbaros mismos, reclutados en las Galias, estaban con César. Pero César mandaba á soldados que lo habian ganado todo dando el imperio á César; el otro, á ciudadanos que tenian poco que perder dejando sucumbir á Pompeyo. Entre una causa servida por todas las ambiciones y por todos los vicios heróicos, y una causa, por decirlo así, abstracta, defendida por las virtudes ablandadas, la victoria era poco dudosa. César fué vencedor. Farsalia fué la tumba de la libertad y de la República.

## XLVIII.

Aunque Pompeyo, anciano, hubiese recompensado en Epiro todo el ardor y todo el génio militar de su juventud, y hubiera adquirido, con el mando de las últimas

fuerzas de su patria, los rudos ejercicios del caballero y del infante, la actividad, la sobriedad, las vigiliass, las largas marchas á pié, el manejo del escudo y las armas, para dar ejemplo á aquella juventud afeminada de Roma; desanimado ante el combate, asistió á sus propios funerales mas bien que á una batalla, de la que él mismo era el alma y el brazo. Aceptó, á pesar suyo, cediendo á la persecucion de los senadores y de los jóvenes nobles inexperimentados de que se hallaba rodeado y dominado en esta emigracion de Roma. Quería usar la fogsidad de César, rehusándole largo tiempo el combate; querian afrontarla con su ardor y antes de haberse hecho dignos de medirse con él: fueron victimas de su impaciencia y de su indisciplina.

Tan luego como Pompeyo, inmóvil sobre una eminencia en medio de su ejército, apercibió la polvareda que se levantaba en derredor de su caballería, rechazada por los veteranos de César, polvareda que la huida de aquella juventud levantaba de su parte, comprendió su suerte, y no intentó vencerla por una obstinacion que juzgó, al

parecer, sin esperanza. Quedó por un momento, dicen testigos oculares, semejante á un hombre arruinado; despues, sin decir una palabra á los que le rodeaban, y con la cabeza baja, tomó al paso de su caballo el camino de su campo, entró en su tienda, se hizo despojar de sus armas y de las insignias de su mando, y, vistiéndose con traje de duelo de vulgar apariencia, desapareció de su campo y tomó casi solo y á pié las sendas que conducen del fondo de la Tesalia á la ribera del mar. Abrumado de fatiga y de sed, se echó en tierra para beber en la corriente de la onda del rio que atraviesa el valle de Tempé. Llegado que fué á la ribera de la mar, una cabaña aislada de pescador le sirvió de abrigo durante la noche; á aquel que habia conquistado por espacio de cuarenta años tantas ciudades de la Grecia, del Asia, del Africa, de España, y que personificaba algunas horas antes, no solamente la República y Roma, sino el universo. No se lamentó, como hombre desigual á la grandeza de su infortunio, ni acusó á los dioses. Aceptó el juicio de la suerte, pensando, sin duda, que era muy bello sucum-

bir con las leyes y la libertad de Roma. Envió á César todos los de su comitiva de condicion servil que no estaban bastante comprometidos en su causa para no obtener un fácil perdon del vencedor; guardó con él los ciudadanos libres, y, embarcándose en la pequeña barca del pescador, costeó la playa, buscando con la vista algun navío en la mar para pedirle asilo á las olas.

## XLIX.

En el mismo instante, el piloto de una nave que traficaba en esta costa, ocioso en medio del dia sobre la cubierta de su buque, contaba á sus marineros un sueño extraño de su noche. Aunque él no vió nunca al gran Pompeyo, creyó verlo durante su sueño, no en el espléndido y magestuoso bajo el cual se presentaba un tan augusto ciudadano, sino con los vestidos vulgares, llenos de polvo y rasgados por la indigencia. La barca de Pompeyo, doblando entonces un pequeño promontorio que le quitaba la vista del navío



á la vela, los marineros apercibieron la frágil embarcacion; lo indicaron al piloto, diciéndole que parecia tripulada por un gran número de hombres que hacian señas de peligro agitando sus manos y sus vestidos por encima de sus cabezas. El piloto, que se llamaba Pepicio, se levanta á estas palabras, mira la barca, reconoce en Pompeyo la figura que habia visto en sueño, y, golpeándose de dolor en la frente con sus dos manos, ordena á sus compañeros que bajen la chalupa al mar, y con ella se aproxima á Pompeyo, presencia su desastre, le tiende con respeto la mano para que pase á su lancha, y le hace subir con su comitiva en su buque.

L.

El piloto, enternecido por el espectáculo de una vicisitud tan grande de la suerte, y como advertido de su deber por el sueño que le habian enviado los dioses, preparó con sus propias manos el frugal alimento de sus huéspedes. Favonio, uno de los ciuda-

danos mas ilustres de Roma, viendo á Pompeyo desprovisto de esclavos, le desnuda él mismo para bañarse, le frota con aceite antes de comer, honrado con hacer los servicios de un esclavo al mas grande y al mas desgraciado de los romanos, y no se cree humillado con lávarle los piés y prepararle todos los dias su comida. El corazon noble todo lo ennoblece, decian los marineros testigos de esta domesticidad voluntaria, y todo ocupa á las grandes almas, aun la servidumbre de la amistad.

LL.

Pompeyo se hizo conducir á la isla de Mitileno, llamada tambien Lesbos, en el camino que conduce á Egipto. El mas penetrante de sus infortunios y el mas heroico de sus consuelos, Cornelia, estaba en esta isla.

Pompeyo, despues de la muerte de Julia, hija de César, su primera mujer, se habia casado, ya viejo, pero siempre enamorado, con la bella Cornelia, hija de Escipion,

á la vela, los marineros apercibieron la frágil embarcacion; lo indicaron al piloto, diciéndole que parecia tripulada por un gran número de hombres que hacian señas de peligro agitando sus manos y sus vestidos por encima de sus cabezas. El piloto, que se llamaba Pepicio, se levanta á estas palabras, mira la barca, reconoce en Pompeyo la figura que habia visto en sueño, y, golpeándose de dolor en la frente con sus dos manos, ordena á sus compañeros que bajen la chalupa al mar, y con ella se aproxima á Pompeyo, presencia su desastre, le tiende con respeto la mano para que pase á su lancha, y le hace subir con su comitiva en su buque.

L.

El piloto, enternecido por el espectáculo de una vicisitud tan grande de la suerte, y como advertido de su deber por el sueño que le habian enviado los dioses, preparó con sus propias manos el frugal alimento de sus huéspedes. Favonio, uno de los ciuda-

danos mas ilustres de Roma, viendo á Pompeyo desprovisto de esclavos, le desnuda él mismo para bañarse, le frota con aceite antes de comer, honrado con hacer los servicios de un esclavo al mas grande y al mas desgraciado de los romanos, y no se cree humillado con lávarle los piés y prepararle todos los dias su comida. El corazon noble todo lo ennoblece, decian los marineros testigos de esta domesticidad voluntaria, y todo ocupa á las grandes almas, aun la servidumbre de la amistad.

LL.

Pompeyo se hizo conducir á la isla de Mitileno, llamada tambien Lesbos, en el camino que conduce á Egipto. El mas penetrante de sus infortunios y el mas heroico de sus consuelos, Cornelia, estaba en esta isla.

Pompeyo, despues de la muerte de Julia, hija de César, su primera mujer, se habia casado, ya viejo, pero siempre enamorado, con la bella Cornelia, hija de Escipion,

viuda de Craso, mujer tan ilustre por su bondad, por su génio, por sus virtudes, como por su amor á Pompeyo. Cornelia cultivaba la poesia, la música, las letras, la filosofía, y aventajaba á todas las romanas. Sus virtudes igualaban á sus encantos, y la solidez de su juicio hacia olvidar su juventud. Pompeyo, que la adoraba como hija y como esposa, la habia depositado, pasando á Epiro, en la isla de Mitileno, para que allí estuviese al abrigo de los insultos de César, y retirada del teatro de la guerra sin correr las fatigas y los peligros de esta. Lo que habia de mas cruel en su infortunio en aquel momento, era no tanto confesar su derrota al mundo, como hacerlo saber á Cornelia.

## LII.

Anclaron por la noche en la rada de Lesbos y no osó á saltar en tierra y aparecer en su abyeccion á los ojos de su mujer y de su hijo. Uno de sus compañeros de fuga bajó solo á la playa, y haciéndose conducir á casa

de Cornelia, la que, en la fé de un falso rumor, creia en una grande victoria de su marido, el enviado, forzado á cambiar una tal ilusion en duelo, se inclina silencioso delante de ella, y casi por sus lágrimas le hace saber que el dueño de un ejército y de una flota de mil quinientas velas algunos días antes, aguardaba, para huir, con su mujer y sus hijos en el puerto de Mitileno, en un buque, donde la piedad de un pobre piloto le habia dado el pasaje y la hospitalidad.

Cornelia, desmayada de horror y de ternura por tal nueva, levántase, en fin, de tierra, y con los brazos tendidos corre hácia la playa, y se arroja en brazos de su marido, que habia bajado para recibirla.

«¡Ay de mí! le dice ahogada por los sollozos, y tomando sobre sí, con una admirable astucia de ternura, toda la desgracia y toda la injusticia de la adversidad de su marido! ¡ay! ¡que el estado en que te veo es la obra de mi fortuna y no de la tuya! Te ves reducido á un pobre y pequeño barco prestado, tú, que antes de casarte con Cornelia navegabas en esta misma mar con millares de velas! ¡Ah! ¡por qué has venido á ver-

me? ¿Por qué no me has abandonado á mi desgraciado destino, á mí, que desde que te casaste conmigo no te he proporcionado mas que reveses y desastres? ¡Cuán feliz hubiera yo sido habiendo muerto antes de saber la muerte de Craso, mi primer marido, que los Partos me mataron, ó cuán sábio hubiera sido, si, despues de su muerte, le hubiera seguido á la tumba, como lo habia pensado! ¡No he vivido, pues, no he amado al gran Pompeyo sino para ser la causa de sus desgracias!...»

Pero Pompeyo, consolándola con caricias y levántandola á la altura de su impasibilidad romana, le dice:

«Cornelia, tú te afliges porque no has conocido hasta aquí conmigo mas que la dichosa fortuna que te ha engañado y te admira de nuestros reveses hoy dia, porque me ha sido fiel mas largo tiempo que á ninguno de sus favorecidos; pero es menester soportar sus vicisitudes, ya que hemos nacido mortales, é intentarla aun con confianza, porque, á pesar de mi pasada grandeza, estoy caido en la humillacion en que me ves, es posible que esta hu-

millacion me eleve á mi pasada grandeza!»

Un filósofo griego de Lesbos, amigo de Cornelia, que estaba presente, habló un momento con Pompeyo de la Providencia, á quien el vencido estaba tentado de acusar de injusticia, defendiendo así el buen derecho á la fuerza.

«¡La Providencia! dice Plutarco, eran los vicios del pueblo romano, incapaces de sostener por mas tiempo la república, y acosados de castigarse ellos mismos, coronando la tiranía.»

### LIII.

Emigraron hácia el Egipto, asilo que Pompeyo creia el solo fiel y seguro, porque él mismo habia coronado en otro tiempo al padre del jóven rey que reinaba entonces. Este era Ptolomeo, hermano de Cleopatra, la mas célebre de las reinas y de las mujeres por su bondad, por su génio y por sus amores, que hicieron juguete de sus caprichos á los mas grandes hombres de su tiempo,

César y Antonio, de quienes el mundo era el juguete.

Algunos buques, llenos de sus partidarios y de soldados romanos recogidos en el mar ó en las costas de Jonia y de Chipre, seguían la galera de Pompeyo que se aproximaba de las riberas de Egipto. Ninguno dudaba, á bordo de estos buques, que el grande hombre no fuera acogido como el mas illustre de los romanos y como el bienhechor de la dinastía de los Ptolomeos. Creían que asistido con los tesoros y las tropas de Egipto, ausiliar y tributario de Roma, reuniría todas las legiones romanas de Africa y que le volvería la fortuna, abochornada de haber por un momento abandonado la causa de los hombres, de las leyes y de los dioses. Cornelia misma le entretenía en esta confianza.

## LIV.

Sin embargo, los ministros del jóven rey de Egipto, príncipe todavía niño y sujeto por su edad á los consejos de ellos, infor-

mados por un ligero barco del éxito de la batalla de Farsalia, y por otro la aproximación de Pompeyo y de su flota, deliberaron sobre el partido que convenia tomar con un huésped tan embarazoso despues de vencido. Un retórico llamado Teodoro, de Chio, raza mercenaria, que se insinúa en los consejos de los príncipes ó de los pueblos para inspirarles viles destrezas bajo el nombre de política, y para presentarles crímenes útiles como actos de génio y de virtud, resolvió de pronto la cuestión:

«Si acogemos al gran Pompeyo, dice al consejo de Egipto, tendreis dos calamidades por una: á César por enemigo y á Pompeyo por señor. Si le rehusais el asilo y él vuelve á ser poderoso, habreis de temer, no solamente su venganza por la afrenta que le habríais hecho, sino tambien la venganza de César por el peligro que le habríais hecho correr no libertándole de su enemigo. Solo teneis, pues, un camino que seguir, añadió con una perversidad irónica; recibirle é inmolarse en la ribera, porque así habreis cumplido secretamente con César, desembarazándole de un rival, y que, por otro lado,

no tendriais nada que temer de la venganza de Pompeyo; porque, añadió sonriéndose é inventando el primero una palabra, que despues ha sido proverbio de los asesinos, los muertos no muerden!»

Photin y Achilles, dos esclavos favoritos y dueños del consejo que gobernaba el Egipto con Teodoro, aplaudieron esta resolución. Encargóse Achilles de la ejecución. Subió en una chalupa con dos oficiales romanos, centuriones en otro tiempo de los ejércitos de Pompeyo, llamado el uno Septinio, y el otro Salvio, y algunos sicarios egipcios; despues se adelantó á la galera de Pompeyo. Cornelia y los amigos de este grande hombre, viendo en lugar de los honores y cortejos que esperaban, una miserable barca tripulada solamente por siete hombres armados que se aproximaba á su galera, auguraron mal de tan innoble recepcion al que habia sido dueño de Egipto y del mundo; entrevieron algun siniestro designio, y suplicaron á Pompeyo que no se entregase á una ribera tan ingrata ó sospechosa. Pero ya no era tiempo de deliberar: veíase una multitud de hombres ar-

mados reunidos en la playa, y muchas galeras cubiertas de tropas hendir las olas para cercar la flota de Pompeyo.

Habiendo abordado, por fin, la chalupa al buque, Septimio, uno de los romanos, se levantó y saludó á su antiguo general con el acostumbrado nombre de *imperator*, como para convencerle de que su derrota no le habia degradado en Egipto á los ojos de sus soldados; Achilles le saludó en lengua griega, y le invitó á bajar á su chalupa, bajo pretesto de la dificultad de atravesar una nave tan grande por el légamo del puerto. Cornelia, medio muerta por el presentimiento del amor que revela en el corazon de las mujeres los peligros de aquellos que adoran, abrazó en vano las piernas de su marido para detenerle; él la abrazó con ternura librándose de la sujecion, y dejándola casi inanimada sobre la cubierta, bajó á la chalupa ayudado por la mano de Achilles. Despues, volviéndose por última vez para mirar á su mujer y su hijo, y no haciéndose ya ilusiones sobre su suerte, les dirigió por triste adios este verso de Sófoeles:

«Todo hombre que penetra en la corte de un tirano, se hace esclavo, aunque él haya entrado libre.»

## LV.

Mientras que la chalupa atravesaba la ancha laguna que separaba la galera de la ribera, un silencio embarazoso y siniestro cerraba los lábios de los egipcios y de los griegos, Pompeyo, como para sondear este silencio y presentir los sentimientos de sus huéspedes, al acento de sus voces, se dirige á Septimio; le preguntó si se engañaba él, creyendo reconocerle por el hombre que en otro tiempo habia hecho la guerra á sus órdenes. Septimio, sin contraer sus facciones y sin responder mas que con un gesto mudo, le hizo una señal de cabeza que queria decir desdeñosamente que era verdad. El silencio continuó en la chalupa; Pompeyo, para conservar su continente, abrió sus tablitas y se ocupó en repasar una arenga en lengua griega que habia preparado du-

rante su navegacion, para dirigírsela á Ptolomeo.

## LVI.

Entretanto Cornelia, recobrados sus sentidos por la ansiedad sobre la suerte que aguardaba á su esposo en la ribera, contemplaba desde lo alto de la galera la chalupa pronta á abordar. Comenzaba á consolarse y á congratularse, viendo una turba de cortesanos ricamente vestidos bajar hasta la ribera, como para hacer honor y cortejo al huésped del Egipto, y ya daba gracias á los dioses por su salvacion. En este momento, la chalupa, tocando la ribera, y Pompeyo tomando la mano de Filipo, su liberto, para levantarse de su banco y poner el pié en tierra, Septimio, como si no hubiera osado herir de frente á tan ilustre víctima, le mete su espada por la espalda en el cuerpo; Salvio y Achilles, redoblando los golpes, le atravesaron á su vez con sus espadas. Pompeyo, sin tratar de defenderse y sin parecer admirarse, se cubrió la cabeza

con su toga, como para ocultar toda agonía indigna de él al sol; y, cayendo así envuelto á los pies de sus asesinos, murió sin hacer entender otro reproche á los dioses ni otro adios á la vida que un ligero suspiro.

A la luz del sol en las espadas y á la caída de Pompeyo en la barca, Cornelia cae tendiendo los brazos hácia su marido, como si su mano pudiera evitar de tan lejos el golpe que lo heria. La galera, espantada, huyó á fuerza de remos y la llevó moribunda á alta mar.

## LVII.

Septimio, Salvio, Achilles y sus esclavos, habiendo cortado la cabeza á Pompeyo para llevársela á Ptolomeo y hacer un tributo á César, arrojaron su cuerpo fuera de la barca, y lo abandonaron en la arena á las aves de rapiña y á la espuma de las olas. Los pescadores y el populacho curioso examinaron despacio todo el día este cadáver. Cuando llegó la noche y la ribera quedó de-

sierta, el liberto de Pompeyo, Felipe, que fué el único que no abandonó el cuerpo de su amo, le lavó piadosamente en el agua del mar y le amortajó en su propia camisa, de la que se despojó para hacerle una mortaja. Despues, buscando á lo largo de la costa algunos restos de barcos lanzados por las olas, los juntó uno por uno, á fin de construir una pira para quemar el cuerpo, segun los ritos antiguos, y llegó con pena á reunir un pequeño monton de madera bastante para consumir un cuerpo débil y desnudo, y que no estaba entero.

Mientras que el fiel servidor estaba piadosamente ocupado en vagar así por la playa para recoger las tablas de barquillas encalladas como su señor, un veterano romano, antiguo soldado de Pompeyo, retirado en Egipto, que por acaso pasaba por esta playa desierta, se presentó á Felipe y le preguntó qué hacia á aquella hora en la orilla del mar.

«Soy el liberto de Pompeyo, y preparo la pira para sus funerales, respondió Felipe.»

El antiguo soldado, levantando las ma-



nos al cielo y enterneciéndose al espectáculo del señor del mundo sepultado furtivamente durante la noche, por un solo esclavo, en una playa extranjera:

«Ah! dice al liberto, no se dirá que tú solo tienes este honor! Permite me una á tí en este último deber, como un piadoso y santo acaso ofrecido á mi vejez por la Providencia, que me tiene confinado despues de tantos años en esta tierra ingrata y funesta, para reservarme al menos, tras tantas desgracias, el consuelo de tocar con mis manos los restos y de hacer los funerales al mas grande de los romanos!»

La llama de la pira encendida por estos dos hombres piadosos, ardió hasta el dia. A la mañana siguiente, uno de los amigos y lugartenientes de Pompeyo, Léntulo, que llegó de la isla de Chipré costeano la ribera sin saber nada de la muerte de la víspera, apercibiendo desde lo alto de su galera los últimos resplandores de la pira que luchaban con la aurora junto á las olas,

«Ah! dice á sus compañeros, ¿quién es aquel que ha venido á descansar, en fin, aquí de sus largos trabajos, y á entregar

sus cenizas á los elementos en este lugar desierto?»

Despues, como dominado por un profético presentimiento:

«Ay! ay! añade pensando en las vicisitudes é ironías de la suerte, quizá eres tú, oh gran Pompeyo!»

Y era él!

Durante estos sucesos, Ciceron, retirado con Caton en un pequeño puerto de Grecia, vecino á Farsalia, asistia silencioso y consternado á la ruina de la república.

### LVIII.

Un gran poeta, que fué al mismo tiempo un gran político, pero que desgraciadamente para su memoria llevó el amor de la libertad hasta el fanatismo, y el republicanism hasta el regicidio, MILTON, ha escrito en alguna parte estas líneas:

«Si Dios no derramó nunca un amor firme de la belleza moral en el seno de un hombre, le ha derramado en el mio. En cualquiera parte donde encuentre un hom-

bre despreciando la falsa estimacion del vulgo, osando aspirar por sus sentimientos, su lenguaje, su conducta, á lo que la alta sabiduria de los ángeles nos ha enseñado de mas excelente, me uno á este hombre por una suerte de necesario atractivo. No hay poder en el cielo y en la tierra que pueda impedirme contemplar con respeto y con ternura á aquellos que llegan á la cima de la dignidad, del carácter, de la inteligencia y de la virtud.

Este amor satisfecho de la belleza moral en un hombre histórico, este respeto y esta ternura por aquellos que han llegado á la cima de la dignidad, del carácter y de la virtud, nos han sostenido hasta aquí en la relacion de la vida de Ciceron; van á rebelarse un instante y á contristarse un poco cuando tracemos, no sus crímenes—no los hay en su vida,—sino algunas desigualdades y algunas debilidades. Despues de la caida de la república, es menos constantemente admirable; pero para el hombre que le gusta contemplar en el hombre la lucha de las debilidades humanas contra las virtudes y el triunfo alternativo de los deberes ó de las

pasiones en nuestra alma, llega á ser quizá mas interesante. Los caractéres de una sola pieza, como el de Caton, tienen alguna cosa de sobrehumano y de uniforme que eleva mas y que toca menos que los caractéres menos dueños de sí mismos, que fluctúan y se levantan, como el de Ciceron. Sucede en el hombre como en los paisajes: las líneas rectas del horizonte, son sin duda las mas puras en geometria y en lógica; pero las líneas del horizonte que se elevan y descienden, que se levantan y se deprimen á su vez para levantarse aun y para elevar la mirada hasta los cielos, despues de haberla declinado hasta los abismos, son el interés y el encanto del pintor y del espectador. La naturaleza ha hecho al hombre un sér *ondulante* y *diverso*, dicen los filósofos; considerado así, sin duda nos impone menos, pero nos une tanto mas cuanto es mas hombre.

Ciceron lo fué todo despues de la muerte

de Pompeyo. La República, muerta con este grande y último ciudadano, vino á ser la presa apenas disputada de César. El derecho habia sucumbido en Farsalia, la fuerza era todo; César tenia la fuerza y la tomaba como un gran corruptor de su patria, no á las virtudes del pequeño número, sino á todos los vicios de una multitud que pide un señor porque se siente digna de la tiranía.

Con esa prontitud que sorprende el destino y que le fija, César voló, despues de su victoria, á España, á Africa, á Egipto, para dar allí golpes repentinos é inesperados á los lugartenientes y á los hijos de Pompeyo, para quitarles sus legiones, y para cogerles, por todos los miembros esparcidos del poder romano, aquella libertad que queria destruir y aquel imperio que queria fundar.

Ciceron, en vez de seguir el ejemplo de Caton, de protestar contra la victoria y de morir con la misma arma que mataba la libertad de su país, pareció arrepentirse, no tanto de la derrota del gran Pompeyo y de la República, como de haber abrazado tar-

día é imprudentemente la causa vencida por los dioses. Comenzó á acomodarse con la tiranía y á pedir con suerte gracia por su virtud al vencedor. Nada le era tan fácil como obtenerla. Habia en César crímenes grandes, y era amable como su génio. Era demasiado superior para ser vengativo; era al mismo tiempo demasiado político para no complacerse de parecer á los ojos del pueblo romano, aceptado ó hasta perdonado por un hombre como Ciceron, que era el solo que representaba entonces en él solo las letras, la elocuencia, la autoridad moral en el Senado, la estimacion del pueblo, en una palabra, todo lo que se llama hoy dia *la opinion pública*. Además, César amaba á Ciceron por ese atractivo mútuo é involuntario que arrastra las grandes inteligencias á amar lo que se les parece. Tenia demasiado génio para ser insensible al génio, demasiada gloria para ser envidioso. Ciceron le parecia una de las mas brillantes decoraciones de la humanidad en su siglo; era mas ufano de reinar sobre un hombre como Ciceron, que sobre aquella turba de pueblo y de soldadesca que se postraba de-

lante de su fortuna. Quería hasta dejar á Ciceron la dignidad de su regreso y la independencia de sus opiniones; le pedia, no que se avasallara, sino que se resignara.

## LX.

Las negociaciones en este sentido se establecieron por los amigos comunes entre Ciceron y César. Ellos no experimentaron otra lentitud que la de la distancia entre estos dos grandes romanos. Ciceron atravesó el mar que separaba el Epiro de la Italia, desembarcó tímidamente en Brindes, puerto donde se había embarcado poco tiempo antes para reunirse á Pompeyo. Allí cayó en los brazos de su hija Tulia, la mas tierna, la mas ilustre, la mas letrada de las jóvenes romanas de su tiempo. La adoracion mútua del padre para la hija, y de la hija para el padre, se redobló aun por la adversidad. Separada de su marido, indignó de ella, Tulia no tenia mas que á él; descontento de su mujer, ambiciosa y fria, Ciceron no tenia mas que á ella. El padre y la hija

lloraron juntos las desgracias de su patria y las suyas propias. El hermano de Ciceron, C. Quinto, que le había amado como á sí mismo, no supo esperar la benevolencia de la transicion de una causa á otra. Acusado por la adulacion ó por el miedo, corrió á Africa con su hijo, sobrino de Ciceron, para implorar los favores de César y para echar cobardemente sobre su hermano el error que había cometido siguiendo el partido de Pompeyo. César se indignó de semejante bajeza, y escribió á Ciceron informándole de todo. Este, con una generosidad fraternal, respondió á César tomando sobre sí todo el crimen, y suplicando al dictador perdonase el extravío de Quinto.

Por otro lado, su fortuna, ya desembarazada á su partida de Italia, había acabado de empeñarse hasta la indigencia por las depravaciones de su mujer, por la ausencia ó el agotamiento de los productos de las tierras por tantas guerras civiles y espoliaciones sucesivas que afligian á la Italia. No vivía mas que de los préstamos y de los socorros de sus amigos, principalmente de

lante de su fortuna. Quería hasta dejar á Ciceron la dignidad de su regreso y la independencia de sus opiniones; le pedia, no que se avasallara, sino que se resignara.

## LX.

Las negociaciones en este sentido se establecieron por los amigos comunes entre Ciceron y César. Ellos no experimentaron otra lentitud que la de la distancia entre estos dos grandes romanos. Ciceron atravesó el mar que separaba el Epiro de la Italia, desembarcó tímidamente en Brindes, puerto donde se había embarcado poco tiempo antes para reunirse á Pompeyo. Allí cayó en los brazos de su hija Tulia, la mas tierna, la mas ilustre, la mas letrada de las jóvenes romanas de su tiempo. La adoracion mútua del padre para la hija, y de la hija para el padre, se redobló aun por la adversidad. Separada de su marido, indignó de ella, Tulia no tenia mas que á él; descontento de su mujer, ambiciosa y fria, Ciceron no tenia mas que á ella. El padre y la hija

lloraron juntos las desgracias de su patria y las suyas propias. El hermano de Ciceron, C. Quinto, que le había amado como á sí mismo, no supo esperar la benevolencia de la transicion de una causa á otra. Acusado por la adulacion ó por el miedo, corrió á Africa con su hijo, sobrino de Ciceron, para implorar los favores de César y para echar cobardemente sobre su hermano el error que había cometido siguiendo el partido de Pompeyo. César se indignó de semejante bajeza, y escribió á Ciceron informándole de todo. Este, con una generosidad fraternal, respondió á César tomando sobre sí todo el crimen, y suplicando al dictador perdonase el extravío de Quinto.

Por otro lado, su fortuna, ya desembarazada á su partida de Italia, había acabado de empeñarse hasta la indigencia por las depravaciones de su mujer, por la ausencia ó el agotamiento de los productos de las tierras por tantas guerras civiles y espoliaciones sucesivas que afligian á la Italia. No vivía mas que de los préstamos y de los socorros de sus amigos, principalmente de

Atico. Antonio, Lugarteniente de César en Roma, acababa de publicar un edicto de proscripción fuera de Italia contra todos aquellos que habían seguido á Pompeyo, pero esceptuando á Ciceron. Esta escepcion, que le volvió á abrir á Roma, le rogijaba por un lado y le humillaba por otro; porque los partidarios de Pompeyo vencidos en Farsalia, Caton, Bruto y los otros, habían ido á reanimar la resistencia á la tiranía en Africa; la nombradía aumentaba sus fuerzas, amenazaban prevenir el regreso de César á Italia y restaurar la República. Los triunfos de su propia causa, despues que la habían creído muerta, turbaban ahora á Ciceron; porque los republicanos vencedores podian tratarle como á un tráfuga, mientras que los cortesanos de César veian en él á un republicano; de suerte, que por la perplegidad de su carácter y por la precipitacion alternativa de sus sumisiones, la una y la otra causa le desconocian y le amenazaban con las mismas venganzas, al menos con el desprecio. Deplorable situacion para un gran talento, que en vez de tomar base en la conciencia,

la toma en la fortuna, y cae sin gloria, porque ha aparecido sin virtud.

Esperimentando ya en Brindes el remordimiento de esta situacion ambigua delante de la opinion que se desencadenaba contra él, no osaba ó no sabia justificarse él mismo, y rogaba á su antiguo amigo Atico escribiese su justificacion ó su excusa para conquistarle algunos amigos.

## LXI.

En fin, se aproximó á Roma con su hija, pero sin atreverse á entrar. Despues se presentó á César, que acababa de desembarcar vencedor en Tarento y que volvia vencedor á Roma. Este orador, que no habia palidecido delante de los sicarios de Catilina, temblaba ahora delante un pliegue de la frente ó de los labios del rostro de un señor. Sus cartas en esta época de su vida, son el temblor de un alma servil. «¿Cómo me recibirá? ¿Cómo me mirará? ¿Qué vá á decirme, ó qué querrá escuchar?» Un pueblo cuyos mas virtuosos ciudadanos espe-

rimentan y escriben semejantes angustias, es prudente para los tiranos. César, sin embargo, engañó á Ciceron por su comunicacion. Los tiranos gozan tambien en encontrar almas sumisas, como las almas sumisas son diligentes á resignarse á los tiranos. Además, César distinguió á gran distancia á Ciceron en el camino de Tarento á Roma; bajó de su caballo, corrió á él con los brazos abiertos, le abrazó como á un amigo perdido y encontrado, no le hace ningun reproche, y, llevándole delante y á cierta distancia de su comitiva para evitar el pudor de Ciceron y para atestiguarle su confianza, habló largo tiempo y familiarmente con él á los ojos de todo su ejército. Se ignora lo que estos dos adversarios reconciliados se dirian: el uno sin duda se escusaba de la bajeza humana, de la tiranía que acababa de recibir; el otro, de la fortuna, de la obediencia que acababa de ofrecer. Sin embargo, si se dá crédito á una frase de Ciceron despues de esta entrevista, en su correspondencia con Atico, la resignacion no fué sin grandeza y sin dignidad en su boca.

«Porque, dijo, no sabia bien si merecia la pena de pedir á César una vida que dejaria de pertenecer á Roma desde el dia que ella volviera á ser el patriotismo de un señor.»

César prosiguió su camino hácia Roma; allí recibió todos los poderes bajo los títulos que se dignó tomar. Volvió á partir para Africa, dejando procónsules que gobernasen á Roma en su nombre; Antonio, sobre todo, el mas soldadesco, el mas servil y el mas descarado á sus obsequios, como si César hubiese afectado mostrar en Roma lo que podia hacerle sentir mas, ó como si él hubiese querido atestiguar su desprecio al pueblo romano, haciéndole domar en su ausencia por el mas grosero y despreciable de los soldados. Ciceron se encerró con sus libros en su casa de campo de Túsculo, situada al lado de los bosques, al pié de las montañas de Alba; retiro poético y filosófico, en donde sus ojos se paseaban por un lado sobre la soledad, y por otro sobre los remates y las ahumadas de los edificios y de los templos lejanos de Roma. Hemos visitado frecuentemente los vestigios aun existentes de su casa, de su bi-

biblioteca, de sus fuentes, de sus jardines, donde se respira la grandeza, la tristeza, y en cierto modo la historia que él mismo respiraba entonces. Gozaba allí en paz y en seguridad de su patria; pero habia pagado demasiado á su patria, porque no habia entrado de nuevo en ella, sino dejándola con la libertad y la dignidad en la ribera.

## LXII.

Mientras que aquí buscaba distracciones y consuelos en el estudio y recibia las visitas de los mas ilustrados y eruditos de Roma, quienes, en defecto de la grandeza de carácter, venian á adorar en él la inmensidad y la variedad del génio, César habia vencido á los hijos de Pompeyo en España y á los republicanos antiguos. Caton se habia dado muerte por aquella otra debilidad que no sabe soportar el tiempo en que se está condenado por la Providencia á vivir, y el desprecio del género humano. César reinaba bajo el nombre de dictador

perpétuo de Roma, se preparaba para ir á conquistar á los Partos en Asia, ilustraba su crimen contra su patria por el esplendor y la mansedumbre de su gobierno, dominaba al Senado, compraba al pueblo, arengaba á las legiones, y corrompia lo que quedaba de libertad en las almas por la seduccion y la clemencia. Ciceron, gimiendo en alta voz esta postracion de su patria, tomaba su parte en la servidumbre general, aunque no convenia á un resto viviente de la República y á un amigo de Pompeyo y de Caton. Arengaba algunas veces al Senado; proponia consejos saludables al señor; hablaba delante de él por clientes politicos, y le reservaba las gracias de la generosidad. Le alababa con aquella independenciam de lenguaje que coloca á la ciencia en acto y no en palabras; afectaba defender la memoria de Caton y la gloria de Pompeyo; decia de César, para que esta palabra le fuese repetida, *que derribando las estátuas de Pompeyo habia afirmado las suyas*. Litigaba delante de él para darle el placer de su elocuencia, como un artista en una representacion de su arte, y hacia caer de



sus manos la absolucion de un criminal ya condenado en su corazon. Recibia aun las visitas de César en su casa, como una salvaguardia de seguridad y como una garantía de proteccion escepcional del opresor de su patria; referia con un secreto orgullo las circunstancias en sus cartas á sus amigos.

«¡Qué huésped he recibido, escribia á la mañana siguiente, y cuán equivocado estaba de temerle! Sin embargo, yo no tengo motivos para quejarme de él, y él mismo ha parecido satisfecho. El dia antes, César llegó á la casa de su liberto Filipo, vecino de mi morada. La casa estaba inundada de soldados; apenas la sala en que César debia comer estaba libre; habia cerca de dos mil hombres de escolta. En mi casa se hizo acampar á los soldados fuera; mi casa era como una ciudadela. César pasó la mañana hasta el medio dia en casa de Filipo; se ocupaba allí, decíase, en arreglar las cuentas de su casa con Balbus. Llegó á mi casa á las dos; se bañó en seguida, y se hizo leer durante el baño versos satíricos contra él; los escucha sin incomodarse y sin cam-

biar de semblante. En seguida se hizo perfumar y se sentó á mi mesa. Comió bien, y manifestó una jovialidad llena de encanto. La mesa estaba magnífica y delicadamente servida. Además de la mesa de César, tenia yo otras dos allí para su comitiva y sus libertos igualmente invitados. En fin, salí con honor. Pero, en verdad, no era aquel uno de esos huéspedes á quienes se les puede decir al despedirlos: ¡Volved cuando gustéis! Basta para una vez. No hablamos una sola palabra de política; no hablamos mas que de filosofía, de elocuencia y de literatura. Este desahogo le agradó; significó el deseo de pasar así un dia en Pouzzoles y otro en Baía á la orilla del mar. Sobre esto versó la visita: en ella sufrí algunas incomodidades domésticas, pero sin demasiados inconvenientes.»

## LXIII.

Se vé que César se hacia perdonar la tiranía por la clemencia, y Cicerón los sentimientos en la libertad perdida por las

complacencias. Hacia el mismo tiempo, sin embargo, que él ya había pasado el sexagésimo año de su vida; repudia á su primera mujer Terencia, culpable de haberle abandonado durante sus desgracias, y se casa con una de sus pupilas, muy jóven, muy bella, muy rica, que un padre moribundo le había confiado. Prendada del génio y de la nombradía de su segundo padre, esta jóven romana le amó y fué amada con una pasión que borró la distancia de los años. Estos fueron, no los mas gloriosos, sino los mas severos y los mas fecundos de su vida; solamente que ellos fueron cortos. Habiéndole arrebatado la muerte luego á su hija Tulia, delicias y orgullo de su corazón, concibió tal dolor, que se ofendió de que de este dolor no era bastante partícipe su nueva esposa, celosa sin duda de no ser el solo objeto de su ternura, y se alejó de ella, encerrándose en la soledad con sus lágrimas y su génio.

Allí fué donde él escribió sin interrupción y sin fatiga del espíritu los libros admirables de los que cada fragmento es un monumento acabado de sabiduría, de ma-

durez, de ciencia, de universalidad, de estilo. La civilización antigua, caso de perderse la historia, encontraríase toda entera en los fragmentos de los últimos escritos de este grande hombre. Concentra allí todo lo que el género humano ha pensado, imaginado ó sentido de mas perfecto, en Asia, en Grecia, en Roma, hasta su época, en la expresión la mas espléndida y en la lengua la mas armoniosa que la inteligencia humana haya jamás elaborado para dar cuerpo al espíritu. Es el pensamiento convertido bajo su mano en método, imagen y música. El solo reproche, quizá, que se le puede hacer á estas obras reflexivas de Ciceron, es el exceso mismo de la perfección. Trabajando cada pensamiento y puliendo cada frase hasta borrarla las menores asperezas de la epidermis en su estilo, hace propias las incorrecciones fáciles y las negligencias felices, que son las flexibilidades y las blanduras del génio. Nada predomina allí bastante, porque todo es predominante á la vez. Sin embargo, esta perfección en él no es trabajosa, es natural. Su imaginación no producía nada que no fuese conforme á

aquel modelo interior que llevaba en sí mas que ningun otro hombre y que se llama belleza. Este estudio, natural en él, de la belleza, no daña á su fecundidad. Discurría con sus amigos, arengaba á los tribunales y al pueblo, escribía como respiramos, sin descanso, sin voluntad y sin esfuerzo. Respondía á sus envidiosos de Roma que le reprochaban sus ócios en su retiro de Túsculo:

«¿De qué se quejan? En esta pretendida ociosidad, escribo mas, de mi mano ó de la mano de mis secretarios, que ellos pueden leer en un dia!»

Allí, decia él hablando de su casa de Astura, otro retiro mas profundo cerca de Anium, que llenaba con sus estudios y sus displicencias, allí vivo sin comunicacion con los hombres. Desde la primera luz del dia, me interno en lo mas intrincado de los bosques que me rodean, y no salgo hasta que anochece; no tengo otro entretenimiento que mis libros, y este es interrumpido únicamente por mis lágrimas.» Lleva en su alma el luto por su hija Tulia, que se le acusaba de amar hasta divinizar su imá-

gen. Arruinaba su fortuna apenas restablecida para erigirle un templo á las puertas de Roma y para inmortalizar sus sentimientos.

«Sí, esclamaba él en el delirio de su adoracion paternal, dirigiéndose á la sombra de su hija; sí, yo quiero dedicarte, ¡oh tú, la mas tierna y la mas perfecta de las hijas, quiero instalarte en la asamblea de los séres divinos, y ofrecerte al culto de los mortales!»

Probaba á calmar su desesperacion escribiendo para sí mismo un tratado de *Consuelo*: páginas empapadas en lágrimas, en las que reúne todo lo que la razon, la filosofía, la religion, la gloria, las letras, el cielo y la tierra pueden ofrecer de eficaz para consuelo de la pérdida de lo que se ama, sin poder llegar á olvidarlo.

## LXIV.

Sus secretos remordimientos de haber, si no abandonado, al menos descuidado á la República, y el deseo de protestar su esti-

macion por esta virtud que admiraba sin imitarla, le inspiraron una magnífica apología de Caton. En este homenaje á la virtud, la poseia tambien á la vista de la tiranía; César podia ofenderse de este elogio de un enemigo, enemigo que no era grande si César no era culpable. El dictador no se ofendió; dejó á Ciceron este vano consuelo de alabar á los muertos por la libertad, y en medio de los cuidados del imperio tuvo tiempo para contestar de su propia mano á Ciceron con otro libro titulado: *Anti-Caton*.

Pero, refutando enteramente á Ciceron, César, en este libro, lo colmaba de gloria; llegaba hasta declarar que «aquel que, como Ciceron, ensanchaba por su génio los límites del espíritu humano, era superior á aquel que, como César, solamente ensanchaba las fronteras naturales del imperio.»

## LXV.

Escribió despues meditaciones filosóficas y diálogos, en los cuales naturalizaba entre los romanos todos los dogmas de la antigüedad asiática, egipcia y griega, esponiendo con imparcialidad todo lo que los sábios de todos los siglos y de todos los paises han pensado de mas sensato ó de mas bello en pró ó en contra de la cuestion eternamente controvertida de la divinidad del alma y del mundo, decidiéndose, por último, el mismo, por lo que le parece mas verosimil, mas bello y mas razonable.

Los principios y los intermedios de estas meditaciones filosóficas, bajo titulos diversos, están llenas de familiaridades y de confiancias de corazon, como recreaciones del campo y las libertades de la conversacion; en ellas se siente el hombre apartado de los quehaceres públicos, triste por el abatimiento de su país, conservando cierta vaga esperanza del restablecimiento de las leyes, de las costumbres y de la libertad, pero apartando la vista de Roma, para abismarse completamente bajo la sombra de sus bos-

ques, en la contemplacion de la naturaleza y en el estudio de las cosas eternas. Sus predilectos interlocutores son al mismo tiempo sus mas ilustres é intimos amigos: Varron, poeta é historiador; Bruto, filósofo austero y elegante, discípulo de Platon y de Caton, amigo de César, de quien se creia que era hijo, á causa de su madre Servilia, en otro tiempo amada del dictador; Hortensio, rival y amigo de Ciceron, el mas grande de los oradores despues de él; y algunos otros romanos, escogido del siglo.

La escena tiene lugar ordinariamente sobre la arena de la playa retumbante de la mar de Bayas ó bajo las higueras entrelazadas con los pámpanos de vid enredadera de la costa de Cumas, ó sobre la terraza sombría de naranjos de la villa de Ciceron, cerca de Gaeta, en donde se busca aun la huella de sus pasos y las de sus amigos, en los mosaicos de sus baños, ó, en fin, bajo las verdes encinas de su casa rústica en Túsculo, al murmullo y frescura de las aguas que descienden de las montañas de Tibur. Comienza como una vaga y floja vacilacion de plática que busca sin ruta, despues se

muestra grave en el asunto, y se eleva al final hasta la vehemencia y hasta el entusiasmo de la lira.

Sentimos que los limites de nuestras páginas no nos permitan traducir algunos fragmentos para nuestros lectores. Ellos recuerdan la calma y solemnidad de los diálogos de Platon, que imponen silencio al alma antes de hablarla de los dioses. Ciceron, en muchos pasajes que parecerian hoy dia atrevidos, no teme lamentarse de la ruina de la república, y de llevar luto por la libertad y la dignidad de Roma.

«En la necesidad en que estoy, dice, de renunciar á los asuntos públicos, no tengo otro medio para hacerme útil que escribir para ilustrar y consolar á los romanos; me lisonjeo de que se me sabrá agradecer que despues de haber visto caer el gobierno de mi patria en poder de uno solo, no estoy ni ocultado cobardemente al público, ni entregado sin reserva á los que ejercen la autoridad. Mis escritos han reemplazado á mis arengas, al Senado y al pueblo, y sustituido las meditaciones de la filosofía á las

deliberaciones de la política y á los cuidados de la patria.»

Los dos mas importantes de estos libros son sus *Investigaciones sobre la existencia y naturaleza de los dioses*, y su libro titulado *De la República*. En el primero se eleva por todos los grados de la idea de todos los paises, de todas las edades, y á través de las tinieblas y de todos los fantasmas de las supersticiones humanas, hasta la noción de un Dios único, perfecto, justo, bueno, eternamente creador por su providencia, que sube á los astros y que descende á los átomos; principio y fin de todo lo que fué, de todo lo que es, de todo lo que será; invisible, impalpable, que se llama Dios, Destino. Providencia, Creador, Remunerador, y dando á cuanto él ha creado la existencia, lugar, tiempo, moralidad, remuneracion y el fin en él, como él le ha dado el sér.

Estas doctrinas de Ciceron no son únicamente especulativas, como podria creerse; ellas respiran la práctica religiosa en toda su piedad la mas eficaz é imperativa.

«Algunos afectan creer, escribe, que la

Divinidad no se interesa por el hombre ni se mezcla en sus acciones y su destino.» Con este principio, ¿qué vendria á ser la piedad, la *santidad*, la religion? Estos son los verdaderos deberes obligatorios que es menester saber cumplir exactamente... La piedad es lo mismo que las demás virtudes; no consiste en vanas exterioridades; sin ella no hay *santidad* (palabra que significa moralidad de nuestros actos); sin ella no hay culto, y desde entonces, ¿qué viene á ser el universo? ¿Qué desórden y qué anarquía en la especie humana! En cuanto á mi, añade, dudo si extinguir la piedad hácia la Divinidad no seria aniquilar de un mismo golpe la buena fé, la conciencia, la sociedad humana, y la virtud que ella sola sostiene el mundo, quiero decir, el instinto de la justicia!...»

LXVI.

En su libro sobre la república, es decir, sobre los principios, las leyes, las formas, los vicios y las virtudes de los gobiernos

deliberaciones de la política y á los cuidados de la patria.»

Los dos mas importantes de estos libros son sus *Investigaciones sobre la existencia y naturaleza de los dioses*, y su libro titulado *De la República*. En el primero se eleva por todos los grados de la idea de todos los paises, de todas las edades, y á través de las tinieblas y de todos los fantasmas de las supersticiones humanas, hasta la noción de un Dios único, perfecto, justo, bueno, eternamente creador por su providencia, que sube á los astros y que descende á los átomos; principio y fin de todo lo que fué, de todo lo que es, de todo lo que será; invisible, impalpable, que se llama Dios, Destino. Providencia, Creador, Remunerador, y dando á cuanto él ha creado la existencia, lugar, tiempo, moralidad, remuneracion y el fin en él, como él le ha dado el sér.

Estas doctrinas de Ciceron no son únicamente especulativas, como podria creerse; ellas respiran la práctica religiosa en toda su piedad la mas eficaz é imperativa.

«Algunos afectan creer, escribe, que la

Divinidad no se interesa por el hombre ni se mezcla en sus acciones y su destino.» Con este principio, ¿qué vendria á ser la piedad, la *santidad*, la religion? Estos son los verdaderos deberes obligatorios que es menester saber cumplir exactamente... La piedad es lo mismo que las demás virtudes; no consiste en vanas exterioridades; sin ella no hay *santidad* (palabra que significa moralidad de nuestros actos); sin ella no hay culto, y desde entonces, ¿qué viene á ser el universo? ¿Qué desórden y qué anarquía en la especie humana! En cuanto á mi, añade, dudo si extinguir la piedad hácia la Divinidad no seria aniquilar de un mismo golpe la buena fé, la conciencia, la sociedad humana, y la virtud que ella sola sostiene el mundo, quiero decir, el instinto de la justicia!...»

LXVI.

En su libro sobre la república, es decir, sobre los principios, las leyes, las formas, los vicios y las virtudes de los gobiernos

por las que las sociedades se fundan, se sostienen, se estinguen ó se perfeccionan, Ciceron se eleva á mayor altura que en ninguno otro de sus escritos. Solo citaremos un fragmento; el *Sueño de Scipion*, que concluye el libro. La filosofía, la piedad, la virtud, la poesía, el génio de Ciceron allí brilla en algunas páginas donde su alma y la de su siglo se descubren en un lenguaje digno de todos los siglos.

El segundo Scipion, una de las mas puras glorias y de las mas grandes virtudes de Roma, es puesto en escena por Ciceron. Este segundo Scipion cuenta á sus amigos, en este diálogo, un sueño que ha tenido en Africa, sueño en el cual la sombra de su abuelo, Scipion el Africano, vencedor de Cartago, le aparece, le profetiza su funesta muerte, le anima á que persevere en los servicios ingratos que todo ciudadano debe á su patria, á despreciar la muerte, y lo que es mas sublime aun, hasta despreciar la gloria.....

«Pero, continuó mi abuelo, para que sientas redoblar tu ardor en defensa del Estado, necesitas saber que todos los que

han salvado, socorrido, engrandecido su patria, tienen en el cielo un lugar preparado de antemano, donde gozarán de una felicidad sin término. Porque el Dios Supremo que gobierna el inmenso universo no halla nada en la tierra que sea mas agradable á sus ojos que las reuniones de hombres semejantes, bajo la garantía de las leyes, que se llaman sociedades civiles. Del cielo descienden los que conducen y conservan las naciones, y al cielo vuelven.. . . . .»

Este discurso del Africano habia infundido el terror en mi alma. Tuve sin embargo valor para preguntarle si él vivia aun, y Pablo Emilio, mi padre, y todos aquellos que miramos como muertos.

—«La verdadera vida, me dijo, comienza para aquellos que escapan de los lazos del cuerpo en que están cautivos; pero lo que llamais vida realmente es la muerte. Mira, hé aquí tu padre, que viene hácia tí!...»

Ví á mi padre, y me deshice en lágrimas; pero él, abrazándome, me prohibió llorar. . . . .

Así que pude reprimir mis sollozos, le dije:



—«Oh, padre mio, modelo de virtudes y santidad, ya que teneis vida, como me lo enseña el Africano, ¿por qué he de permanecer por mas tiempo sobre la tierra? ¿Por qué no me he de apresurar para reunirme con vuestra celeste sociedad?...»

—No, no así, hijo mio, me respondió: en tanto que Dios, cuyo templo es todo cuanto ves, no te haya librado de tu prision corporal, no puedes tener entrada en aquellas moradas. El destino del hombre es de permanecer en este globo que ves suspendido en medio del templo universal de Dios, y del que una parte se llama Tierra... Ellos han recibido un alma!... Por lo tanto, hijo mio, tú y todos los hombres religiosos, debeis retener vuestra alma en los lazos del cuerpo; ninguno de vosotros, sin el mandato del que os la ha dado, no puede salir de esta vida mortal. Ahuyentarla, os pareceria abandonar el puesto en que Dios os ha colocado. Mas antes bien, Scipion! como tu abuelo que nos escucha, como yo que te he dado la vida, piensa en vivir con justicia y piedad; piensa en el culto que debes á tus padres y á tus prógimos, que sobre todo

debes á la patria. Semejante vida es la senda que te conducirá al cielo y á la Asamblea de los que han vivido, y que al presente, desembarazados del cuerpo, habitan el lugar que ves. . . . .»

Mi padre me mostraba ese círculo, que por su resplandeciente blancura brilla, en medio de todos los globos de fuego, y que vos llamais con una espresion tomada á los griegos: *la Via lactea*. Desdó lo alto de este orbe luminoso, contemplaba el universo y lo ví lleno de magnificencia y de maravillas. Las estrellas que no se aperciben de acá abajo, aparecieron á mi vista, y la grandeza de los cuerpos celestes se descubrió á mis ojos. Ella aventaja á cuanto el hombre ha podido nunca suponer. De todos los cuerpos, el mas pequeño, que está situado á los últimos confines del cielo, y el mas cerca de la tierra, brillaba de una luz prestada. Los globos estrellados aventajan en magnitud á la tierra. La tierra misma me pareció tan pequeña, que nuestro imperio, que no toca mas que un punto, me hizo vergüenza.

Como yo lo miraba atentamente: «Y

bien, hijo mio, me dijo, ¿tu espíritu tendrá siempre afición á la tierra? ¿No ves á qué morada superior y santa estás llamado? .

.....»  
Yo contemplaba todas estas maravillas, perdido en mi admiracion. Cuando pude recogerme, pregunté á mi padre:—¿Qué es, pues, esta armonía tan poderosa y tan dulce, en medio de la cual me parece estamos sumergidos?

—«Lo veo, dijo el Africano: tú contemplas aun la mansion y vivienda de los hombres. Pero si la tierra te parece pequeña, como en efecto lo es, eleva tus ojos hácia esas regiones celestes, desprecia todas las cosas humanas. ¿Qué fama, qué gloria digna de tus deseos, quieres alcanzar entre los hombres? Veas cuán imperceptible espacio ocupan en el globo terrestre y cuán vastas soledades separan esas pocas manchas que forman los puntos habitados. Los hombres, dispersos sobre la tierra, están talmente aislados los unos de los otros, que entre los diversos pueblos no es posible la comunicacion. Tú los ves diseminados por todas las partes de esta esfera, perdidos

por las mas largas distancias y por las mas opuestas llanuras. ¿Qué gloria podemos esperar de los que no la tienen?

«Aun cuando las futuras generaciones ensalzasen á porfía las alabanzas de cada uno de nosotros, aun cuando nuestro nombre se trasmitiese con todo su esplendor de generacion en generacion, los diluvios y los incendios que deben cambiar la faz de la tierra, en épocas irremisiblemente determinadas, arrebatarian siempre á nuestra gloria, no digo eterna, sino durable. Por otra parte, ¿qué te importará ser célebre en los siglos venideros, cuando no lo has sido en los tiempos trascurridos, y entre tantos hombres é incomparablemente mejores? .

.....»  
«Por eso, si renuncias venir á esta mansion, en que se hallan todos los bienes de las grandes almas, prosigue esa sombra que se llama gloria humana, y que apenas puede durar algunos dias. Pero si quieres dirigir tus miradas á lo alto y fijarlas en tu morada natural y en tu eterna patria, no des ningun imperio sobre tí á los discursos del vulgo. Eleva tus deseos mas allá de las

recompensas humanas, y que la virtud sola te muestre el camino de la verdadera gloria y te atraiga por sí misma. Corresponde á los demás saber lo que deberán decir de tí. Sin duda hablarán; pero la mas bella nombradía se halla cautiva en esos estrechos limites en que vuestro mundo está circunscrito; ella no tiene el don de la inmortalidad; perece con los hombres, y se estingue en el olvido de la posteridad.»

Cuando hubo hablado así, le dije:

—¡Oh, Scipion! si es verdad que los servicios prestados á la patria nos abren las puertas del cielo, vuestro hijo, que desde su infancia ha seguido vuestras huellas y las de Pablo Emilio, y que quizá no ha faltado á esa difícil herencia de gloria, quiere hoy dia redoblar sus esfuerzos á vista de este inestimable premio...»

—«¡Valor! medijo, y acuérdate que si tu cuerpo debe perecer, tú, tu alma, no es mortal. Esa forma sensible, no eres tú; lo que constituye al hombre, es el alma, y no esa figura que puede mostrarse con el dedo. Sabe, pues, que eres divino; porque serlo es reconocer en sí la vida, la facultad de pen-

sar, de acordarse, de preveer, de gobernar, de regir y mover el cuerpo á que estamos unidos, como el Dios verdadero gobierna sus mundos. Semejante á ese Dios eterno que mueve el universo en parte corruptible, el alma inmortal mueve al cuerpo perecedero. Ejercita esa alma á las funciones mas escelentes. No hay otra mas elevada que velar por la salud de la patria. El alma, acostumbrada á este noble ejercicio, vuela mas fácilmente hácia su celestial morada; y será tanto mas rápido, si está habituada, en la prision del cuerpo, á tomar su vuelo, á contemplar los objetos sublimes, á librarse de las ligaduras terrestres. Pero cuando la muerte hiere á los hombres entregados á los placeres, que se han hecho infames esclavos de sus pasiones, y que, empujados ciegamente por ellas, han violado todas las leyes divinas y humanas, sus almas separadas del cuerpo vagan miserablemente en torno de la tierra, y no vuelven á esta mansion sino despues de una espiacion de muchos siglos.

«A estas palabras desapareció, y yo desperté...»

¿Qué se dirá hoy que sea mas bello y puro en moral? El presentimiento de Ciceron precedia al mundo en veinte siglos.

## LXVII.

Mientras que este grande hombre se consolaba así conversando de su alma con ella misma, con las grandes almas de todos los siglos y con la Divinidad, de la servidumbre y degradacion de su patria, César terminaba en cuatro años la corta carrera de todos los tiranos. El crimen de sus asesinos vengaba en él el crimen del Rubicon. Sus asesinos eran Bruto, Casio, Casca y toda la juventud patricia, literata y republicana de Roma. Alimentados con las lecciones de la inflexible antigüedad y los ejemplos de Harmodio y Aristogiton, estos jóvenes se avergonzaban de vivir bajo el dominio de un jefe que les habia arrebatado toda la dignidad de la vida. Creian que la sangre del tirano purificaba el puñal. Virtud falsa y cruel que pervertia en ellos hasta la naturaleza, que convertia los ciuda-

danos en asesinos, que impelia á los amigos de Bruto hasta el asesinato, y quizá al mismo hijo de César hasta el parricidio! La antigüedad admiraba aun á estos asesinatos por la libertad. La humanidad actual no se engaña. La libertad, la patria, la inmortalidad misma, no aceptan por su rescate una gota de sangre destilada del hierro de los asesinos. El rescate de todo el género humano seria muy caro á este precio.

## LXVIII.

Los conjurados, sea que considerasen demasiado débil, sea que supusiesen una virtud mas pura en Ciceron, todos amigos suyos, no le confiaron la conjuracion. Ellos se ocultaron de él, por miedo de ser conmovidos por sus escrúpulos. Roma estaba cansada de su idolatría por César; los plebeyos, que habia él mimado para oponerles al Senado, comenzaban á sentir el peso del yugo militar; los patricios, entre los que estaba y que satisfacía de dignidades y dá-

divas, abochornábanse de deberlas á su baja-za; el Senado votaba, pero murmuraba; los soldados aspiraban ya á venderse á otro que les diese mayor paga. Bruto y sus amigos se enardecian con la lectura de los historiadores, de los filósofos y de los poetas que divinizaban á los libertadores de los pueblos. La opinion conspiraba bastante universalmente con ellos, para que no tuviesen necesidad de confiar á muchos cómplices un proyecto que seria aplaudido por la multitud tan pronto como fuese ejecutado.»

Ocultaron sus armas bajo sus togas, esperaron á César en el Senado, se precipitaron delante de él á su entrada en el salon, como para rodearle de una diligencia mas impaciente y mas servil, besaron el faldon de su túnica, le presentaron peticiones como un lazo á su clemencia, no le mostraron grupos á su alrededor mas que de gentes conocidas y rostros amigos, deteniendo asi su marcha hácia su asiento en el Senado, y, hiriéndole á competencia con veintisiete puñaladas, cayó sin vida al pié de la estatua de Pompeyo. El Senado, so-

brecogido de espanto al principio de este tumulto, de horror despues y de gozo al fin, huyó por todas las salidas sin saber si habia de mostrar satisfaccion ó execrar este asesinato.

Bruto, Casio y los conjurados salieron llamando al pueblo á la libertad. El pueblo, mitad vengado, mitad enternecido, los aplaudió y los dejó solos subir al Capitolio. Antonio, lugarteniente de César, y quien en otra ocasion habia conspirado él mismo contra su vida, jefe de las tropas, fué encargado por el Senado de preservar á Roma de la anarquía. Siguió hábilmente todos los movimientos sucesivos de la emocion del pueblo; el primer dia, amigo dudoso de los conjurados; el segundo, protector declarado del Senado; el tercero, vistiendo luto por la muerte de César; el cuarto, vengador de su cadáver, desplegando desde la tribuna de las arengas su ropa ensangrentada y traspasada de puñaladas á las miradas de la multitud; luego, árbitro y señor de todo, teniendo á Roma en la indecision entre la pasion de la libertad y los peligros de la servidumbre,

obligó á Bruto y á sus amigos á alejarse de la ciudad que habian librado, temerosos de ser allí inmolados por el partido de César, que habia vuelto á tomar vigor en su sangre. Tal fué este crimen. El recuerda la tiranía por la piedad; justa espiacion de los que creen hacer justicia y causan horror por el asesinato.

## LXIX.

Antonio se habia asociado hábilmente, para quedar árbitro de Roma, con otro lugarteniente de César, su rival en el ejército, llamado Lépido, quien mandaba las tropas prontas á partir para España. Engrosaron sus fuerzas de todos los veteranos diseminados en las provincias, y dejaron al Senado una soberanía aparente. Durante esta especie de interregno entre la República y la dictadura que siguió á la muerte de César, Bruto y Casio se retiraron á Lanuvio, pequeña villa del campo de Roma. Ciceron dejó brillar su gozo por el restablecimiento de la Constitucion. Dió

prisa á los conjurados para que aprovecharsen el momento pronto á escapar á los que vacilan y para restablecer la antigua libertad. Bruto, mas filósofo y orador que político, parecia haber agotado toda su energia en el golpe que habia abatido al tirano. Escribia, borraba, limaba, sometia al examen de Ciceron, reducía, recitaba y perfeccionaba aun un largo discurso, acusacion de César y justificacion de sus asesinos, que se proponia leer al Senado y al pueblo en el mes de Junio, cuando el Senado abriese sus sesiones. Orador vano, que no sabia mas que los retóricos quieren palabras, pero que las revoluciones quieren hechos!

Los amigos de César y el mismo Antonio acariciaban por su parte á Ciceron. Se esforzaban en atraerlo á su partido, ofreciéndole repetidas veces la mas alta magistratura. Habia recobrado inocentemente toda su libertad por el golpe que le habia libertado de la humillante amistad de César, y de su embarazoso reconocimiento hácia el dictador. Quedó inflexible á la cabeza de los buenos ciudadanos y de los partidarios de una República estable, patricia y mode-

obligó á Bruto y á sus amigos á alejarse de la ciudad que habian librado, temerosos de ser allí inmolados por el partido de César, que habia vuelto á tomar vigor en su sangre. Tal fué este crimen. El recuerda la tiranía por la piedad; justa espiacion de los que creen hacer justicia y causan horror por el asesinato.

## LXIX.

Antonio se habia asociado hábilmente, para quedar árbitro de Roma, con otro lugarteniente de César, su rival en el ejército, llamado Lépido, quien mandaba las tropas prontas á partir para España. Engrosaron sus fuerzas de todos los veteranos diseminados en las provincias, y dejaron al Senado una soberanía aparente. Durante esta especie de interregno entre la República y la dictadura que siguió á la muerte de César, Bruto y Casio se retiraron á Lanuvio, pequeña villa del campo de Roma. Ciceron dejó brillar su gozo por el restablecimiento de la Constitucion. Dió

prisa á los conjurados para que aprovecharsen el momento pronto á escapar á los que vacilan y para restablecer la antigua libertad. Bruto, mas filósofo y orador que político, parecia haber agotado toda su energia en el golpe que habia abatido al tirano. Escribia, borraba, limaba, sometia al examen de Ciceron, reducía, recitaba y perfeccionaba aun un largo discurso, acusacion de César y justificacion de sus asesinos, que se proponia leer al Senado y al pueblo en el mes de Junio, cuando el Senado abriese sus sesiones. Orador vano, que no sabia mas que los retóricos quieren palabras, pero que las revoluciones quieren hechos!

Los amigos de César y el mismo Antonio acariciaban por su parte á Ciceron. Se esforzaban en atraerlo á su partido, ofreciéndole repetidas veces la mas alta magistratura. Habia recobrado inocentemente toda su libertad por el golpe que le habia libertado de la humillante amistad de César, y de su embarazoso reconocimiento hácia el dictador. Quedó inflexible á la cabeza de los buenos ciudadanos y de los partidarios de una República estable, patricia y mode-

rada. Continuó viviendo en su casa de campo y escribiendo mientras que Roma esperaba su suerte, sin saber por sí misma creársela.

«¿Es esto todo lo que debíamos ver? escribía á Atico. ¡Qué! La obra de Bruto se reduce, pues, á hacer que viva ocioso en su casa de Lanuvio, y que perpetúe por Antonio y por Lépido el reinado de César, mas absoluto despues de su muerte que lo fué durante su vida?»

Estos vanos reproches no volvian ni la popularidad ni la audacia á Bruto y á Casio. Irritaron á Antonio contra él. La cólera de los veteranos, atizada por Antonio, le amenazaba hasta en su retiro de Túsculo: hablábase en Roma de ir á incendiarlo. El pensó en refugiarse por segunda vez en Grecia. Se embarcó en Nápoles y siguió las costas de Italia hasta á Regio en Calabria; allí tuvo una entrevista con Casio y Bruto. Le enteraron de que la opinion por la libertad volvía á renacer en Roma, y que se invocaba su nombre como el solo que podia inspirar á la vez valor al Senado y cordura al pueblo. Entonces desembarcó y se apro-

ximó á Roma. Los ciudadanos se precipitaron en todas partes á su paso, como á la vuelta de su primer destierro. Roma parecia viuda de su génio cuando él se alejaba de ella. Volvió á Túsculo, no osando entrar aun en Roma en tanto que Antonio mandase.

Pero ya el crédito de Antonio decaía en el pueblo, en el Senado y en el ejército. Otra popularidad mas sólida y de mas prestigio para los romanos se elevaba sobre su ruina: era la del jóven César Octavio, hijo de una sobrina del gran César, y á quien el dictador habia declarado su heredero en su testamento. Este adolescente, ausente de Roma con su madre al tiempo de la muerte de César, acababa entonces de demandar tímidamente á Antonio la herencia de su tio. Antonio lo despreció y amenazó. Su juventud, su nombre, su título de heredero y de hijo adoptivo de César, las lágrimas de su madre, la injusticia de Antonio, habian interesado á los romanos. El menosprecio por Antonio, la esperanza que se une á la infancia, las donaciones del testamento de César á los soldados, que su heredero prometia



cumplir, hicieron lo demás. Octavio, acompañado de su madre, mostrándose en Roma, recorriendo las provincias, implorando al pueblo, invocando á los veteranos, prometiéndolo á los republicanos darles la libertad antigua y librarles de la grosera soldadesca de Antonio, habia llegado á ser en poco tiempo, para unos, el vengador futuro de César, para otros, el inspirado restaurador de la República. Afectaba ver en solo Ciceron la patria entera. Recibia de Ciceron los oráculos, mantenía correspondencia con él; le visitaba en su retiro; le trataba como hijo que se inspira con la sabiduría de un padre; le juraba no emplear el poder que su herencia, su nombre, su partido, el favor de los romanos le daban, sino en restablecer, con ayuda de Ciceron, la autoridad del Senado, el imperio de las leyes, y el ejercicio de la libertad antigua.

Ciceron, aunque no les diese crédito, estaba obligado á creerlo. Su pasión por el restablecimiento del gobierno libre, su amistad con Bruto, su justo odio y su terror demasiado fundado á Antonio, no le dejaban otra palanca que este jóven para sublevar

á Roma contra este vil tirano que habia heredado el despotismo de César, mas no su dulzura, su gracia y su génio. Se unió luego para la salvacion de la república, con Octavio, y se declaró abiertamente su protector. Luego que se supo que Ciceron adoptaba la causa del jóven César, la de Antonio perdió en la opinion de la Italia. La autoridad moral de este grande hombre equivalía á un ejército.

Antonio, abandonado por las legiones inmediatas á Roma, se alejó, con rabia en el corazon, para ir en busca de otros hácia los Alpes. Octavio, con los cónsules, marchó contra él en nombre del Senado, y lo derrotó junto á Módena. Vencido Antonio, pero hallando otra vez en la derrota la energía de la desesperacion, atraviesa los Alpes con una legion de sus soldados, lisonjea á su rival Lépido, que mandaba otro ejército romano en las Galias, y vuelve á entrar en Italia con cien mil hombres para disputársela á Octavio. La suerte del mundo quedó en suspenso durante algunos meses.

Ciceron, vuelto á Roma, atizaba el fuego

sagrado de la libertad en doce inmortales discursos, al Senado y al pueblo, contra Antonio; arengas llamadas *Filípicas* por alusion á las de otro orador, Demóstenes, contra Filipo, rey de Macedonia, que amenazaba la libertad de Atenas, como Antonio amenazaba la de los romanos.

Estas doce arengas de Ciceron, fruto de su génio madurado por los años, de su patriotismo humillado por la servidumbre, de su cólera atizada por el terror, y como por el presentimiento de los crímenes de Antonio y de su mujer Fulvia; mas malvada aun que su marido, en fin, por esa desesperacion de valor que no teniendo ya mas miramientos para salvar un resto de vida, quiere al menos immortalizar su memoria, son el grito de muerte de Ciceron, destinado á resonar mas allá de su tumba. El raciocinio, la pasion, la súplica, la imprecacion, la invectiva, el furor sagrado que santifica la injuria, el apóstrofe á los romanos, la invocacion á los dioses, el desafío al puñal, el heroismo del alma, del corazon, del acento, del gesto, todo esto sucesivamente y junto á la vez inflamado con el fuego de la elo-

uencia para reanimar á los romanos de su postracion, y para darles por un esceso de desprecio al tirano, si no el ardor por la libertad, al menos la vergüenza de la servidumbre. Es el mas largo y sublime acceso de cólera que jamás haya resonado entre los hombres!

En efecto, Roma y el Senado se esforzaron por algunos meses á estos acentos, pero fué para volver á caer.

Mientras que Ciceron á los sesenta y cuatro años de edad, se esforzaba así en comunicar á su patria el inestinguible fuego de la juventud que habia en él, Octavio, por quien combatia en Roma, negociaba en Módena, con sus dos rivales Lépido y Antonio, encontrando mas seguro dividir el imperio que jugarlo en una batalla dudosa, seguro además de que su nombre y su política lo darian á él todo entero.

Informado Ciceron de esta traicion y de esta ingratitude de su pupilo, escribió en vano á Bruto y á Casio para que volviese precipitadamente á Italia con sus tropas de Africa para salvar una vez mas la república. Su crimen pesaba sobre ellos; no osaron

reaparecer en la tierra donde el grito de sangre de César se esforzaba cada vez mas contra ellos.

## LXX.

Octavio, Antonio y Lépido convinieron una entrevista en una pequeña isla formada por el rio Reno, cerca de Bolonia. Deliberaron allí durante tres días y tres noches, y acordaron formar entre si un triunvirato ó un gobierno de tres personas, dividiendo el pueblo romano en tres partes, y cada una era un imperio. Pero era poco dividir así la república, necesitaban asegurar la pacífica posesion inmolando á todos los buenos y grandes ciudadanos capaces de defenderla ó de inquietar su tiranía. La sangre de tres mil trescientos ciudadanos romanos, que se sacrificaron mutuamente, fué el sello de su tratado. Formaron juntos la lista, discutieron, añadieron, borrarón, traficaron con la vida y la muerte de sus amigos ó enemigos, hasta que cada uno de ellos otorgó á los demás la sangre del mas querido

de sus amigos, para obtener en cámbio la sangre del último de sus enemigos.

Ciceron era el primero en lista. Octavio, con un resto de pudor, lo defendió mucho tiempo, haciendo ver la ignominia que recaeria á un gobierno, cuyo primer acto seria el sacrificio del mas grande ciudadano y del mas grande génio de Roma. Las *Filípicas* pedian bastante venganza en el corazón de Antonio. Los dos proscriptores, colegas de Octavio, le hicieron presente, sin duda, que el equilibrio de las fuerzas era necesario á su mando para que fuese estable; que Ciceron gozaba de una autoridad moral demasiado grande en la república por su celebridad y por su génio; que aquel de los tres triunviros que se declarase amigo lo conseguiria al instante á los otros dos; que arrastraria con él la opinion y la fortuna, y que el equilibrio, destruido por el peso de este grande hombre, volveria á sumergirse otra vez en la nada, y la Italia en la anarquía. Octavio cedió al poder de esta lógica de asesinos y á la codicia del mundo. Juzgó que Roma valia mas que aquel crimen y permitió á Antonio se vengase.

## LXXI.

Los triunviros, encerrando sus proscripciones en el silencio hasta su llegada, por temor de que sus víctimas no escapasen por la huida á sus sicarios, se adelantaron lentamente hácia Roma. No se propaló mas que los nombres de diez y siete grandes proscriptos, cuyas cabezas debian adornar su triunfo sobre la república. Ciceron era aun el primero; supo su sentencia sin osar á creerlo. ¿Comenzaria Octavio por un parricidio? ¿No era para él, Ciceron, su segundo padre? confiaba contra toda esperanza en él; pero lo temia todo de Antonio, y sobre todo de Fulvia, su nueva esposa. Los hombres perdonan; las mujeres se vengan, porque tienen menos fuerza contra su pasión.

En esta perplegidad, Ciceron tenia tiempo para huir, y quizá era este el pensamiento de Octavio. Las vacilaciones, esta debilidad de los grandes espíritus, porque pesan el pró y el contra mas que los demás hombres, fué la causa de su muerte, como habia sido el azote de su vida. Perdió los

dias y las horas en debatir consigo mismo y con sus amigos lo que á su edad era preferible, si tender estóicamente el cuello á los asesinos y morir dejando clamar su sangre contra la tiranía sobre la tierra libre de su patria, ó mendigar en Asia el pan y la vida del proscripto entre los enemigos de los romanos. Su ánimo parecia decidirse y arrepentirse sucesivamente por el uno ó el otro partido. Sus pasos divagaban, como sus pensamientos, desde la orilla del mar á sus casas de recreo, y desde estas á las orillas del mar.

En fin, quiso alejar el momento de la resolución suprema, alejándose de Túsculo, demasiado próximo de Roma. Abandonó esta mansion con su hermano Quinto y su sobrino, que le queria como á un padre. Se retiró á su casa, la mas lejana de Astura, morada de luto, en donde, como se ha visto, alimentó la melancolía por la muerte de su hija Tulia. La aspereza del sitio y lo intrincado de los bosques, parecian resguardarle de la maldad de los hombres.

Estaba esta casa en la playa del mar de Nápoles. Pasó allí algunos dias en escuchar

á lo lejos la marcha del ejército de los triunviros, que se aproximaban á Roma; parecia resuelto á esperar allí la muerte, sin tomarse el trabajo de huir mas lejos, ni de arrostrarla de mas cerca. Sin embargo, su hermano, su sobrino, sus libertos, sus esclavos, especie de segunda familia que el reconocimiento, las leyes y las costumbres ligaban hasta la tumba á los antiguos, le hicieron ver que un hombre como Ciceron nunca era viejo, mientras que su génio podia aconsejar, ilustrar ó despertar á su patria; que Caton, muriendo, habia él mismo estinguido prematuramente una de las últimas esperanzas de la República por una impaciencia ó por una flojedad de virtud; que si estaba él resuelto á morir, era menester al menos que su muerte fuese inútil á la causa de los buenos ciudadanos, que era la de los dioses; que Bruto y Casio, viviendo aun y reuniendo en Africa las legiones fieles á la memoria de Pompeyo y á la República, prontas á combatir con los ejércitos venales de los triunviros, debia ir á reunirse otra vez con estos últimos romanos, reanimar con su presencia y con

su palabra una causa que no era aun desesperada en tanto que le quedasen Ciceron y Bruto; ó que si era menester perecer, al menos lo fuera con la justicia, la virtud y la libertad.

## LXXII.

Estos consejos prevalecieron un momento en su ánimo. Dejó su retiro de Astura con su hermano y el cortejo de esclavos y de familiares, para acercarse á la mar y montar allí en una galera que se le tenia preparada; pero la precipitacion con que habia salido de Roma y Túsculo, á los primeros rumores de su proscripcion, no le habian permitido tomar el dinero necesario para una larga espatriacion. Apenas estaba en el camino, cuando reflexionó en la indigencia en que iba á verse espuesto con su familia y sus amigos durante su destierro. Mandó parar su litera (silla cerrada por cortinas y llevada por esclavos, que servia de carruaje á los romanos ricos), é hizo aproximar la de su hermano Quinto, que iba detrás de la suya.

Las dos literas estaban colocadas la una

al lado de la otra en el camino, y alejados los portadores; los dos hermanos se hablaron un momento sin testigo por las portezuelas. Convinieron en que Quinto, como el menos célebre y conocido, volviera solo á Ancio, su pais natal; que trajera el dinero necesario para su fuga, y que volviera presto á juntarse con Ciceron en su casa de la costa de Gaeta, en donde le aguardaria para embarcarse. Despues los dos proscritos, como si tuvieran el presentimiento de su eterna separacion, se lamentaron del rigor de su desgracia, que no les permitia soportarla juntamente; lloraron de ternura en el camino, en presencia de sus esclavos, y abrazándose se separaron y se aproximaron muchas veces como en un último adios.

## LXXIII.

Quinto volvió á Astura para retirarse por las sendas de las montañas á su casa de Ancio con sus hijos. Ciceron prosiguió su marcha hácia la orilla del mar, y se embarcó en una galera. En una ensenada de la playa de Gaeta, á la derecha, donde se vé

aun hoy dia elevarse su tumba como un escollo de gloria cerca de los escollos del Océano, poseia una casa de campo embellecida de todos los lujos y adornada de todas las delicias de una residencia de verano para los grandes ciudadanos de Roma. Se elevaba sobre un promontorio, desde donde la mirada abrazaba una vasta estension de mar, ya limpida y silenciosa, ya espumosa y embravecida, circuido por el semicírculo de un golfo poblado de villas maritimas, de templos, villas romanas, navios, barcos y velas que daban variedad á las playas y á las olas. Los vientos etesios, que soplan del Norte durante la canicula, refrescaban la temperatura: jardines en bancales descendian de piso en piso de la aérea casa á la húmeda playa; cavernas naturales, acabadas por el arte, pavimentadas de mosaicos, divididas por depósitos, donde el agua del mar, penetrando por canales subterráneos, renovaba el frescor y servia para los baños. Un templo doméstico, probablemente el que habia consagrado á su hija Tulia, dejaba brillar mas sus columnas y capiteles de mármol de Paros, medio cubiertos por los

naranjos, laureles, higueras, pinos, mirtos y los pámpanos de los emparrados que entapizan eternamente esta costa.

Aquí desembarcó Ciceron de su galera para esperar la hora de partida y el regreso de su hermano Quinto. Los triunviros estaban aun á muchas jornadas de Roma. La Campania sin tropas, y todo anunciaba que los sicarios de Antonio no llegarían tan presto como su venganza.

## LXXIV.

Pero su venganza le aventajaba. Apenas Quinto y su hijo llegaron secretamente á su villa paterna de Ancio, para vender allí sus bienes y llevar á Ciceron su importe, la traición doméstica reveló su presencia á los emisarios de los triunviros, y fueron degollados, padre é hijo, en sus propios hogares, por el crimen de su nombre.

Noticiosos los libertos y esclavos de Ciceron, le ruegan con insistencia que huya. Se embarca en su galera y navega hasta el promontorio de Circe, cabo saliente del golfo de Gaeta, para hacer vela hácia el Africa. Hizo que los echasen á tierra, no

obstante las instancias de los pilotos y lo favorable del viento. No podía abandonar esta última playa de Italia, ni perder de todo punto la esperanza del corazón y el reconocimiento de Octavio.

Siguió, á pié y en silencio, lo largo de la playa, el camino que conducía hácia Roma. Su galera le seguía á alguna distancia en las olas. Después de haber marchado así algunas millas, abismado en sus perplejidades, comenzaba á oscurecer, hizo señal á sus remeros se aproximaran á la playa y se confió de nuevo á las olas. Confesó á sus libertos, que cansado de incertidumbres y de fugas, había resuelto un momento á entrar en Roma y marchar á abrirse él mismo las venas en el palacio de Octavio, á fin de vengarse al menos, muriendo, de una ingratitud escrita con caracteres de sangre con el nombre de este parricida, y de ligar á su paso, con la memoria de su crimen, una *furia* que no le dejara descansar nunca... El temor de las torturas que le harían sufrir, si lo detenían antes de llevar á cabo su suicidio, le retuvo y volvió á bordo. Navegó algun tiempo indeciso sin perder de

vista la ribera; despues, impulsado aun por no sabemos qué pensamientos, ordenó á los remeros lo volviesen á su casa de campo de Gaeta, que habia abandonado aquella mañana. Sus servidores le obedecieron gimiendo y llorando sobre su muerte. La galera arribó á la playa donde se elevaba el templo.

## LXXV.

Los presagios, lengua adivinatoria perdida hoy día, que anunciaban, interpretaban, solemnizaban todos los grandes hechos trágicos de los ciudadanos ó de los emperadores, advirtieron ó consternaron á los servidores de Ciceron. Así que la galera pugnaba por vencer las últimas olas para anclar al pié del promontorio, una nube de cuervos, aves fatidicas que posaban en las cornisas del templo, se elevaron del todo con grandes gritos, y revoloteando delante de la galera, llegaron á querer rechazar sus velas y bergas hácia alta mar, como para significarle un peligro en la orilla. Sea que Ciceron, como filósofo, se hacia superior á las supersticiones populares, sea que aceptase el agüero sin buscar de evitarlo, no

por eso dejó de subir los tramos que conducian á su habitacion. Entró, y estando echado vestido sobre el lecho para reposar de sus angustias ó para recogerse en sus pensamientos, puso sobre su frente la punta de su toga, á fin de no ver la última luz del día. Pero los cuervos que le habian rechazado de la playa le siguieron hácia su casa. Sea que estas aves familiares tuviesen alegría de volver á ver á su amo, sea que elevándose muy alto en los aires hubiesen apercibido, antes que los servidores, las armas inusitadas de los numerosos soldados de Antonio, esparcidos en los campos y deslizándose como asesinos hácia los jardines de Ciceron, se agitaban como por un instinto disimulado. Una de ellas, penetrando por la ventana abierta á la brisa del mar, se posó hasta en el lecho de Ciceron, y, tirando con su pico la punta de la túnica vuelta sobre su cabeza, le descubrió el rostro y parecia apresurarle á salir de una casa que lo rechazaba.

A esta señal del instinto de las aves, los servidores de Ciceron se mueven, se enternecen, prorumpen en llanto y se reconvie-



vista la ribera; despues, impulsado aun por no sabemos qué pensamientos, ordenó á los remeros lo volviesen á su casa de campo de Gaeta, que habia abandonado aquella mañana. Sus servidores le obedecieron gimiendo y llorando sobre su muerte. La galera arribó á la playa donde se elevaba el templo.

## LXXV.

Los presagios, lengua adivinatoria perdida hoy día, que anunciaban, interpretaban, solemnizaban todos los grandes hechos trágicos de los ciudadanos ó de los emperadores, advirtieron ó consternaron á los servidores de Ciceron. Así que la galera pugnaba por vencer las últimas olas para anclar al pié del promontorio, una nube de cuervos, aves fatidicas que posaban en las cornisas del templo, se elevaron del todo con grandes gritos, y revoloteando delante de la galera, llegaron á querer rechazar sus velas y bergas hácia alta mar, como para significarle un peligro en la orilla. Sea que Ciceron, como filósofo, se hacia superior á las supersticiones populares, sea que aceptase el agüero sin buscar de evitarlo, no

por eso dejó de subir los tramos que conducian á su habitacion. Entró, y estando echado vestido sobre el lecho para reposar de sus angustias ó para recogerse en sus pensamientos, puso sobre su frente la punta de su toga, á fin de no ver la última luz del día. Pero los cuervos que le habian rechazado de la playa le siguieron hácia su casa. Sea que estas aves familiares tuviesen alegría de volver á ver á su amo, sea que elevándose muy alto en los aires hubiesen apercibido, antes que los servidores, las armas inusitadas de los numerosos soldados de Antonio, esparcidos en los campos y deslizándose como asesinos hácia los jardines de Ciceron, se agitaban como por un instinto disimulado. Una de ellas, penetrando por la ventana abierta á la brisa del mar, se posó hasta en el lecho de Ciceron, y, tirando con su pico la punta de la túnica vuelta sobre su cabeza, le descubrió el rostro y parecia apresurarle á salir de una casa que lo rechazaba.

A esta señal del instinto de las aves, los servidores de Ciceron se mueven, se enternecen, prorumpen en llanto y se reconvie-

nen á sí mismos de tener por la salvacion de su amo menos prudencia y menos celo que los brutos:

«Qué! se dijeron entre sí, ¿guardaremos con los brazos cruzados á ser espectadores de la muerte de este grande hombre, mientras que las mismas bestias vigilan por él y parecen indignarse de los crímenes que se preparan?»

Animados por estos mútuos reproches, los esclavos de Ciceron se arrojan á sus piés, le hacen una dulce violencia, le fuerzan á que vuelva á montar en su litera, y le llevan por las sendas apartadas y sombrías de los jardines, hácia la ribera, donde le aguardaba anclada la galera.

Apenas habian andado algunos pasos, cuando un peloton de soldados mandados por Herenio y Popilio, dos de esos jefes de bandas que prestan su espada á todos los crímenes y que no tienen otra causa que la de quien les paga, llegaron silenciosos á los muros de los jardines por el lado de tierra, y hallando cerradas las puertas, las hicieron romper y se precipitaron hácia la casa. Uno de estos jefes, Popilio, habia sido de-

fendido y salvado otra vez por el grande orador en una causa de parricidio. Estaba obligado á borrar la memoria de la ingratitude con la sangre de su bienhechor. Requiere á los servidores y libertos quedados en la casa para que le denuncien el retiro de su señor. Todos contestan que no lo han visto, y le dan así tiempo para huir, cuando un jóven traidor, discípulo querido de Ciceron, hijo de un liberto de su hermano, instruido por él como hijo en las ciencias y en las letras, llamado Filologo, indicó por señas á los soldados la avenida del jardin por la que su patrono y su segundo padre se dirigia á la mar. A esta señal mortal, Herenio, Popilio y su tropa se lanzan al galope siguiendo las huellas de la litera, haciendo resonar con sus gritos el ruido de sus armas y las pisadas de sus caballos, el camino hondo del jardin que conducia á la ribera.

A este tumultuoso estrépito que se aproxima, que resuelve de pronto todas sus irresoluciones, y que por fin reposa su alma con la certeza de la muerte, Ciceron quiere al menos recibirla, y no huir: ordena á sus

esclavos que se detengan y dejen la litera sobre la arena. Le obedecen. Espera sin palidecer á sus asesinos, apoya el codo sobre la rodilla, sostiene la barba con la mano, como acostumbraba cuando meditaba tranquilo en el Senado ó en su biblioteca, y mirando con ojo intrépido á Herenio y á Popilio, les evita el trabajo de arrancarle de su litera, presentándoles el cuello como un hombre que, adelantándose al golpe, va en busca de la inmortalidad.

Herenio le corta la cabeza y la lleva el mismo á Antonio, para que ningun otro, adelantándosele, le robe la primera alegría del triunviro, y el precio del crimen al que ha vendido su espada.

## LXXVI.

Antonio, que acababa de entrar en Roma, presidia la junta del pueblo para las elecciones de nuevos magistrados, en el momento en que Herenio atravesaba el gentío para ofrecerle la cabeza del salvador del pueblo.

«Basta! exclamó Antonio al divisar el lívido semblante de aquel que tan frecuen-

temente le habia hecho palidecer el suyo; ve ahí acabadas las proscripciones!» Atestiguando así, por esta palabra, que la muerte de Ciceron ella sola equivalia á una infinidad de víctimas, y libraba su ambicion de la última virtud de Roma!

Ordenó clavar la ensangrentada cabeza de Ciceron entre sus dos manos cortadas, en la tribuna de las arengas: castigando así la mas alta elocuencia que jamás ha habido por los dos órganos de la palabra humana, el gesto y la voz. Pero Fulvia, mujer de Antonio, no quedó contenta con esta venganza: hizo le llevasen la cabeza del orador, la recibió en sus manos, la colocó sobre sus rodillas, la abofeteó, sacó su lengua fuera de los lábios, la atravesó con una larga aguja de oro que sujetaba el cabello de las matronas romanas, y, como las Furias de que era imágen, prolongó el suplicio mas allá de la muerte. Deshonra eterna de su sexo y del pueblo romano!

## LXXVII.

Muerto Ciceron, los triunviros se disputaron la república: Octavio prevaleció. La

tiranía, que no habia sido hasta entonces mas que un eclipse de la libertad, llegó á ser una institucion. Dispensó al pueblo de toda virtud. Hizo á los romanos, segun los vicios ó las virtudes de sus señores, ya épocas de próspera servidumbre, ya reinados de degradacion moral y de sangre, que son la ignominia de la historia y el suplicio en masa del género humano.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta obra se halla de venta  
en las principales librerías al pre-  
cio de una peseta.

BIBLIOTECA CENTRAL  
UANL